



Luis Hernáez

El destino, el barro y la coneja

2003 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Luis Hernáez

El destino, el barro y la coneja

Tarea de Redacción

Tema: Narración Breve

Alumno: Fermín Pereira

Grado: 5º «A»

Desarrollo:

Una vez había un señor hacendado que vivía muy feliz con su familia y su hacienda y se llamaba Gerardo. Todos le decían don Gerardo porque era un señor muy importante y tenía mucho dinero y quería mucho a su familia.

Una vez vino un peón porque don Gerardo tenía muchos peones en su estancia y le dijo para que le preste un poco de dinero porque su hijo estaba enfermo, este peón se llamaba Fernando. Entonces don Gerardo se enojó porque el peón vino a molestarle y lo echó a Fernando y él mientras se iba de la estancia caminando dijo no importa, alguna vez ha de necesitar de mí.

Otra vez estaba Fernando pescando para dar de comer a su familia y vino el hijo de don Gerardo que se quería bañar. Ese chico no sabía nadar bien y casi se ahogó y entonces pidió socorro. Y entonces Fernando sin pensarlo dos veces así vestido se tiró al agua y lo salvó.

Cuando lo llevó al hijo de don Gerardo a la estancia, don Gerardo lloró de alegría cuando lo vio a su hijo vivo y quiso darle a Fernando cualquier cosa y Fernando no quiso y le dijo esto es para enseñarle que en la vida no tenemos que portarnos mal con la gente y tenemos que saber perdonar porque si yo no le perdonaba su hijo se iba a morir.

FIN

Me levanté del camastro a duras penas, vencido a medias por la modorra pero empujado por el ansia de algo distinto, algo que paliara el tedio de los días de encierro, lluvia y lluvia, día y noche y el agua rodeando el campamento aislándonos, inmovilizándonos, diluyéndonos en la sucesión de días y noches sin nada más que hacer que comer lo poco que quedaba y dormir, porque ni siquiera hablar queríamos, agotados los temas, repetidos hasta el cansancio los comentarios de si ya escampa, de que sigue, de que no.

La cortina gris del día, de noche se hacía rosada desdibujando todo lo exterior en una imprecisión molesta y agobiante. Nunca antes me había detenido a pensar cuán llamativa puede ser la forma de una vieja falleba de puntas retorcidas o las vetas de una tabla que se

pierden sin remedio en un corte y a veces, en rara coincidencia, se reencuentran en otras de otra tabla y continúan y así.

Estábamos cercados y aburridos, éramos como una isla vacilante en medio de un mar impreciso. Todo a nuestro alrededor, el ambiente, los árboles, la pieza misma, adquirirían semblanzas dispares de tanto mirarlo y volverlo a mirar sumergidos en el tedio de los días iguales, era ya largo nuestro encierro, incluso nuestros cuerpos, me avergoncé, comenzaban a apestar porque tres días sin baño ni lavado son muchos días con la humedad, el frío y el aburrimiento.

La figura de Roberto se recortaba contra la cortina de lluvia finita de afuera, con las manos en los bolsillos recostado contra el marco, apoyado en un pie, la otra pierna floja, indolente, casi enlazada. Sintió que me levantaba, no se dio vuelta ni me miró pero sintió que me levantaba porque comenzó a hablar, o sea, primero se rió un poco, escupió afuera haciendo un sonido sordo y habló.

-Por fin la agarré a Marina, el sábado.

Tomé la poca agua que quedaba en el termo azul y eructé. Sentí un gusto ácido a yuyo fermentado, a moho, a lodo me pareció. Saqué la boquilla del termo y puse el agujero bajo un chorrillo que caía de las chapas.

-Detrás de lo de don Mareco- volvió a escupir -la recosté contra el tejido del gallinero, y allí nomás.

Yo estaba en cuclillas mientras mi termo se llenaba. Cerca de mis ojos estaban sus pies saliéndole de las zapatillas de goma los dedos romos y endurecidos, curtidos en frío y tierra, con pelos negros y gruesos, casi como de chanco, casi como las crenchas con las puntas por poco doradas, requemadas por el sol, de su cabeza. Sentí como una nube frente a mis ojos y un zumbido sordo en los oídos y luché para que no me temblaran las manos.

-Todos la agarran a Marina.

Mi termo estaba casi lleno y el chorrillo chisporroteó en el charco cuando me incorporé. Tomé un poco y sentí el agua de lluvia liviana, como inflada.

Me acosté reencontrando en la espalda el calor aún no diluido en el mismo hueco del colchón apelotonado, mis pies encerrados en los zapatos cargados de barro reseco en la misma cúspide sobresaliente exagerada por la excesiva curvatura del elástico.

Toqué el cartoncito arrugado en el bolsillo de mi camisa y recordé cuando hacía un momento los había contado: cinco cigarrillos, no más. Tenía una caja entera en el fondo de mi bolso y miré de reojo la última caja de Roberto sobre su almohada, a mi no me gustan los de él, pero a él sí los míos.

Sé que tuvo que escucharme porque no había por qué no y el no contestarme es su forma de respuesta, nunca podré acostumbrarme, jamás podré entender a esta gente.

Son pocos cinco, pensé. Aún cuando ahora acabara de llover no podríamos salir hasta mañana de tarde, y no va a acabar de llover, por lo que se ve. Uno a las cinco, otro a las siete, después de cenar y a las diez, comenzaría mañana con uno además de la caja entera, son pocos.

-No todos.

Lo dijo. Al final, lo dijo (y siento la sangre agolparse detrás de mis oídos).

Se sentó en su cama y encendió un cigarrillo de los suyos, casi me dolió el humo, pero ni siquiera comenzando a las cinco tendría suficiente. Sé lo que quiso decir al decir: no todos, así como sé que me ve aunque no me esté mirando. A través de la perspectiva de mi pecho y antes de las piernas entreabiertas me doy cuenta por el bulto que se insinúa de que, aún sin quererlo, me estoy imaginando el tejido del gallinero en la noche del sábado con viento arremolinándose y en el fondo, a un costado y vistas de reojo por sobre el hombro, las rendijas de luz en el cuadro de la ventana, me siento el color en mi cara y me doy vuelta y me pongo de costado para que no lo note.

Está Marina en el tejido conmigo, conmigo, o con Roberto, lástima, es así (y siento un golpe de sangre en el estómago), y yo entre las gallinas, respirando las plumas y las pelusas de las gallinas, viendo cimbrarse el tejido por el peso de las nalgas de Marina, por el peso de los empujones de Roberto.

No, yo empujaba (¿por qué no puede ser así?) pero en una pieza con una ventana profunda, mucho cielo y algo de viento, las sábanas enrojecidas por el polvo que no se limpia en los arroyos aunque las golpeen mucho, o que se adhiere no sólo de los cuerpos sino, incluso, cuando están secándose al sol en las alambradas. No todos, es cierto lo que dijo. Yo no, por ejemplo, y por eso lo dijo, hijo de puta. Sentí la necesidad de herirlo de alguna forma.

-Te vas a quedar sin cigarrillos.

-Vos tenés más.

Pasa lo mismo que cuando sentimos las necesidades de hacer. Yo espero temeroso la noche, a que él duerma, tenso y avergonzado, tratando de no hacer ningún ruido, o al día siguiente, o al otro, mi vientre hinchado, molestia general en todo el cuerpo, la piel erizándose periódicamente y las sienes martillando, preferible a que me vea bajarme el pantalón y sentarme (¡mi Dios!, no puedo ni siquiera imaginarme). Él, sin embargo, con el pantalón debajo de las rodillas saca medio cuerpo afuera colgado del marco y ni siquiera se moja los pies y soy yo el que siente vergüenza porque no sé hacia dónde mirar o qué hacer para que todo parezca tan natural como para él. No te los voy a dar, le digo, no, no le digo (no me animo). Y entonces arremeto:

-Cualquiera la puede agarrar, si quiere.

-Seguro, cualquiera.

Noto que se burla.

-Ella se mete siempre con todo el mundo, está siempre a la espera del que le ofrece más, antes era diferente, pero ahora se mete con cualquiera.

-Seguro.

La sangre subiendo a mi cabeza no me deja respirar, podría matarlo ahora mismo, abandonaría su cuerpo lleno de sangre o estrangulado en la pieza en penumbras y me iría chapoteando en el barro, el agua hasta la cintura, víboras presentidas en cada recoveco de los troncos, arañas de agua saltando alrededor mío y encima las nubes espesas chorreando, mis hombros comenzando a temblar bajo las ropas hechas un cartón mojado, mis pantalones apretados a mis piernas, ¿y el otro?, se preguntarán, tiene que haber sido él, el cuerpo ya está hinchado, habrá huido antes de que dejara de llover, pero sin embargo nadie sabe que estamos aquí los dos, podría haber estado él solo, o nosotros dos, o los cuatro, o más, nadie sabe.

-¿Y qué te dijo después?

Me pregunto por qué a veces mis palabras traicionan mis pensamientos, como si otro las dijera, como si fuera empujado por una fuerza extraña que me usa. No hubiera querido preguntar eso, darle el gusto de saber que me interesa, hubiera querido algún tipo de venganza porque sé que se está burlando.

Me pareció que brillaron sus ojos, pero me pareció nomás, cualquiera sabe que los ojos de las personas no brillan. Yo no la hubiera arrimado contra el tejido, no la hubiera forzado, a estirones, violentamente... las piernas me tiemblan (no puedo dominar mis pensamientos, van más rápidos que yo) los músculos de la barriga tensos, casi acalambrados, (¿qué necesidad hay de todos estos dolores si hubiera tenido que ser todo gusto?), con un brazo tratando de inmovilizar los suyos entre nuestros pechos apretando su espalda, mi cabeza empujando la suya, mis labios buscando su boca, la otra mano recorriendo su costado, mis dedos lastimados con el alambre bajo sus nalgas. Roberto se levantó y fue hasta la puerta y tiró afuera la colilla.

-No va a pasar hasta mañana.

Maldito hijo de puta, pensé, maldito hijo de puta, gozás cuando te lo pregunto.

Y de repente, como un sobresalto me golpea el recuerdo de aquella tarde, hace mucho tiempo, con aquella chica de la avenida de las ovenias en el pueblo dormido en la parada de los colectivos. O en la otra parte, o en la otra, porque siempre me pasa igual. Y en el colectivo, después, la agarré contra el respaldo del asiento del chofer, pero ella no estaba y yo realmente no lo hacía.

Levantó la ollita del improvisado soporte de cascotes alrededor de las brasas en un costado de la pieza. Comimos el arroz pastoso y humeante, yo no había fumado el de las siete entonces no fumando el de las diez comenzaría mañana con tres y la caja entera y no con uno y ahora podría fumar el de después de la cena. Roberto engullía las bolas de pasta y de vez en cuando con la manga se secaba los labios engrasados, parecía un animal, los músculos de los labios apretados brillando de grasa.

-Y después, Roberto, ¿qué te dijo después...?

Siento en la oreja la cosquilla de su jadeo (quizás podría pensar mejor si dominara mi imaginación pero no puedo) vencida ya toda resistencia, cimbrado al máximo el alambre, aquietadas un instante las sombras de la noche, el viento detenido vacilante en precario equilibrio sobre las hojas, que no se me manche el pantalón, carajo, y quién, al final de cuentas, lo va a notar a la luz amarillenta del farol a través de los vasos de cerveza. No hubiera querido que fuera así, Marina, hubiera querido amarte bien, quiero demostrarte que te amo, ¿por qué puede nadie burlarse de vos, por qué por protegerme y defender mi orgullo tengo que ensuciarte, ¿quién soy yo para decir que te metés con cualquiera?

Nunca más volví al pueblo dormido ni volvía ver a la chica de la avenida de las ovenias, nunca más. Y sin embargo quedó en mi memoria con empecinamiento inútil, cuántas veces quise revivir lo pasado para corregirlo, cómo pienso siempre después que tomé caminos equivocados antes. Y entonces siento como una opresión en el pecho y pienso: qué estoy haciendo como aquí, qué estoy haciendo aquí, esto no es para mí, quiénes son ellos, no los entiendo, no me quieren.

No puedo comer toda la pasta pegajosa de mi plato de latón. Roberto terminó de orinar desde la puerta y se dio vuelta.

-Dame un cigarrillo.

Es el que hubiera ahorrado a las diez pero no se lo niego porque quiero saber lo que puede contarme si quiere. Y pienso: qué parecidas son siempre las cosas, cómo siempre encuentro razones para callarme cuando sé demasiado bien que debería hablar. ¿Y no es acaso por eso que huí del pueblo dormido, cuando no me animé a decirle que sólo quería agarrarla y ella quería venir conmigo?. Pero a lo mejor no quería, a lo mejor, eso es. Ella no tuvo la culpa, y Roberto tampoco, ellos sólo se aprovechan de mí.

Cuando Roberto salió del almacén después de dejar su vaso casi lleno en la mesa y se borró de la mancha amarillenta de la luz del farol, busqué con mis ojos a Marina detrás del mostrador y no la encontré, quise taladrar con mis ojos la ventana cerrada que daba al patio buscándola y pude presentirlo todo aunque no había nada, o quizás precisamente por eso, y la cerveza me pareció más amarga y don Mareco me pareció más sucio y ladino y Marina me pareció una puta redomada, y eso que yo todavía no estaba seguro de que se había ido para estar con Roberto. Recién ahora, encerrados por la lluvia, cercados, sucios y malolientes por la lluvia y el frío, por el aburrimiento, pude saber lo que ya sabía que era cierto en cada temblor de mis tripas cuando lo recordaba, lo que supe que era cierto cuando

vi que Marina no estaba detrás del mostrador cuando Roberto salió sin decir nada, cuando la noche del sábado comenzaba a nublarse.

Después mientras se sentaba tomó el vaso con la espuma reseca pegoteada casi hasta el borde y derramó el resto de cerveza al costado, en el piso de ladrillos.

-¿Cómo podés tomar esta mierda?, parece meada de burro, carajo; don Mareco, una bien helada, vamos a chupar, carajo.

Parecía feliz, ya hubiera tenido que convencerme, pero hacía lo posible por no creerlo. Me fui enseguida porque el camino hasta el campamento era largo y la noche se estaba poniendo mala, arremolinándose el polvo con las ráfagas desordenadas, silbando de tanto en tanto los alambres de las cercas, y porque ya no quería estar con él.

Miro la piel casi marrón casi amarilla del cuello de Roberto y la carne redondeada que se adivina en su pecho a través de la abertura de su camisa y me comparo: qué pudo encontrar Marina allí, pero eso no es nada, pienso, siento a través de nuestros platos su olor que no es a sudor, ni a leña, ni a sebo, o es quizás a todos juntos y me comparo: no sé qué pudo encontrar Marina allí, pero eso no es importante, por lo visto.

-Y... después nos reímos, nos reímos mucho los dos sin hacer ruido, claro... Es que casi soltamos el tejido.

Ahora lo miro acostado en su cama, la mano con los dedos gruesos y ásperos entrecerrados descansando sobre el pecho que sube y baja en la respiración profunda, la cabeza ladeada, un mechón de las crenchas oscilando sobre una oreja, los muslos apretados en el pantalón, los pies descalzos, redondos, gruesos, despide vida, eso es, aún dormido despide vida.

-¡Qué bárbaro...! ¿cuánto le tuviste que dar?

Cuando la vi recostada contra el troncón semilustrado por el roce de las manos del portoncito, las manos en los bolsillos del sacón azul de lana desteñida, casi rojiza en los hombros, casi blanca en los puños, aunque en ese momento no lo pude ver sino antes, tantas veces, los dos pies muy juntos, la cabeza adelantada hacia la calle, inclinada de costado mirando a lo lejos, me sintió llegar seguramente y lo hizo por eso, hacia el final de la calle donde no se veía nada sino de vez en cuando encima, en el cielo, el rosado resplandor de un relámpago.

-No me pidió nada.

Roberto tiró la colilla del cigarrillo, del mío que le di y se levantó. Parado en la puerta sacó el brazo un momento y se volvió, en su mano brillando unas gotitas finas que secó contra el pantalón. Dice que no le pidió nada, pienso, y esa idea comienza a martillarme.

-Chau, Marina.

-E'á, chau... y cómo ya te vas, tan temprano.

Y a medida que lo pienso cada vez me es más difícil convencerme de lo contrario porque me pareció feliz, o sea, no era precisamente eso, era como una cierta indiferencia, como si lo que hubiera hecho hubiera sido tan aceptado, tan grato y ahora pienso, pero no, no puede ser, tan sin importancia. Pero debía ser por algo, debía tener alguna finalidad.

-No te creo; no puede ser que no te haya pedido nada.

Y ahora duerme, sumergido en las ondas profundas de las sombras, relajados sus músculos, silbando levemente el torbellino entre sus dientes, los labios entreabiertos, las poderosas fosas de su nariz aspirando todo el aire del mundo para satisfacer las ansias y las necesidades de su fuego (sangre de fuego, pensé, sangre de fuego y carne caliente y viva). No le gustó que le dijera que no le creía y entonces me miró como desde otra parte y a alguien como a quien no vale la pena tratar de convencer y se comenzó a reír mientras con sus dedos rodeaba el bulto que formó al apretarse.

-Esto es lo que me pidió...

Ahora duerme y estamos solos y yo podría matarlo, pero él no tiene la culpa y yo no podría matarlo, desde luego. Claro que hubiera sido tanto mejor que Marina le pidiera algo y no lo que él dice, no sé qué hubiera significado que ella lo hiciera por pedirle algo, pero hubiera sido mejor.

Y me pasa igual que cuando me di cuenta de que nunca más iba a volver al pueblo dormido. Nunca más voy a volver a verla a Marina porque estuve cerca y a punto de tocarla y no supe llegar, o se esquivó, o yo me resbalé y caí o alguien me dio un empujón o no sé, pero aunque no quiera es como algo que me está empujando y sé que nunca más.

Sin hacer ruido me acerco hasta la puerta, el cielo sigue tan rosado como hace dos días y el charco llega casi hasta el umbral, casi no sopla el viento y calmó el frío, va a seguir la lluvia. Roberto duerme profundamente y siento un poco de pena, parece mentira, con todo lo que sufro siento pena por todo lo que voy a dejar, pero no aguanto más.

Me saco el pantalón, no me animo a sacarme los zapatos porque no sé qué habrá entre el barro, y lo enrolló como una pelota para meterlo en el bolso, los cigarrillos quedan en el fondo y no los saco porque no voy a poder fumar bajo la lluvia y para no tener tentación de dejarle alguno. Salgo y camino con el bolso tirado sobre el hombro y el agua barrosa me envuelve las piernas.

No puede dejar de recordarlo, ella, porque hay demasiado de su presencia en todas las cosas que la rodean, hasta en la forma de volar la polvareda empujada por el norte enloquecido y feroz o en el ruido del agua explotando en la palangana enlozada (de las últimas así, casi todas ahora son de plástico) cuando los hombres se lavan cuando vuelven

del trabajo y van a comer. En todas partes hay mucho de su presencia que no se notaba cuando él estaba pero que cuando se fue comenzaron a llamarle la atención, como cuando uno escupe al lavarse la cara, que si uno escupe no se da cuenta pero si no puede hacerlo siente como que no lo hace todo.

Es cierto que otros llenan su vacío, y demasiado, probablemente, pero no él. Le parece que dejó pasar algo, le parece que algo le falta, le parece que nada hubiera sido igual si no se hubiera ido, desgraciado, y nunca dijo nada (ni la más pequeña insinuación para que ella pudiera tomarlo en cuenta). O quizás fuera solamente que al idealizarlo en su ausencia lo revestía de una realidad que no era precisamente la de él, esto no lo pensaba ella, claro, no en esta forma, y adquiriría en su insatisfacción caracteres mentidos, mucho más bellos, más perfectos de lo que nunca hubieran podido llegar a ser, mentidos. O quizás realmente fuera sólo amor, pero esto ella no podía comprenderlo, no sabía cómo darse cuenta.

Entonces dejó el plato lleno de milanesas en el estante y cerró la puerta del armario con el fino tejido de alambre para que casi todas las moscas se quedaran afuera y aprovechó para mirar la calle donde reinaba el silencio característico de los sábados a la tarde y su promesa de sentarse horas y horas en el almacén de don Mareco y hablar y acordarse de un montón de cosas y probar suerte con Marina, sabía que era así como lo decían, que ella dice sí al que le da la gana pero si no le gustás es de balde, decían, también lo sabía, y claro que es así, pensaba ella, ¿por qué no?

Ya estaban en el cajón las cervezas con los dos pedazos de hielo que don Mareco le compró el camioncito de mañana, cubiertas con la viruta mojada y su lejano olor a orín y los vasos de vidrio verde y grueso en las estanterías forradas de hojas viejas de papel diario todas recortadas, con agujeros, puntas y dibujitos.

Roberto se rió de él y todos los otros también se rieron de él porque se escapó en la lluvia y nadie sabía por qué aunque todos se burlaban porque creían que fue tonto, sólo ella pensaba que era difícil entender por qué lo había hecho, porque tenía que ser por algo importante y no tonto como los otros decían y, lo que es peor, estaba poco a poco dándose más cuenta, triste.

Pudo verlo a Roberto sentado frente a la mesita de más al fondo con los otros y la cerveza a raudales en los vasos, brillando en las puntas encrespadas de su cabello los destellos amarillentos del farol, recostado indolente en la silla echada atrás, las piernas groseramente abiertas como mostrando y diciendo aquí está esto presente y ella sabiendo que era para ella y dándole rabia porque era en esos momentos cuando más extrañaba su presencia tranquila, la de él, el que se fue, el nunca saber qué estaba pensando realmente cuando la miraba con sus ojos como preocupados, buscando, como queriendo decir algo y desesperándose.

Cuando las cortó en pedacitos, las milanesas ya estaban frías y todavía sus dedos brillaban de aceite cuando llevó el plato a la mesa y afuera era ya noche cerrada y el único lugar con luz y ruido era la casa de don Mareco. Roberto se había sentado de costado al mostrador y los otros alrededor no le dieron paso para que ella tuviera que acercarse a la

mesa por detrás y don Mareco no pudiera ver cómo por debajo del mantel y alzando un poco su pollera Roberto le acariciaba el muslo.

-Gracias, mi reina.

Don Mareco tampoco tenía que ver su enojo, pero se enojó. Y más cuando al alejarse sintió las risitas calladas como si ya Roberto les hubiera contado lo que hizo, como si no hiciera falta que Roberto les contara nada porque era seguro que lo había hecho, como si fuera algo simpático que ese estúpido le tocara la pierna, y sin darse cuenta se secó los dedos en el vestido, a lo mejor para alejarse un poco más de todo eso, como si el aceite de las milanesas en los dedos tuviera algo que ver, qué cosa más estúpida.

Aquel otro sábado fue diferente, se dijo, con el viento fuerte y la lluvia que después duró hasta el jueves y Roberto que estaba simpático y demasiado cumplido y no como ahora que parece decir date cuenta que aquí está presente esto y los otros que ya saben, seguro, que también él estuvo conmigo, y qué van a decir. Pero a veces es tan dulce que te digan lo que te dicen, qué difícil es a veces entenderlo todo.

Sin embargo, aún así, a cada rato recordaba sus ojos desesperados (por qué te fuiste, decime) y esa mirada nerviosa tratando de descifrar cada uno de sus gestos, sus oídos oyendo cada una de sus palabras, sintiendo junto a ella pero a distancia sus ilusiones, sus momentáneas tristezas, sus explosiones inesperadas de gracia, de gracia y buen humor y eso, lo sabía con certeza, era mucho más dulce que las dulces palabras de Roberto que después se burlaba, y era un estúpido.

Por eso cuando vio que eran las diez y media y que se podía ir a dormir sin que don Mareco se enojara salió de detrás del mostrador y no se fue a dormir sino que salió al patio sintiendo en sus nalgas al caminar las miradas pesadas de Roberto y los otros y las risitas con que en el grupo se sorteaban los turnos de prueba y trataban mutuamente de infundirse valor. Pero están cagados si creen que hoy, pensó. Y se llegó a sentir casi importante, qué tenía que ver que los otros después rieran y comentaran, que fue así y así, vos sabes que esto tiene así, vos sabes que yo también estuve, qué puta, y qué bien estuvo y todas esas cosas, ¿qué me pueden importar?, ahora están nerviosos porque todo depende de mi (y quiso reírse porque estaba segura de que ellos jamás se imaginarían lo que ella estaba pensando).

Y, efectivamente, estaba segura de lo que iba a hacer, o sea, de lo que no iba a hacer.

Claro que más tarde, sentada todavía en el taburete contra la enredadera se rió mucho con Martín que se había acercado sonriente y silencioso con su botella de cerveza recién abierta y su vaso, con sus cigarrillos y su chicle (su vaso olía a todo eso, también), y se divirtió bastante. Eso no tiene nada que ver, porque aunque después no quiso decirle que no, quiso pensar que era porque le daba lástima sienta tan bueno y teniendo tantas ganas, así como le confesaba, y no que porque era simpático y le daba gracia y porque le gustaba esa forma rara que tenía de pararse, poniendo su pierna larga y fuerte adelante como para sostener lo que venía no importa lo que venía.

Y no le gustó, en realidad, no tanto como ella esperaba (aunque esto no lo reconoció en ningún instante), casi ni le había comenzado a gustar cuando ya el estúpido le había ensuciado y, en ese momento, por la rabia que sintió o por lo que sea, entrecerró los ojos y le pareció recordar entre los puntitos de la oscuridad sus ojos, los de él, desesperados, buscándola y siguiéndola como antes (y antes no se había dado cuenta).

Y se sintió más tranquila porque esa noche, antes de Martín y con Martín incluso, había decidido serle fiel y lo sería, aún cuando lo odiaba, cada vez más, por haberla querido tanto y nunca haberle dicho nada (tan lejos estaba de ella que ni siquiera osaba preguntarse si la seguiría queriendo ahora).

Y desde entonces comenzó a ser una cosa rara. Cada vez fue para Roberto y los otros más fácil llegar a ella, ya no hacía falta sortear al que iría segundo o al siguiente a probar porque siempre el que iba primero se quedaba y ya casi ni siquiera hacía falta conversarla porque siempre el que llegaba se quedaba, si es que alguien se quedaba, claro, pero eso sí, nunca más de uno por sábado o víspera de feriado, nunca. Y nunca tampoco decirle cosas que le hicieran poner triste y cargada de añoranza porque era como si se alejara de todos y no viera ni escuchara nada. Lo mejor, entonces, y pronto Roberto y los otros se dieron cuenta, era no decirle nada porque podía dársete vuelta la tortilla y salirte el tiro por la culata porque ella sabía muy bien: una cosa era que ella quisiera acercarlo a él, que se fue, a través de hacerle porquerías aunque él no lo supiera y ella misma no supiera por qué exactamente y otra, demasiado distinta, era que estos pelotudos, malditos hijos de puta, quisieran hacerle doler una vez más su amor tratando de hacerle recordar su dulzura, su nerviosismo escondido en el temblor de la punta de sus dedos cuando ella le acercaba el vaso (y recién ahora se daba cuenta de todo eso, qué lástima), o su mirada esquiva, como cargada de relámpagos fingidos en el reflejo de la luz bailoteante del farol pero que era, y esto ahora ella lo sabía muy bien, pero recién ahora, más que nada, desesperada.

No, Don Mareco, no sé cómo no se da cuenta... no está bien lo que esta diciendo.

-Y por qué no va a estar bien... Yo sólo defendiendo mi propiedad, lo que es mío; es una vergüenza lo que está haciendo esta descarada en mi propia casa y delante de mis ojos.

Pero las cosas no se manejan como usted quiere hacerlo, a su gusto y paladar, sin importarle un comino lo que piensan o sufren los otros... Eso que usted quiere hacer, echarla de casa, es algo inhumano: ¿qué va a hacer ella?, no tiene a nadie a quién recurrir...

-Qué tan inhumano va a ser que la saque de mi casa... Esta es de la clase de gente que siempre te hace cagadas; usted no los conoce y por eso dice eso.

Claro, y usted es el gran conocedor de caracteres, lo pienso y no se lo digo (pero estoy molesto).

-Sí, ellos son así... Yo la traje a esta chica cuando era todavía una criatura y no servía para nada pero Candelaria no dejó de joderme y joderme hasta que la traje, que no me iba a molestar, que cómo no me daba lástima, que pronto iba a poder hacer los mandados, que todas esas cosas, pero yo sabía que no podía ser una cosa buena esa criatura si siempre supe que tanto su padre como su madre fueron una porquería. Su padre fue un entregador y su madre fue en realidad la culpable de que lo mataran a Quiñónez para proteger a su machete, el entregador, claro, qué se puede esperar de gente así, pero lo mismo se jodieron los dos. Porque lo que hicieron es una porquería.

Eso fue hace ya mucho tiempo, don Mareco... ¿veinte años?, ¿más...?

-¿Y qué me importa?. Más tiempo o menos tiempo, lo mismo es cierto y la cagada es la cagada; y yo no quería traerla.

Pero la trajo. Y le sirvió.

-Me sirvió y no me sirvió. Comenzó a ayudar en la cocina y a servir a los clientes y a hacer los mandados y eso. Pero demasiado pronto comenzó a mirar por sus costados a y a joder y a busconear, pronto comenzó a mostrar lo que era... Yo no digo que no haga, va a hacer desde luego aunque le diga que no, pero no acá, ¿verdad?, eso nomás digo... Claro que lo va a hacer, ellos son así, como la yegua que lo hizo matar a Quiñónez, ¿sabe a qué me refiero?, no, creo que no, pero ya lo va a saber.

No sé.

-Me imaginaba. Y sí... era gente de otra Compañía, lo que pasa es que Quiñónez arrastraba detrás suyo a gente de muchos lados. Quiñónez venía, hacia el sur buscando el río, quería pasar al otro lado para salvarse y el machete de esa yegua era de su tropa, he, su tropa... diecisiete nomás eran pero estaban bien armados. No tenían más dinero, ni comida, ni balas ni un carajo, pero sus livianas eran hermosas y las mantenían bien, o sea, como podían. Quiñónez tenía un tordillo alto y nervioso, pura fibra, desde arriba te miraba, vamos a decir, como enojado o casi riendo y nadie podía decir que tuviera miedo, nadie podía decir que supiera lo cerca de su culo que estaba el arreador. Y mire que le faltó poco para salvarse... Ellos, sabe, lo entregaron en Pasaje Isla, el río ya se podía ver desde ahí y nada más a Quiñónez le faltaba un puesto que pasar. Yo vi cuando lo traían de tardecita, cuando lo llevaban hacia la Capital. Sus cabellos blancos le hacían parecer una cabeza importante, más superior, te daba respeto mirarlo, era desde luego más hombre que todos los otros y nadie se animaba a hablar y todos miraban con la cabeza baja, menos él. Tenía las manos atadas atrás y las riendas de su caballo las llevaba el Sargento que iba adelante, su pecho parecía más grande y él parecía cansado, más viejo, mucho más viejo que cuando se iba de ida, antes de que la bandida lo entregara en Pasaje Isla o en la otra parte, pero allí fue donde lo apresaron.

¿Fue durante la revolución?

-No, pero qué revolución va a ser... Fue después, cuando los del Destacamento los perseguían... Ellos eran los últimos: no querían pelear más y se iban.

Puedo imaginar esa huida desesperada. Sabían muy bien que los del Destacamento no los iban a dejar en paz: era un grupo muy fuerte, aún cuando en ese momento estuvieran huyendo asustados.

-Jamás; qué van a huir... Y bueno: ¿y qué quiere?. Claro que huían... ¿qué iban a hacer con diecisiete livianas y sin balas ni un carajo?. A don Pereira le carnearon un animal, tenían hambre y estaban cansados, abandonados por todos y desesperados. Pereira nunca les perdonó. Pereira nunca le perdonó a Quiñónez muchas cosas. Él quiso decir después que fue porque le habían matado un animal que él mezquinaba mucho, que era un mochito que había criado con mamadera al costado de la casa porque la madre lo abandonó al nacer, y que no les había negado comida pero que les pidió que fuera otro, pero eso es algo que me parece no tiene importancia. Pereira fue el único que permaneció montado al costado de la calle, casi frente a lo de doña Rosa Contreras, cuando pasó el grupo con Quiñónez que tenía las manos atadas y todos creímos que le iba a decir algo pero no lo dijo. Iban hacia la Capital pero no llegaron, no llegaron a ninguna parte nunca, nadie sabe dónde lo desgraciaron y después se dispersaron cada uno por su lado, era lo único que a los rejuntables del Destacamento los ataba unidos por la zona. Muchos le odiamos a Pereira por su falta de respeto, no tenía por qué hacerle eso a Quiñónez, nosotros no le perdonamos eso. Yo no sé cómo puedo hablarle a usted, de todo esto pero tiene que saber, hay muchos que no quieren saber, usted sabe, verdad, a quién me refiero, pero sabiendo uno entiende muchas cosas, muchas cosas encuentran explicación.

Es difícil comprender y aceptar mucho de lo que usted dice, don Mareco... La enemistad de Quiñónez y Pereira, por lo menos para mí, siempre estuvo redada de un hálito de importancia... algo así como de cosa que sucede entre personas importantes... no puedo describirlo muy bien. Pero resultó ser que el odio comenzó por algo más ruin, más vergonzoso, comenzó porque Quiñónez le robó un animal...

-No, desde luego que no; usted dice cada cosa... Fue desde mucho antes. Por otro lado, Quiñónez era una buena persona, un gran señor, tenía hambre y estaba desesperado porque no encontró la ayuda de sus parientes que él estaba buscando. Muchas veces le dije a Candelaria que no perdonaría esa traición, nunca, y menos a esa hija de sinvergüenzas, hija de sinvergüenzas, a ella misma le dije eso, imagínese un poco, qué se puede esperar de alguien así, pero Candelaria jodía y jodía y le dije que sí.

¿Qué tiene que ver una cosa con la otra?. Lo que hayan hecho sus padres no tiene nada que ver con Marina, me parece.

-Claro que sí, claro que tiene que ver, ¿por qué no?, ella es la misma puerqueza que ellos y o sino vea nomás lo que hace ahora rejuntableando cuanto machote viene al almacén para revolcarse con ellos en mi propia casa. Ciertamente que ahora vienen más muchos y no hay cerveza que alcance, por suerte, porque también comen milanesas y eso, y eso es lo que deja un poco.

En verdad, las cosas le van bien, don Mareco; se queja, se queja, pero le van bien... se nota. Está comenzando a crecer, usted.

-Y sí, ahora voy a traer una heladera a querosén, son muy buenas, y quiero hacer alguna que otra comodidad, vamos a decir, poca cosa nomás porque no podemos tanto, pero después Marina se va a tener que ir, la sinvergüenza, va a salir cagada como su madre, hasta el final, sin respiro, se lo merece, carajo.

Eso no es justo, don Mareco; todo aquello, lo que sea, sucedió hace ya bastante tiempo, y, además, Marina no tiene nada que ver: eso de los pecados de los padres a ser expiados por los hijos parecería remontarnos al Antiguo Testamento. Tomarse venganza en ella es verdaderamente injusto.

-¿Y qué me importa?. Usted a veces dice grandes tonterías... ¿qué es esa cosa de testamentos y eso?. Quiñónez era un buen hombre y no le hizo mal a nadie sino cuando lo necesitó nomás y o sino, no. Cuando desgració a esos dos hermanos Florentín es porque ellos habían dicho por ahí que lo iban a capar, y lo hubieran hecho, así como lo hicieron con aquel Villalba de las afueras de Cordillerita que después se puso gordo como una vejiga, sí, claro que lo hubieran hecho porque eran los dos muy peligrosos, todos en la zona los conocían: el mayor con su Mauser 38 siempre cargado completo y el menor, que era algo rencoso y con un ojo un poco torcido desde aquella vez, cuando era chico, que un caballo le dio una patada en la cabeza, con su facón de diez pulgadas y su arreador de cuero trenzado casi finito como una liña y con una pelotita de acero en la punta que te arrancaba un pedacito de carne a más de seis metros o te rompía la cabeza como una luz o te cortaba la oreja. Con este arreador mató muchas víboras, porque todos saben que la cabeza de las víboras atrae los metales, ¿no es cierto?, eso no es nada nuevo. A Villalba dicen que lo agarraron un atardecer cerca del arroyo detrás del aserradero, un poco alejados, y sólo Tení los vio porque estaba en el arroyo bañando su caballo pero a él no le vieron y él no se animó a hacer nada y se escondió entre los matorrales para mirar cuando vio que el mayor le apuntaba la cabeza a Villalba con su Mauser y le hacía acostar en el pasto. El menor le bajó el pantalón y de un estirón le sacó y le hizo abrir las piernas. Villalba no se animaba a gritar pero estaba blanco como un papel y no se podía atajar y movía y movía la cabeza diciendo no, se había arriesgado mucho al denunciarlos en el Destacamento, todos lo sabían, porque para qué, todos también sabían que los Florentín robaban todos los animales que querían y nunca nadie les dijo nada, ni los apresaban ni nada, nunca nadie se animó. Villalba quiso resistirse cuando el menor atajó con una mano el facón filoso como una navaja y con la otra le manoseó para formar un bulto con su bola pero el Mauser se juntó más a su sien y se quedó quieto. Entonces el menor hizo un corte y apareció como un capullo de algodón sucio, qué notable, ¿no es cierto?, y vació la bolsa. Anotó un novillo más, le dijo a su hermano, y los dos se rieron. Dicen que Tení dijo después que al ver eso se le frunció hasta el culo y sin poder dominarse, sin acordarse siquiera de que estaba desnudo, se arrastró por el matorral sin animarse a levantar, como esos perros desesperados, alejándose, arañándose todo, hasta que pudo vomitar... Quiere decir que ya lo habían hecho, ¿no le parece?, y quiere decir que si le amenazaron a Quiñónez era porque lo iban a volver a hacer. Y todo porque una noche Quiñónez la embarazó a una hermana de ellos y la estúpida cuando se dio cuenta tuvo miedo de ellos y tomó unos yuyos para abortar antes de que se notara, y se murió. Quiere decir que Quiñónez tenía que defenderse, y por eso nomás les mató. Quiero que vea la cantidad de gente que por aquella época tenía recuerdos y cicatrices de los Florentín.

Los Florentín, por lo que me dice, sólo estaban tratando de vengar a alguien que querían mucho... A mí la muerte de «la estúpida» me parece injusta; me parece triste e injusta.

-No hay por qué. Desde luego que no hay por qué; ella lo quiso, ¿no es cierto?, así como los Florentín se buscaron lo que encontraron. ¿O es que Quiñónez tenía que dejar que le cortaran las bolas en cualquier cañada o, por ejemplo, a la entrada de la misa un domingo de mañana delante de toda la gente, que hasta de eso eran muy capaces?. Eso hubiera sido muy justo, seguramente... Usted no sabe lo que eran los Florentín, todo el mundo les tenía miedo porque eran fuertes y traicioneros y no necesitaban ni siquiera decirse nada para saber dónde iban a pegar y siempre lo hacían juntos y al mismo tiempo y de la forma más peligrosa. Recuerdo cuando Acostita, el petisito que trabajaba en el aserradero del bajo lo jodió al menor, casi le costó la vida. Estos petisitos así son siempre unos jodidos, parecen esas lauchitas vivarachas dispuestos siempre a joder para divertirse. Resulta que le dijo al bizco que le quería vender un pantalón que se había comprado y que estaba ya casi terminado y que él no lo iba a usar, se cuidó muy bien de hablar claro, o sea, de no mentir en ninguna de las cosas que decía. Entonces el bizco creyó que la modista lo tenía ya casi terminado y le dio la plata por adelantado, contento porque lo jodía a Acostita porque era muy barato el precio que éste le había pedido. Al otro día Acostita le mandó el pantalón dentro de una bolsa de papel madera por el hijo de doña Rosita, aquel Juancito Contreras que después se hizo Comisario de Compañía hasta que lo desgraciaron los revolucionarios en la Costa Esmeralda, mucho se habló de eso porque era una familia muy querida y él era un muchacho muy correcto, que cuando eso era todavía muy chiquito, porque él no se animó a traerlo, Acostita, claro. El rengo Florentín revisó su pantalón recién comprado y vio que en realidad estaba casi terminado: era tan viejo y usado que sólo le quedaba la pretina y un poco de bolsillo y a Acostita sólo le salvo la vida el hecho de que al mayor le diera tanta risa la jodida de su hermano que no le permitió que lo matara. ¡ah, qué tiempos...!. Pero Quiñónez pudo matarlos, y habrá matado seguramente a muchos otros más, así como la gente dice, pero siempre con justicia, o sea, con motivos que eran justos. O sea, él mismo no los mató sino que los hizo matar por su gente. Se reunieron a la entrada de ese pique medio escondido que queda al costado de Cañada Villagra, usted no lo ha de conocer, no creo. Y allí esperaron los ocho cuando venían saliendo los Florentín y el primer machetazo le dieron al mayor más abajo de su cintura mientras los otros se ponían frente a los caballos haciendo mucho ruido para que se encabritaran y no pudieran huir. Y el rengo no pudo usar su arreador porque había muchas ramas bajas, porque eligieron muy bien el lugar pensando en eso, y la luz era muy poca porque el monte era muy tupido y la luna también estaba un poco tapada por las nubes. Eran fuertes los Florentín y más el mayor, porque incluso con las tripas por salirle se defendía como un tigre y pudo llegar a disparar dos veces y uno de sus disparos le acertó al negrito Mongelás en el hombro y desde entonces le quedó ese brazo seco y amarillento, o a lo mejor fue nada más que el cinturón grueso que usaba y la faja apretada le protegieron del golpe y el machete nada más que le había cortado el primer pellejo de su barriga. Allí mismo los degollaron a los dos y los dejaron entre los yuyos y dicen que cuando le contaron a Quiñónez esa misma noche que todo estaba solucionado, dicen que se quedó muy contento porque dijo: y claro, mis bolas valen más que sus cabezas, era un hombre grande, Quiñónez, ¿se da cuenta?.

No me animo a decirle, don Mareco, pero me deja estupefacto, sólo lo pienso. Y, para saber más, trato de acallar mis reparos (a veces me resulta imposible), y le comento: gente peligrosa, ¿no?, la de Quiñónez... Esa misma gente es la que huyó después con él, supongo.

-No, es decir, algunos solamente, los otros eran nuevos, los que le siguieron, digo, porque eso fue mucho antes de la revolución: Quiñónez siempre fue caudillo y siempre tuvo gente cerca suyo y no sucedió aquí, como le dije. Esto fue en su valle cuando era mozo, detrás de Cordillerita, un poco lejos pero todos lo supimos, así como sabíamos todo lo que hacía Quiñónez, porque a cada parte que él llegaba, siempre iba precedido por sus historias, esto fue incluso mucho antes de que conociera a la señora Adelita y se casara con ella, no sé luego qué pensó para hacer una cosa así pero yo nunca dije nada, digo nomás que hubiera tenido que pensar que eso era una equivocación, pero hay momentos en que el hombre no piensa con su cabeza y se equivoca, hasta los hombres tan importantes y queridos como Quiñónez.

No logro entenderlo muy bien, don Mareco... Usted dice que Quiñónez era un gran hombre, justo, valiente... A mí no me parece ni muy valiente ni muy justo hacer emboscar entre ocho a dos hombres desprevenidos.

-Los Florentín eran dos sinvergüenzas muy peligrosos y además por qué hacer tanto escándalo por una tontería, lo que está hecho está hecho y se acabó. No se supo nunca luego quién los enterró o si los enterraron o no, porque nadie los quería, y además la gente de Quiñónez cuidó un buen tiempo que nadie se acercara para que no se armara ningún bochinche con los que querían ir a curiosear y después salir con el cuento por todas partes y después, por mucho tiempo, ya nadie quiso pasar por ese pique. Salieron con la historia, algún tiempo después, aunque nadie creyó demasiado, de que aparecían dos cuerpos como sombras que salían de la picada con collares de fuego y sin cabeza, claro, porque si eran los Florentín no podían desde luego tener cabeza, y nadie creyó demasiado esas historias, pero nadie quiso probar, por si acaso.

Aún con el riesgo de que no quiera seguir hablando conmigo no puedo resistirme y lo interpelo: no creo que nunca podamos ponernos de acuerdo; por todo lo que me dice entiendo que usted tiene una forma muy peculiar de interpretar lo que es obrar con justicia.

-Yo sí que no entiendo lo que usted me dice, y no me hace falta desde luego entender. Usted parece que tiene esas ideas traídas quién sabe de dónde y no sé por qué no quiere entender las cosas como son; pero sin embargo se interesa y quiere saber y eso me parece muy bien, claro que me parece bien. Pero si lo que no entiende es mi comportamiento, no sé por qué es, porque es muy sencillo: Yo soy muy honesto y mi vida es muy limpia y muy honesta y no voy a permitir que una descarada venga a ensuciar mi propia casa y mis costumbres. Así que: patitas a la calle.

Claro, pero recién después, ¿no es cierto?, antes es más provechoso que sigan sin dar abasto las cervezas, ¿verdad?

-Y claro que sí, y eso no tiene nada que ver; pero después de terminar la ampliación se tendrá que ir, mientras tanto tendré que sufrir en silencio y aguantar sufriendo todo lo que

hace esa desconsiderada que no sabe apreciar el beneficio que aquí se le da... Ni siquiera piensa en la vieja que la quiere y es tan preocupada y mucho menos en mí, que cuido tanto por ser honesto y que mi casa sea honesta, y la ensucia.

Sin embargo no la va a echar hasta después de haber pagado la reforma de su local con las cervezas especiales que ella hace consumir.

-Sin embargo, sin embargo, usted parece que sólo sabe decir sin embargo. Y claro que con eso vamos a pagar la reforma, con algo tiene que recompensarme por todo lo que hice por ella, pero después se va a joder, como la yegua de su madre que lo entregó a Quiñónez por salvar a su machete. Pero después lo mismo cagaron. Por suerte estoy yo para que paguen sus culpas, mala gente. Mala sangre, esa, usted no sabe, pero yo soy fuerte, hasta el final.

Siento allí, en el costado del pie justo debajo del tobillo una pinchada profunda, como venida de lejos o como una explosión retardada sumando dolor cada vez más fuerte y oleadas de sangre martillándome los brazos, las piernas y el estómago, como si después de haberme asustado hubieran comenzado a introducir en mi carne un alambre caliente que se va haciendo más grueso y más áspero, más caliente, más grueso cada vez y más áspero. Atino a girar con un movimiento violento la cabeza bajo el sol agotador y con el costado del ojo veo las gotas de sudor que caen desprendidas de mi frente, de la punta de mi nariz enrojecida y pelada, de mi barbilla erizada de pelos negros cargados de polvo mojado hecho una pasta pegajosa y molesta. El movimiento reflejo de mi brazo hace que el machete la parta en dos pero aún así, entre los canutos verdosos de las cañas, se agita cortada en medio y ante mis ojos se agiganta la movediza, increíblemente rápida lengua partida.

Siento al inclinarme un peso en la parte de atrás de los muslos y un cosquilleo erizado que se inicia en mi entrepierna y se extiende por la barriga y el pecho (Dios mío, Dios mío, ¿qué me está pasando?), mi pensamiento comienza a trabajar con velocidad enloquecida, no puede ser el veneno aún, no hay tiempo para eso, debe ser solamente el susto (entonces, ¿por qué me estoy cayendo?).

Los otros me ven y corren, los veo solamente a medias, la otra parte de mi visión cubierta por la hojarasca del piso, la tierra mucho más abajo y muchas alimañas, y los párpados encogidos entrecerrando los ojos, el barullo de las pisadas se agiganta pero no escucho sus voces y me asalta el antiguo y reconocido sentimiento del ridículo y mi temor a las burlas, ¿será que me estoy desmayando?.

Miro desde el suelo la perspectiva de sus piernas rodeandome y los pechos sudorosos y brillantes del sol, sol por todas partes, por todas partes sol, las cabezas perfiladas y los rostros borrados por el resplandor enloquecido, alguien con un palo alejando los pedazos, no los escucho, no los escucho, y las hojas secas, largas y fibrosas que me envuelven, por

qué a mi me tuvo que pasar, por qué no a otro, si ni siquiera me pasó entre el barro cuando me escapé en la lluvia.

De repente sobre mí una sombra y el olor picante de una piel sudada y en la lengua un momento el sabor salado de una gota, el pecho se levanta y prendidos mis brazos a su movimiento siento que me voy apartando del suelo, ya no están en la piel de la espalda las lenguas fibrosas de las hojas de caña y allá lejos mis pies también se levantan, los levantan, pero muy lejos. Más cerca está la punta de la tetilla oscura coronando un músculo tenso, lo veo en un destello y de nuevo la sombra que lo cubre todo y el silencio y siento que me llevan por el vaivén de mi peso, a veces en los brazos, a veces en las piernas, trastabillan y en un costado, y así.

Mi frente parece que está a doscientos metros de altura coronada de fuego, dentro mismo de la hoguera y quiero tocármela para tratar de bajarla pero mi mano es demasiado pesada y de repente está abajo, tan abajo que me empuja contra la almohada y me hunde cada vez más, los oídos comienzan a zumbarme, lo que es mil veces peor que las olas tranquilas de silencio en que me estaba meciendo.

Y de repente Marina está frente a mí, desencajada, los ojos húmedos y sus labios entreabiertos temblando, como no sabiendo qué decir, por qué ahora nos sucede esto, vida, cuando por fin pudimos reconocer nuestro amor, cuando pudimos decirnos todo lo que nuestros corazones escondían, perdoname, mi vida, por defenderme del dolor dije de vos cosas malas, dije que te metías con cualquiera, todo está disculpado, corazón, vivamos, sólo nos toca vivir, y la explosión de ese pensamiento en mi estómago aplaca las últimas ondas y se hace un destello de claridad, eso es mentira, es solamente otro engaño de la fiebre, como el subir y el bajar, como el flotar de mi frente, como todo eso.

Entonces, sumido una vez más en el frescor de las sombras (aunque mi frente sigue aún en medio de la hoguera, allá arriba) pienso, y me da rabia, que es demasiado penoso pensarla tanto y no tenería, demasiado doloroso, llegar incluso hasta a idealizar en mis labios el sabor suave de su vientre y martillearme de repente la certeza de su nauseabunda realidad (abusada, burlada) haciéndome convencer cada vez más de mi desgracia, de la miseria, la oscuridad y las sombras de todo lo que me rodea.

No puedo creer que ella le haya pedido eso a Roberto, no así como él me lo dice refregándose, ni siquiera que le haya gustado, pero no le digo nada. Roberto me mira y se sonríe, la pelotita de su cuello sube y baja mientras de entre sus labios salen dos semillas de mandarina.

-Siempre me pregunta por vos...

Prefiero mirar la cáscara que se quema entre las brasas porque no quiero ver si se da cuenta del color de mi cara cuando siento como una cosquilla en el costado y en el cuello y afuera sigue lloviendo despacio.

A través de una rendija de la ventana entra un poco de luz, tengo un sabor asqueroso en la boca y quiero agua pero ni siquiera sé quién está para pedirle. Aunque la pieza está a

oscuras creo identificar perfiles familiares (¡cuántas veces me habré despertado!), veo mi ropa colgada de un clavo y una esquina doblada del almanaque refleja el rayito de luz de la ventana. Debajo de la puerta hay una raya luminosa, afuera es de día y hay mucho sol. Trato de incorporarme pero tengo una viga de hierro atravesada sobre el pecho y no me deja mover. Pruebo los dedos, sí, la mano está libre, y con inmenso trabajo busco la viga. No hay nada, sólo mi pecho pegajoso de sudor, caliente, y trato de cerrar los ojos porque la frente comienza a subirme cada vez más rápido, cada vez más alto. Tengo los ojos cerrados y poco a poco se restablece la calma. Mi pierna desde la rodilla para abajo es una masa, la miro, es una pelota negra y no la puedo mover, sale afuera de la sábana con que me cubrieron. Levanto la sábana humedecida y grisácea en la penumbra de la pieza y me sorprende verme totalmente desnudo, sí, ahora lo recuerdo, ya me desperté otras veces y quería morirme de vergüenza cuando me limpiaban (quiénes son, qué hacen, cierren la puerta, cierren la puerta, por lo menos cierren la puerta, por favor).

Y ese recuerdo me asustó porque quería orinar y al incorporarme la cabeza comenzó a darme vueltas y el alambre de fuego comenzó a entrarme otra vez por el tobillo y sentí que mi pierna era más gruesa que un tronco y casi con su misma corteza descascarada, me pareció, pero quería orinar y no lo iba a hacer en la cama, no otra vez, no otra vez, y al tratar de levantarme el pozo se abrió a mis pies profundo y negro.

Siento que el hedor sale de mí y ellos son unos idiotas porque piensan que no escucho, que sus voces y sus risas cuando comentan sus cosas, porque no van a hablar sólo de mí, claro, es bastante ya lo que hacen viniendo a verme, no me llegan, que no me duelen la compasión y la curiosidad con que contemplan mi cuerpo desnudo y la puerqueza de mi pierna podrida. Yo sé que no tengo por qué importarles, no tienen por qué quererme, así como yo no los quiero, no los entiendo realmente y no los quiero... pero sin embargo la pieza que me dieron es todo lo que me pueden dar y me la ofrecieron, y este colchón que después no va a servirles más tengo que agradecerles, también me hubieran podido dejar librado a mi suerte. Pero es claro que me duele y me atormenta y por eso prefiero no pensar, sobre todo al darme cuenta de que no sé en qué lugar o con qué compañía hubiera preferido vivir mi desgracia, la que estoy viviendo. En ninguna parte en especial, me digo, y con nadie, con nadie, no encuentro a nadie.

Hundido en el lecho por una rendija de mis ojos los miro rodeándome, veo que me están mirando, sé que me están oliendo, me siento desvalido, un niño desprotegido, víctima inocente, humillada y casi compadecida, estoy desnudo, querría cubrirme, querría que el vello se agigantara y me cubriera esa parte pero permanece inmóvil bajo las miradas curiosas, me siento inerme, querría proteger los restos de mi intimidad pero no me muevo, no tienen que darse cuenta de que estoy despierto.

Mucho tiempo después seguí sintiendo la pierna, incluso me dolía la mordedura de la víbora (¡que increíble!) cuando había amenaza de lluvia, sobre todo, o cuando hacía mucho frío. Muchos días pasé sentado bajo el alero con mi silla un poco inclinada y una pelota de ropa bajo el muslo para que no se me cargara la herida.

Martín vino llegando una tarde por el lado de Capellanía, él no sabía nada, ni que yo estaba ni lo que me había pasado, pero al llegar no sé cómo ya se lo habían contado, aunque

los otros tampoco sabían que me conocía, uno que vino de hacia donde vos venís, le habrán dicho, o cualquier otra cosa.

Cuando lo vi salir de detrás de la última barraca y acercarse por el patio central tuve el loco deseo de esconderme para que no me viera, y lo hubiera hecho de serme posible moverme con rapidez pero el muñón aún me dolía y en el fondo ansiaba mucho hablar con él (el pecho me saltaba de emoción).

Me pareció verme en su gesto indeciso y su mirada nerviosa cuando meses atrás me acerqué a la plantación a pedir trabajo, yo también llegué así, como desorientado, sin saber exactamente qué quería, qué ubicación quería conseguir. Mal trabajo, por otro lado, el que aquí se conseguía, especial para corridos: unos meses sí, durante la zafra, y después cada cual por su lado, sin siquiera haberse conocido bien, sin saber realmente quién era o qué hacía el que estaba a tu lado, unidos solamente por la situación del momento, sudando como vos, rumiando el cansancio bajo el sol y el calor como vos, tomando a veces una cerveza en el almacén o cualquier otra cosa pero sin querer demasiado el trabajo ni el lugar ni a la gente porque para qué, si después te tenías que ir y nada más, hasta otro año o nunca más. Por eso digo que podían haberme dejado librado a mi suerte y no lo hicieron, me dieron casa y a veces compañía y hasta algunas bromas y burlas (que me gustaron como nunca lo hubiera creído, tantas ganas tenía de saber que estaba con alguien) y eso es algo que tengo que agradecerles porque es buena gente, pero eso al llegar no lo sabía, como tampoco lo sabe Martín que llega como asustado y nervioso.

Trae su bolsón de plástico azul colgado al hombro y sus championes marrones de suela gruesa y más que verlo a él son esos detalles los que violentamente me hacen saltar hacia lo que dejé allá al escaparme en la lluvia, tantas veces había visto ese bolsón colgado en la pieza que ocupábamos en el campamento los cuatro, o sea él y yo con Roberto y Martínez, tantas veces le habían hecho bromas por el olor de los championes al descalzarse para dormir cuando volvíamos los sábados de noche casi borrachos y felices o a veces algo como apenados por la incertidumbre del día libre que venía, -qué hacer para ser más felices- que tan rápido iba a pasar y al que le seguía toda una semana de trabajo otra vez.

Con su cercanía se me representó Marina con toda claridad y maldije el hecho de que él me viera así, hubiera preferido que nadie se enterara (porque me daba vergüenza) pero ya era tarde para esconderme aunque no hubiera valido de nada, desde luego, porque él ya lo sabía y además que de todas formas no importaba, todo estaba muy lejos y acabado, aunque eso pensé porque todavía no sabía nada de lo que supe después, enseguida.

-Muchas veces preguntó por vos. A veces hasta nos reíamos de ella cuando preguntaba por vos y hasta le hacíamos bromas: ¿por qué tanto querés saber?

Siento en la cabeza como un mareo, me parece que eso ya me lo habían dicho, sí, durante la fiebre, eso es, lo había soñado. Quiero descubrir en su cara si se burla o qué, está sentado a mi lado y fuma, el bolso en el piso, recostado en la silla que lo dieron en la cocina, dentro de poco va a anochecer y alrededor de su cabeza hay dos o tres mosquitas dando vueltas.

No sé si es porque es de noche y no veo su cara pero no se burla, no tiene por qué, y en vez de agigantarme de alegría siento una pena profunda, Dios, Dios, es resentimiento, creo que es rebelión.

Por algo digo que nada es como tiene que ser, porque pasan las cosas demasiado tarde, cosas que en su tiempo hubieran cambiado todos los sufrimientos en alegrías, o suceden en forma innecesariamente cruel, hasta que ya no hay alternativa.

Cuando escapé del pueblo dormido lo hice nada más que por mi indecisión y sólo quedé en mi memoria el justificativo de la duda, pero martillando la conciencia de que nunca más volvería a revivir las tardes caminando con ella en la avenida de las ovenias, vida que dejé de vivir por mi propia decisión y después fue tarde, la chica ya no estaría, las ovenias quizá no estarían y yo ya no sería el mismo.

Mirando desde lejos lo vivido, lo que más me duele es no poder volver atrás a reparar las equivocaciones, pero eso no me pasa sólo a mí, le pasa a todo el mundo, y no es al final de cuentas lo que más me duele: lo que me apena es que mis equivocaciones no son cosas que hice mal... son cosas que dejé de hacer. Cuando huí en la lluvia perdí mi posibilidad de saber lo que ahora estoy sabiendo, o sea, que mi huida no tuvo razón de ser, fue innecesaria (la vitalidad, la virilidad, la fuerza de Roberto no eran una bofetada para mí si mi espejo era Marina, por lo visto), así como después supe que fue por una estupidez que tuvieron que cortarme la pierna, cortarme la pierna, cortarme la pierna, cortarme la pierna.

Si la víbora no me hubiera picado, digo, o más aún, si hubieran sabido que su veneno podían combatirlo fácilmente con el suero porque era un veneno tonto, creo que ni siquiera era una víbora venenosa (todo se juntó para adquirir caracteres alarmantes: la insolación, el susto...) no hubieran tenido que abrirme, en medio de la desesperación, los tajos en cruz sobre los dos puntitos de sangre oscurecida con el cuchillo sucio, para succionarme el veneno, herida que después se pudrió y me encangrenó la pierna (Santo Cielo, si hasta parece una broma), o si no hubiera venido aquí la víbora no me hubiera picado y todo eso, pero es tarde para todo y ya no tiene importancia.

Mi cruz es ese hijo, doña Simeona, me voy a ir de este mundo con un amor muy grande, el que siento por mi hijo, que me hace sufrir, pero por otro lado sin poder perdonar, porque no puedo perdonar, ¿sabe?, no puedo. No es posible que la gente pasee por la vida sin mirar alrededor... ¿Sabe lo que me dijo?. Tenemos solamente una vida, Adelita, me dijo, y nuestra obligación es vivirla. Señor Santo del Cielo, yo me pregunto: ¿y nosotros, qué?.

Traté mucho de comprenderlo, doña Simeona, Dios sabe que hasta ahora trato de comprenderlo porque no quiero morirme sin perdonarlo pero no puedo, perdóneme, no puedo atajarme, pero no llore usted, no, bastante hace ya con venir a verme para que encima yo con mis lágrimas ocasione su llanto, pero es que no quiero morirme sin perdonarlo.

Claro que voy a hablar de morirme, ¿acaso puedo yo hablar de otra cosa?. Me estoy despidiendo de todos los que me rodean y cargando en sus conciencias la idea de mi fin. Así les recuerdo, de alguna forma, su propio fin... con ese gesto estúpido que es el último daño que puede causar el derrotado, el último golpe dado a ciegas no importa a quién lastime, con la satisfacción de poder causar algún mal, pero esto no se lo digo, claro, lo pienso mientras con los ojos entrecerrados, el pañuelo blanco estrujado cerca de mis labios, la cabeza recostada en las almohadas humedecidas, finjo un adormecimiento repentino de mi cuerpo exhausto.

Yo le aseguro que hubiera sido por mí sola yo lo hubiera perdonado, doña Simeona, pero es el recuerdo de ese hijo el que me lastima y se clava en mis entrañas como una garra infectada, es el dolor en que sumimos a ese hijo querido el que no me permite olvidar todo y perdonarlo, no hay derecho, no se puede jugar así con las personas.

Es incomprendible lo que nos pasó, lo que nos hizo, un hombre así no tiene que tener mujer y menos que menos tener hijos... A mí muchos no me comprendían y creían que lo hacía por tenerlo conmigo pero qué va a ser por eso, ya no me importaba tenerlo o no tenerlo y lo mejor era que estuviera lejos, aunque muchas veces deseé su amor, muchas veces, doña Simeona, en la noche no podía dormir y ha de ser por orgullo que no quería reconocerlo y creo que es por eso más que nada que le comencé a odiar. Pero no le odio, doña Simeona, ¿sabe?, tengo demasiado miedo de odiarle, no quiero pecar así, y mucho menos ahora que sé que me voy a morir. Quién me hubiera dicho que iba a terminar así, sabiendo que voy a morirme, esperando que todo mi cuerpo se duerma como se durmieron mis piernas, que ya están muertas, como se duerme mi espalda, como se duermen las puntas de mis dedos, fríos después del hormigueo profundo, y sola. Estoy sola, doña Simeona, papá hubiera estado conmigo ahora que lo necesito, pero ya no está, ya murió, ya se fueron todos, mamá, los amigos... ya no está nadie cerca de mí, ¿cómo voy a perdonarlo?, que viva con su libertad loca devorándolo todo a su paso, que siga agostando la hierba con sus pies ardientes de movilidad y locura, que siga consumiendo el esfuerzo, la energía y las sonrisas de los que lo rodean, que viva como quiera... Usted sabe muy bien que por mí no hablo,

pero mi hijo, mi hijo querido del alma, esto solo lo pienso porque los sollozos no me dejan hablar, se va a seguir consumiendo en la hoguera que él encendió.

Hablo por ese pobre infeliz inocente que ya nunca va a tener a nadie que lo consuele, yo ya no estaré y su padre nunca va a hacer nada por él.

¿Qué me quiere decir usted, doña Simeona, con que ya no está?, ¿que ya está muerto?. Para mí no está más muerto de lo que estaba cuando me abandonó, cuando nos abandonó a los dos... ¿Qué me importa a mí que lo hayan enterrado,

nadie sabe si lo enterraron, nadie sabe cómo murió, nadie sabe de él nada de nada, nunca nadie supo nada de él, nadie

y su cuerpo se haya deshecho en podredumbre?, igual se está deshaciendo el mío y él no lo sabe, y sigo odiándolo y maldiciéndolo y añorándolo con todo mi corazón...

la miro y sé que piensa que estoy desvariando
y no me importa, esa es la ventaja que tenemos cuando sabemos que estamos llegando a nuestro fin: ya no necesitamos fingir.

Cómo se ve, doña Simeona, que usted nunca tuvo un hijo, que nunca supo lo que es tener un ser al que se quiere más que a sus ojos. Si hubiera sido madre no me hubiera criticado... Claro que me critica, claro que piensa que me equivoqué al criar a mi hijo, a mi hijo, ¿sabe?, porque es mi hijo, mi hijo. ¿Qué quería?, que lo dejara rodar por la pendiente sin fin que es la vida de ese... lo maldigo, sí señora, lo maldigo una y mil veces porque no sólo me mató a mí sino que también mató a su hijo... Qué me va a enseñar usted a mí de comprensión y comprensión... ¿Comprende acaso el tumor hambriento que me está devorando los riñones?, ¿lo comprende?, ¿comprende acaso que yo esté sola y él ni siquiera hace nada por estar con su hijo?, y no empiece de nuevo con historias, ya sé que está muerto pero para el caso es lo mismo, ¿comprende acaso su malsano egoísmo...? ¿Qué es lo que comprende usted? Nada. Nada comprende. Entonces, cállese.

Usted se acuerda de cómo era yo, doña Simeona, yo era linda y era la joya de mis padres, qué tonto parece todo eso al decirlo ahora, pero eso es lo que son los hijos de los padres... joyas. ¿Y qué soy ahora? Señor Santo, ¿cómo no voy a llorar?

Yo hubiera tenido que aceptar el irme a vivir con él en los campos de Cordillerita... Pero yo no soy de allí, doña Simeona, no sé si me entiende, en ningún sentido soy de allí, me hubiera muerto mucho antes si aceptaba ir a enterrarme en vida allí, lejos de todo lo que siempre fue mío, mis amistades, mis salidas, mi ambiente... ¿Y qué quería? ¿Acaso a él le era imposible adaptarse y venir? El me conoció como de aquí, yo no fui a buscarlo, nunca lo llamé yo. Por eso siempre tuve a mi hijo conmigo, y le di lo mejor... No entiendo qué es lo que quiere decir con que va a ser siempre un extraño en todas partes... No. ¿Para qué voy a mentirle? Estoy al borde de la verdad, detenida por un instante en lo alto de la colina, sin poder echarme atrás y teniendo adelante el vacío sin límites esperando la misericordia del Juez y aquí no cabe la mentira, es estúpido mentir. Claro que entiendo lo que significan sus palabras: la ausencia de raíces, la ausencia total de amor, la agobiante y desmedida continua presencia del resentimiento, la falta de cariño, de calor de vida, claro que entiendo

yo le enseñé a odiarlo, sutilmente, despacio,
Señor del Cielo, ¡cuánto daría porque no fuera
cierto...!

lo que significan sus palabras... qué dolor siento en mi corazón, doña Simeona, a quién va a recurrir, dónde va a encontrar la calma de sus tormentas, pobre corazón desgajado...

los demás completaron mi trabajo, pero los
demás no tienen la culpa, ellos no tienen la
culpa, yo le enseñé a avergonzarse de su padre

(yo lo obligué, realmente) y a odiarlo, y
nunca tendré perdón, su pena caerá sobre mi
pena, su dolor caerá sobre mi dolor

ese es el dolor grande que llevo de esta vida en mi corazón... que Dios nos perdone, doña Simeona, amén.

Es casi de día pero las sombras se hacen más pesadas por la llovizna finita que flota en el aire llenándolo todo con un ambiente de casi irrealidad, fingidamente más frío, como mirado con ojos recién abiertos del sueño o a través de un vidrio empañado.

Afuera, en el patio, con las riendas tiradas sobre el alambre de la cerca, el caballo de Marcial Espinoza sacudió la cabeza dejando escapar de la boca un vapor espeso que pronto se diluyó. Más atrás estaban los dos hombres montados, en silencio, encerrados en la caparazón informe del poncho.

-O sea, eso es lo que me contaron, no sé si es cierto, pero lo cierto es que Quiñónez no pensó ni siquiera hasta ese momento que Candé lo iba a traicionar.

Quiñónez estiró los pies enfundados en los zapatones cargados de barro y humedecidos y los acercó a las brasas que brillaban cubiertas a medias por la ceniza en la fogata en el centro de la cocina.

-No me gusta, Marcial, no quiero saber nada de eso.

El calor llegó a sus plantas a través de las suelas y el barro y retiró los pies mientras recibía el mate. Marcial parecía nervioso; no había querido sentarse.

-¿Por qué?, sólo a vos te buscan.

-No es cierto.

-Y bueno, pero sólo a vos te podemos hacer pasar, a vos solo, no podemos arriesgarnos con tanta gente.

-Y claro, a quien se buscaba realmente era a Quiñónez, los otros a nadie le importaban.

No es cierto eso, don Mareco, no puedo creerlo; usted mismo me contó que era un grupo muy bien identificado, que mucha gente los perseguía, que los conocían a todos...

-Y qué iban a hacer... Marcial lo dijo muy bien, sólo a Quiñónez podían salvarlo. Al final de cuentas, uno debe sacrificarse, debe saber sacrificarse y seguir y servir a su jefe hasta las últimas consecuencias.

Quiñónez recibió el mate que Candé le pasaba, inmensa la panza, los pies hinchados, arrastrando sus pasos en la tierra apisonada de la cocina, el cuerpo cubierto con un liviano vestido de algodón y un saquito de lana verdoso y desteñido, la piel brillante, como encerada de frío.

-No me gusta.

-Mirá tío, es la única posibilidad. Yo estoy arriesgando demasiado para salvarte, te buscan por todas partes, demasiada gente. Yo solo no puedo hacer más.

-¿Y Panchito?

-Él es otra cosa... No pude encontrarlo, él no sabe que yo estoy ahora aquí.

-¿No sabe?

-No.

-Tu hermano no te hubiera dejado venir.

-No sé. No tiene importancia.

Quiñónez piensa que sí sabe que no lo hubiera dejado venir y que sí tiene importancia, se levanta y va hasta la puerta, tose y escupe afuera. Las formas se desdibujan con la llovizna y empiezan a convertirse en bultos grises a partir de la alambrada que rodea la chacra, desde el fondo se escucha el arrastrarse de una lata contra la tierra en el chiquero, el espulgarse de un perro un poco más cerca y al costado, casi contra las tablas de la pared del rancho una gallina escarbando, es, desde luego, un compromiso y peligro muy grande el que corre esta pobre gente al darnos cobijo, piensa.

-Está clareando más.

-No nos queda mucho tiempo, tío.

-Candé, ya no vamos a tomar más mate... andá nomás afuera.

-Ahí fue cuando se equivocó, creo yo, no hubiera tenido que hacerla salir.

¿Qué otra cosa podía hacer, don Mareco?

-Cualquier cosa, no sé, pero allí fue cuando ella salió y lo denunció.

En el corredor estaban los hombres sentados recogidos en sus ponchos en círculo apretado y silencioso alrededor del fuego, el mate girando incansable, humo picante en los ojos cargados de sueño y el viento corriendo libremente, como un metal helado en el cuello y un molesto erizarse de la piel en la espalda y sobre los riñones. Luciano se levantó de mala gana cuando Candé lo llamó con un gesto, le daba vergüenza que los otros la vieran

con él así como estaba (la panza hinchada, arrastrando su carromato, moviéndose como una tonta, ya le dije, carajo, que no viniera cuando estoy con mis amigos, no puedo verla más, carajo).

-Nos va a dejar, Luciano.

-Tadeo ya lo había dicho mientras comían al costado del potrero de Pereira aquella vez, o sea, lo había dado a entender con mucha malicia, haciendo saber que sabía que Quiñónez lo podía en una de esas abandonar, pero Quiñónez lo había desairado con desprecio, nunca fue gran cosa, Tadeo. Era su segundo... qué va a ser su segundo. Le fue fiel hasta que quiso serle fiel y después no, y eso no es ser fiel, y el segundo de uno tiene que ser como uno, en las buenas y en las malas, hasta el final. Y él fue el que comenzó a calentar es la cabeza a los otros. Cuando llegaron desesperados a la casa de Pereira aquella vez, Pereira en medio de su odio, y además que siempre fue muy malo, se burló de Quiñónez, como si él hubiera tenido la culpa de sus parientes cobardes. Te abandonaron tus parientes, le dijo a Quiñónez burlándose, eso no está bien, ¿verdad?, y él se enojó mucho. Y porque Tadeo seguramente ya había hablado con Pereira o por la razón que sea es que no quería que mataran ese animal.

-Vamos a matar a otro, Quiñónez, ya que te pidió, y además que no hace falta que sea éste, si puede ser cualquier otro.

-Que sea éste. Y a mis parientes me los refriego por el culo.

-Claro que Pereira esto no pudo escucharlo porque ya Luciano y Benítez lo habían acompañado hasta la casa y no lo dejaron salir hasta después del atardecer, cuando ellos emprendieron la marcha. A Quiñónez le dio mucha rabia lo que le dijo Pereira.

Mientras la carne se cocinaba sobre las brasas Candé y Dorotea tajeaban los trozos restantes y les sacaban la grasa.

-Dorotea era una rubita bajita y muy flaca, una de las hijas que el español Salinas dejó por la zona en sus recorridas buscando fibras para hacer tejidos porque él en su tierra, decía, había sabido que la fortuna aquí estaba al alcance de cualquiera, que cualquiera podía conseguirla con sólo estirar la mano, en las fibras, por ejemplo, hombre, ¿sabéis acaso vosotros la riqueza que tenéis desperdiciada en eso?, solía decir en esa su lengua que tan bien sabía hablar, y en el almacén casi todos reían, mientras tomaban el trago, pero le querían mucho. Y aunque nunca encontró las fibras que le iban a hacer rico, se llenó de hijos por ahí, aunque nunca los cuidó ni los quiso, hasta que una vez se murió tísico, solo, en uno de los puestos de los campos de Quiñónez en Cordillerita. Qué mal terminó el español, decían, o sea, los que alguna vez se acordaban de él. Sus hijos se repartieron por toda la zona, por donde pudieron, y Dorotea vino a ser la hembra que Tadeo arrastraba consigo siguiéndolo a Quiñónez.

Las lonjas delgadas de carne eran encimadas una sobre otra con sal gruesa de por medio en el cajón de madera para transportarlas. Por los agujeros de los costados comenzó a gotear

agua sanguinolenta. Después de desollar el animal, Francisco y Tení habían estirado el cuero sobre el alambrado que daba a la casa.

-Antes de montar para irse, Quiñónez se acercó al alambrado y levantó su cuchillo, ese facón con mango de plata con hermosos dibujitos que llevaba siempre, para que Pereira lo viera desde la casa, no se podía saber si estaba o no en la ventana porque ahí ya era demasiado oscuro, pero seguramente estaba, no iba a estar en otra parte, estaba ahí mirando cómo se iban. Y Quiñónez le mostró bien el cuchillo y después hizo dos buenos tajos bien largos en el cuero que se comenzaba a secar, ni siquiera el cuero le dejó, y es porque tenía mucha rabia.

Tadeo cabalgaba en silencio un poco atrasado; Quiñónez frenó su cabalgadura y se detuvo a esperarlo antes de salir de la última tranquera. Ya casi era noche cerrada, la figura de los delanteros se iba borrando entre las sombras y tenían que comenzar a atravesar el montecito que hay a la salida de lo de Pereira.

-Pasá nomás, Tadeo... yo cierro la marcha.

-Puedo ir yo detrás.

-Prefiero ir yo.

-Y claro, Quiñónez no era tonto. Él estaba seguro de que no lo iba a cagar a Tadeo, pero no podía asegurar si Tadeo lo cagaría o no lo cagaría a él, no le gustó cómo se andaba portando últimamente, a pesar de que todavía no podía decir nada, vamos a decir. Claro que Tadeo tampoco era tonto, y no lo gustó la desconfianza. Picó su caballo y se acercó a los otros. Creo que Quiñónez se equivocó porque Tadeo allí habló con los otros, lejos de él, y les calentó la cabeza. Él hubiera tenido que hablarle y entretenerle y tratar de sacarle algo, vamos a decir, pero esas cosas así, transando y especulando, a él no le importaban nada, y a veces prefería que lo cagaran antes que tener que andar haciendo esas cosas, hombre raro, Quiñónez, demasiado grande para la puerqueza que estaba cerca suyo. Yo creo que allí comenzó todo porque Tadeo hizo todo lo posible para que prendiera la desconfianza. Se estaban dando cuenta los otros de que las cosas no iban bien, no es que antes lo hubieran pasado mejor, no, siempre llevaron detrás de Quiñónez una vida dura y peligrosa, pero era diferente, no es ni siquiera que Quiñónez les hubiera demostrado con su cara preocupada, por ejemplo, nada. Era nomás que nada les estaba saliendo bien últimamente, ni siquiera podían pelear, siempre iban escondiéndose, y eso es malo y peligroso para un grupo. Y más después que Tadeo les habló, los otros ya quedaron asustados, parecían las gallinas después del trueno, agitando las cabezas, moviendo los ojos, esperando cualquier cosa, carajo.

-Y cómo mierda nos va a dejar - le dijo con rabia, tan estúpida era la posibilidad que desconfiaba su mujer.

-En serio, Luciano, yo los escuché mientras les cebaba el mate... Ahora me hicieron salir para poder hablar más tranquilos, seguramente; don Marcial lo va a hacer cruzar el río a él solo, yo lo escuché muy bien, le dijo que a él solo le iba a hacer cruzar.

-Mucho tiempo después, cuando ya hacía un buen rato que Espinoza se había ido, Quiñónez salió al corredor y se acercó a sus hombres.

No le gustó nada ver esas caras serias y pensativas que encontró, pero quiso convencerse que era por el cansancio y la incertidumbre y el miedo de sus hombres, era ya larga la huida y cada vez más difícil. Pero dudó. Dudó porque podía ser eso o lo que estaba desconfiando.

-¿Y Tadeo?.

-Se fue hasta lo de Domínguez para conseguir esa bolsa de porotos que le dijiste.

-¿Por qué ahora?. Yo le dije que se fuera esta tarde no logra desentrañar el rostro inexpresivo de Luciano, pero no le gusta. Sabe que hay algo, hay algo y no sabe qué. O sí. Claro que sabe qué - Necesito hablar con él, Luciano, voy a ver si lo alcanzo. Ensillame el tordillo, rápido.

Al poco rato salió nuevamente de la cocina con el poncho sobre los hombros y montó.

-Si no lo alcanzo antes de llegar a Pasaje Isla, vuelvo antes del anochecer.

Luciano pensó que no lo alcanzaría, que tampoco iba a volver y muchas otras cosas, pero no dijo nada.

-Claro que le extraña que Quiñónez hablara de Pasaje Isla, si lo de Domínguez era hacia el otro lado, pero Quiñónez no era ningún tonto y se había dado cuenta de todo y quería que Luciano, después de pensarlo mucho, también se diera cuenta de que a él en ningún momento lo había engañado.

Lo que más le molestaba era esa sensación de no saber exactamente hasta qué cosa tenía que aguantar y hasta cuándo cada día, hasta qué hora o en qué momento podía pensar que había terminado su trabajo. Con don Mareco era diferente: a las diez y media podía salir de detrás del mostrador y podía dormir o hacer lo que quisiera, nadie le había dicho ese horario, pero se respetaba. Con doña Rubia era diferente: a las diez y media generalmente el movimiento comenzaba y algunas veces algún cliente llegaba recién cuando comenzaba a clarear y si te elegía te tenías que ir con él a la pieza, no importaba la hora, y nadie dijo nunca este horario pero se respetaba, con doña Rubia no se jodía.

A veces era hasta simpático darse cuenta de cómo todas las cosas podían ser tan iguales con gente diferente y en días diferentes, hasta el mismo hecho de venir a caer en una casa como ésta habiendo tantas otras cosas para hacer aunque, al final de cuentas, no hay tantas otras cosas para hacer tan fácilmente, sobre todo cuando una ya no es una tonta.

Pienso, pensó, que por algo tiene que haber sido el venir a parar acá todas las noches después de cerrarse El Porvenir y después, incluso, habiendo ya dejado de ir a El Porvenir

porque no valía la pena, una ya no es una tonta, y entre estar sola aún estando entre otras entre ollas y sartenes en una cocina de Bar y estar sola acostada con un tipo no hay comparación posible, por lo menos es menos trabajo. El problema nomás es que siempre se está sola, sin nadie con quien hablar aunque hables todo el día, qué desesperante. Que te saquen la bombacha y que te miren y te revisen como si fueras un caballo, eso a veces te molesta, pero se aguanta; o que tengas que bajarles el calzoncillo y después lavarles y todo eso también te molesta pero también se aguanta, pero que no puedas nunca creer nada de lo que te juran es mucho más doloroso y eso sí que hay veces que no se aguanta.

A veces quiero morirme y que se acabe todo, qué se creen, que una no puede tener asco de todo y rabia, putos de mierda, y no tener que aguantar las miradas y las palabras como cuchillo bien afilado de doña Rubia, bien despacito, que no lo escuche el cliente, y olvidarlo todo y poder ser feliz de una vez.

Siempre escuchar qué lindo tenés esto, que hermoso tenés esto, haceme esto y tocá esto y esto, parecería que todos se cuentan cómo hay que hacer. Y hay muchas veces que te da rabia ver que nada es diferente. Claro que hay también momentos que dan gusto y justifican cualquier otra cosa que se tuviera que pasar, aunque es muy importante tener mucho cuidado de no demostrar nada porque estos tipos que acostumbran a venir por estos lados parecen tontos, pero algunos son maestros y si de entrada les demostrás que te gustan, se te abusan y ya creen que tenés que hacerles esto o lo otro, todo lo que te piden que les hagas, y ciertamente a veces se hace todo eso pero no siempre, o al menos, tenés que poder decir que no cuando te parece.

Cuando viene don Ferreira es diferente; es un sinvergüenza, nos agarra a todas en cualquier lugar y a cualquier hora pero a doña Rubia la enloquece, la hace sus cosas un rato y la pone feliz, la emborracha y es una fiesta. Cuando él viene de tarde, por ejemplo, toda la casa es otra cosa, esa noche es diferente; no tantas obligaciones, hay que cumplir, es cierto, pero si el cliente no sale contento se jode, y nada más, todo es diferente. Don Ferreira es como nuestro ángel, todas lo queremos por eso. Cuando una de las chicas le dijo eso en broma, él dijo es cierto, soy el ángel vengador con mi larga espada y todas nos reímos y más doña Rubia, porque no es que sea muy larga, pero todas lo queremos mucho.

Pero la vida así no puede ser, cualquiera puede darse cuenta, se negó a resignarse.

Y eso mismo se revolucionaba en su mente esa noche cuando para preparar el ambiente apagaron la luz grande que colgaba en el salón y todo el cuarto se inundó de rojo por la lámpara forrada con celofán colorado que había sobre el mostrador, porque el inicio de otra jornada. Las chicas iban llegando y se ubicaban en los asientos repartidos o en los taburetes del bar, algunas suavizándose las uñas en la semioscuridad, otras mirando, simplemente, otras, no.

-Te queda precioso tu peinado nuevo, mi reina.

Marina no pudo definir muy bien la reacción que sintió, pero nunca le gustó que Clotilde la mirara porque sabía muy bien lo que era Clotilde, así como todas las demás lo sabían, pero generalmente lo tomaban a bromas y, al final de cuentas, decían, era una forma de

ligar tres veces más dinero en el mismo tiempo (porque además de todo había espectáculo) y ellas hacían esas cosas entre mujeres por ganar más pero Clotilde porque lo gustaba, y eso le molestaba, porque era más puta, decía, que todas, porque hacía porque le gustaba y ellas, sin embargo, nada más que por ganar dinero. O a lo mejor fue porque: «mi reina» le recordó tantas cosas.

-Mi culo lo que está precioso.

Doña Rubia dejó de romper el hielo que estaba poniendo en la conservadora en el mostrador del bar; estaba enojada, cualquiera podía darse cuenta.

-No tenés por qué ser tan maleducada. Ella fue amable contigo.

-Y bueno, que no se meta conmigo.

Clotilde se rió.

-¡Ay! ahí está... se hace la reina desde que ese pajero comenzó a entrar siempre con ella... ¿Y qué vas a decir?, al final, te larga uno y se va.

-Yo no me quiero pelear con ella, doña Rubia, así que dígale que se calle.

-Váyanse a la gran puta las dos.

-Por qué camino.

Y

-Cómo si aquí estamos.

Y todas esas cosas y muchas carcajadas, de ella y de todas las otras y así, siempre igual, hasta la llegada de los clientes y vuelta a comenzar, una y otra vez todo como siempre.

Pero Emiliano no es ninguno de esos que dijo esa puerca que era, es un buen muchacho, pensó más tarde, a veces hasta me paga la cama cuando se queda a dormir. Con él es como con cualquiera de los otros, sólo que él es más respetuoso y ella ya ni siente la curiosidad de conocerlo desnudo que a veces es una curiosidad tan divertida con los otros, una a veces ni siquiera se imagina lo que después encuentra, por lo visto tenía razón don Mareco, ya no tengo remedio, estoy cada vez más sinvergüenza.

-Te tenés que ir, Marina - le había dicho. - Y no llores. Ya no puedo aguantar más. Esta es una casa respetable y vos están haciendo basuras.

-Pero si yo no hice nada, don Mareco.

(La rabia que lo pone todo de una forma diferente, casi no poder hablar, la garganta apretada por tantas cosas preparadas para decir y memorizadas desde hace tiempo y que en

el momento no salen, en el fondo hasta un poco de celos, ¿por qué lo tuvo que hacer siendo, como sea, de mi casa?)

-Vos no habrás hecho nada, pero a vos te lo hicieron demasiadas veces, puta de mierda. Y ahora, patitas a la calle.

-Vamos conmigo, Marina; salí de acá y vamos conmigo.

¿Pero vos acaso serías capaz de casarte con una como yo, Emiliano?.

-Vamos a vivir juntos ¿Querés?.

-No, si te dije en broma nomás, papito. Después es mucho más difícil volver... Yo ya no soy ninguna tonta, aprendí mucho en la escuela de doña Rubia ¿Cuánto tiempo se van a hallar juntos tu cosito y mi cosa?

-No vayas a hablar así, parecés en verdad una de ellas.

Lo mismo que cuando está sentada en cuclillas al lado de la cama (¡ni siquiera se da vuelta!) los dedos hurgando y limpiando, brillantes y gomosos, el agua tibia de la palangana chisporroteando y él acostado boca arriba y los ojos muy abiertos tratando de no mirar.

-qué polenta hoy, mi rey...

Y él tratando de pensar que es mejor cerrar los ojos y dormir imaginando que las cosas no son como son y Marina, después, arrepintiéndose de su grosería y volviendo otra vez hacia atrás, cuando todo era más inocente y menos amargo, hasta don Mareco y más allá, realmente siempre hasta más allá, hasta los ojos de él, el que se fue, sus ojos y su temblor, aunque nunca se anime a reconocerlo, ahora, en medio de todo esto.

Y eso que doña Rubia fue buena desde el principio, trataba de consolarse, al final de cuentas. No tenía por qué recibirme y sin embargo enseguida me abrió sus puertas sin ninguna exigencia cuando venía recién después de cerrarse El Porvenir y con mucho más gusto después cuando dejé de ir a El Porvenir siguiendo su consejo; claro que me saca dos de cada tres pero en realidad no necesito mayormente nada, aquí me dan todo lo que me hace falta y un poco de dinero siempre me sobra, si bien es cierto a veces la comida es asquerosa, sobre todo la cena pero, al final de cuentas, quién va a acordarse de la cena la mayoría de las noches que es una mierda lo que tenés que hacer y lo único que buscás es alguien con quien hablar, alguien que te escuche un poco y no encontrás, nunca encontrás, nunca encontrás.

Y, en el menor descuido, su mente vuela ágil y presurosa, se aleja desprevenida y libre, sin pensarlo, sin temer... dónde estarás, después de tanto tiempo, qué cosas estarán viendo tus ojos... Y lo peor es que no puedo ni siquiera compartir con nadie tu recuerdo (quién podría jamás imaginarse que nunca, me dijeras nada queriéndome tanto y que yo tan tarde comenzaría a quererte), creerían que me estoy haciendo ilusiones y se burlarían de mí. Aquí

todo es podrido, nadie dice la verdad porque te perjudica siempre el decir la verdad, pero yo no quiero mentir, no, por lo menos eso no.

-No puedo irme contigo, Emiliano, vos sos muy bueno y muy amable y yo soy como soy, pero no soy una sinvergüenza que te va a joder. Yo puedo hacer con todos todo lo que me piden, vos sabes muy bien eso, mi rey, ¿verdad?, pero es distinto.

-Marina, ¿qué es lo que es distinto?

-Qué se yo.

Y entonces siempre recuerda la cantidad de veces que sus ojos vagaron por las viejas fotografías de mujeres desnudas en calendarios pegados en las paredes, ¿para qué ponen esas estúpidas figuras si nadie las va a mirar teniendo a su lado en la cama una mujer más desnuda que las de las fotos, y viva?. Pero qué me importa que pongan lo que pongan, después de todo no creo que puedan colgar un Corazón de Jesús, aunque doña Rubia lo tiene sobre su cama, pero por eso ha de ser que deja entrar allí a las chicas sólo cuando hay demasiados clientes juntos y todas las piezas están ocupadas, creo que estoy peor que cuando estaba con don Mareco, soy más mala y me burlo de todo.

-¿Acaso a vos te gusta lo que tenés acá, todo lo que tenés que pasar cada día? Dejá todo esto y vení conmigo.

-No, Emiliano, este es mi trabajo y no le hago mal a nadie con esto, yo. Pero no me puedo ir contigo porque no me animo, no sé cuánto tiempo vas a querer estar contigo o cuánto voy a querer estar contigo.

-Tengo un poco de dinero que ahorré mientras trabajaba en el Ingenio, podemos vivir bien, no te va a faltar nada.

-No es eso.

-Y entonces, ¿qué es?, y no me digas qué se yo.

-¿Vos trabajaste en el Ingenio?.

-Un tiempo fui zafrero, cuando recién comencé, pero después fui subiendo y me quedé en la Planta y allí fue donde pude ahorrar algo... Vení conmigo.

-Ahora no.

Sí, pero, cuándo, se pregunta una mil veces cuando puede pensar, cuando no se encierra por su propio gusto en el mundo enloquecido que la rodea y avasalla a cada instante. A veces necesita pensar y se aparta de todo y se retrae pero no muy a menudo porque nunca sale bien parada de ese trance. Sale más triste, más amarga y, para defenderse, más loca, lo cual me viene bien, dice, por otra parte, porque los maestros enseguida huelen y hay que

ver cómo me buscan y cómo me permiten en poco tiempo hacer el apartecito de plata que me hace sentir tan segura, qué tontos son.

Quizás haya sido la redada la que la decidió y quizás no. A lo mejor fue que ya lo había decidido y solamente no se animaba a actuar. Pero fue después que se animó.

Llegaron a media noche, en dos coches que se detuvieron casi simultáneamente frente a la puerta y un poco más atrás la camioneta donde después las subieron. No le molestó nada tanto como las burlas que hacían mientras las ubicaban adentro, amontonadas, ella con la espalda al viento en el frío viento de la calle con su vestido de semi fiesta que era su ropa acostumbrada de trabajo, o quizás no hiciera frío, quizás el golpeteo de sus dientes fuera nada más que de nervios. Muchos de ellos habían estado antes pero ahora era diferente, ahora hacían las cosas de la moral. Podía ver por la ventanilla las figuras agazapadas de los vecinos espionando los movimientos, el ir y venir de los hombres trayendo a las chicas acompañadas y vigiladas (que no se escape ninguna de estas bandidas, carajo, no tienen vergüenza estas puercas) y creyó por un momento que los odiaba pero enseguida se dio cuenta de que realmente no sentía nada, nada.

A Clotilde la subieron última y cuando la empujaron adentro cayó sentada al lado Gladys, la morochita que había llegado hacía dos días desde una de las casas de Ferreira y que se cambió porque allá iba un tipo que parecía maniático, que la perseguía y ya podía resultar peligroso, nunca se sabe hasta dónde pueden llegar, que sollozaba en silencio, tan asustada parecía, tan nerviosa, que le dio lástima.

A doña Rubia no la subieron y cuando Marina vio que uno de los hombres cerraba la puerta de calle de la casa y después el portoncito de madera de la verja se preguntó dónde se habría escondido para escapar o es, se dijo, que a lo mejor ella no tenía que ir presa.

La camioneta arrancó violentamente y todas fueron empujadas en un envión fuerte hacia atrás; se sintió una vaca. Somos las vacas de Pereira, se dijo, transportadas en el camión-jaula.

-Los hombres y las mujeres tienen que vivir juntos, Marina, se necesitan. Pero la mujer tiene que cuidarse, o si no el hombre no la deja vivir.

¿Por qué ahora, doña Candelaria, me acuerdo de vos?. A lo mejor porque vos siempre fuiste un poco como mi mamá, nunca la conocí a mamá, ni siquiera pude saber bien cómo don Mareco fue a buscarme ni de dónde, vida de mierda, ¿acaso es así como se hace la moral, amontonándonos y riéndose de nosotras?

Y la noche se hizo más fría, creyó ella, y más la madrugada, sentada en el banco de la sala de Guardia y después, casi a media mañana, el estómago retorcido de hambre, en la boca y la cabeza los resabios de los tragos obligados para obligar a consumir, el Comisario, rechoncho, un fino bigotito de carbón sobre los labios oscuros como todos los comisarios, aunque hay algunos que no son así, diciendo ustedes son la perdición de la juventud, ustedes son la destrucción de la unidad de la familia, ustedes son la podredumbre de la sociedad, entiéndalo bien y no lo olviden, y yo digo que a lo mejor es así, bigotito de

alambre hijo de puta, se dijo, pero yo no salí jamás a ninguna parte a buscar a tu juventud, ni a tu familia ni a tu juventud, y qué.

Ay, doña Candelaria, cómo me acuerdo de vos, cómo querría tenerte cerca, no sé por qué.

Y a través de su recuerdo, llegando poco a poco, a escondidas, como temiendo ser descubierto y escabulléndose a cada instante, su recuerdo, sus ojos desesperados, su timidez y su temblor, ¿qué hacés vos acá ahora? ¿acaso no te escapaste para desaparecer...?, mirá a donde vine a parar.

Después vino el trabajo obligado cuidando a los viejos del asilo, lavando sus cuerpos arrugados y débiles y casi siempre aguantando el rencor en que los había sumido el abandono al que fueron condenados, venganza tan absurda y sin sentido, la humillación y las burlas, por unos días para aprender, para que sepan estas degeneradas cómo se debe vivir en sociedad, siendo elementos útiles para el progreso personal y de la comunidad, y después vino el quedar en libertad más viejas, mucho más, en sólo unos días, más resentidas y más tristes.

Entonces sintió el temor de continuar, o sea, de volver a empezar todo, y claudicó. Quiso consolarse pensando que su primera obligación era salvarse pero nunca pudo convencerse y siempre sintió arrepentimiento porque Emiliano era muy bueno y no se lo merecía, porque ella sabía muy bien que no era justo ilusionarlo haciéndole creer que ella se iba porque quería estar con él.

-Vamos, Emiliano, me voy con vos.

-En el Ingenio vamos a estar bien.

-Pero, vos no me dijiste que íbamos a irnos de acá.

-Allá tengo trabajo en la Planta y puedo ganar bien, me avisaron el otro día que podía irme. Y no te dije que nos íbamos a ir porque vos nunca me preguntaste nada... Pero no te preocupes; si no te querés ir allá, no te hagas problemas.

-No, claro que voy a ir.

Ya es diferente, y eso que apenas le dije que sí, ¡ay! doña Candelaria, cómo me acuerdo de vos.

-Yo no sé lo que me pasaba pero estaba como loco, viejo. Veía cómo ella entraba a la pieza con otros y no me importaba, yo pensaba que era lo que tenía que hacer porque ese era su trabajo y no me importaba.

-¡Qué puta!, no sé cómo pudiste aguantarlo.

-Y es más, a veces después me hablaba de los otros, parecía que algo le daba rabia y quería cagarme y me hablaba de los otros, de los que habían entrado con ella un rato antes, que eran así o así, que hacían esto o lo otro y a mí al momento me daba mucha rabia, me enfermaba de rabia, a veces hasta quería matarla rompiéndole la boca, quería hacerle cualquier cosa para que se callara, para que aprendiera a respetarme, ¿yo acaso no la respetaba?, pero no le decía nada porque no me animaba a tomar ninguna determinación, no me animaba a dejarla, yo la llegué a querer mucho, Martín, estuve loco por ella. Y después me pasaba y era como si me contara que de mañana había visto pasar a alguien por la vereda o como si ella antes hubiera sido otra, cuando hacía eso que me contaba, digo.

Emiliano recostó su silla contra la pared y miró cómo de las otras barracas iban saliendo los hombres y se iban ubicando solos o en grupos para descansar, conversar o sólo mirar cómo se iba viniendo la noche, la luz se hacía más poca y sentir cómo los mosquitos comenzaban a zumbiar. Más allá, casi en la mitad de la cuesta, el generador roncaba enviando torrentes de luz y energía a la Planta Principal del Ingenio donde el turno de la noche comenzaba su trabajo y la brisa movediza aumentaba o disminuía su sonido haciendo que el aire adquiriera una apariencia casi corpórea; uno por momentos podía sentirse allá lejos, bien cerca del generador, o bien lejos, era muy irreal.

Martín tiró la colilla de su cigarrillo, ya hacía un buen rato que descansaba junto a Emiliano, cómo cambian las cosas, pensó, cómo una buena amistad puede abrir muchas puertas, cómo Emiliano a partir de querer saber cosas me fue conociendo y protegiendo.

-Esa chica siempre fue un poco rara.

Lo importante es nunca decir más que lo estrictamente necesario, se dijo, no vale la pena arriesgar más: una palabra mal interpretada puede variar todo el panorama.

-Yo no sabía que vos la conocías, es decir, en algún momento me pareció que entre ustedes había algo, pero no sabía, no sabía ni siquiera de dónde había venido ella cuando la conocí en esa casa ni nada. Y mirá que traté de sonsacarle pero no había caso, se ponía diferente, seria, parecía triste o algo así. Yo la convencí y la traje, no me explico cómo pude hacerlo, mirá que varias veces trató de decirme que no, de decirme que no, viejo, imaginate un poco, a mí que quería sacarla del quilombo y toda esa puerqueza, pero no entiendo qué me pasaba, lo mismo que ahora, hasta ahora no entiendo qué es lo que quiere esa loca.

-Ella siempre fue así... ni ella misma sabe lo que quiere - te estoy mintiendo, pensó Martín, yo ahora ya sé lo que ella quiere.

-Pero, ¿qué es lo que ella se fue a buscar...? por lo que me contaron, ese Quiñónez siempre fue medio tarado - y Emiliano, no sé cómo, por lo visto también sabe, también pensó.

No supo qué contestar y dejó que el ronroneo del motor ocupara el espacio de las palabras invitando al pensamiento. ¡Qué vueltas más increíbles da la vida!, se dijo.

Cuando Emiliano aquella vez entró a la Oficina de la Administración para marcar la tarjeta de llegada y pedir su pieza en alguna de las barracas de casados, Marina se sentó en el banquito que había en la angosta vereda aprovechando la sombra aún más angosta que arrojaba la marquesina y juntó los dos bolsos a sus piernas en un inconsciente movimiento de protección, no sabía muy bien si de sus bolsos o sus piernas, porque los hombres lo inundaban todo volviendo de la plantación para el almuerzo, mucho sol, calor, hambre, olor y sangre a borbotones adentro, se presentía. El sol bailoteaba en reflejos movedizos, en un diente, de repente en la hebilla de un cinturón, o en un mechón de cabellos, dando una impresionante indeterminación al grupo que se acercaba, como si fuera la presencia de una fuerza, un impulso, algo así, dominado pero no tanto o, por lo menos, sin saber hasta cuándo o qué.

Martín la vio antes de que ella lo viera a él y no quiso mostrarse hasta no saber a qué había venido, fue un impacto demasiado grande por lo inesperado, eran ya demasiadas coincidencias, y se diluyó entre los otros, mimetizándose entre risitas y cuchicheos. Recién después, cuando supo cómo y con quién había venido, la habló una tarde cerca del arroyo cuando Marina estaba lavando ropas, las mangas recogidas sobre los codos, las piernas morenas a medias envueltas por la pollera increíblemente abiertas, sentada en cuclillas golpeando las ropas en la tabla casi sumergida completa en el arroyo.

-¡Martín...! ¿qué estás haciendo vos por aquí...?

-Vos si qué.

-Yo vine con mi marido... Vivimos en la barraca de atrás de todito.

Martín no quiso nunca hablar demasiado porque comenzó a conocer a Emiliano y sobre todo porque Emiliano trabajaba en la Administración y podía joderlo como quisiera si no entendía sus intenciones o si se enteraba de lo de antes y le daba celos o algo.

Pero fue Emiliano el que comenzó a buscarlo cuando le pareció saber que la conocía de antes, él siempre se cuidó muy bien de no contar de dónde la había traído, pero muchos dicen que lo mismo se supo aún antes de que comenzara a contar.

Claro, Marina pensaba que no tenía nada que ver y por eso lo habrá comentado más de una vez con alguien, si Martín, por ejemplo, decía, sabía desde luego, aunque creyó mal, porque él nunca antes lo había sabido, lo supo recién después, cuando ella ya se había ido, cuando comenzó a comentar con Emiliano todas esas cosas.

Y demasiado le interesaba a Marina saber qué había pasado, como cuando uno llega a alguna parte donde hay gente reunida y todos conocen algo que uno no conoce y todos se miran y se hacen señas y ni siquiera hace falta que se miren o se hagan señas, porque uno enseguida sabe que hay algo que ellos conocen y que uno no sabe. Entonces Marina comenzó a buscarlo, a Martín, claro, a tratar de preguntarle cosas cuando estaban solos y todo eso, y eso a Emiliano no le gustó.

Por ejemplo, cuando esa vez salían del almacén, Marina llevando su medio kilo de cebolla y una latita de conserva para el guiso de arroz que un rato más tarde vendrían a comer los pensionistas que habían tomado del turno día para ayudarlo a Emiliano, aunque en realidad no era que lo necesitaran tanto porque Emiliano ganaba bastante bien, tan es así que por eso él le dijo: guardate nomás esa platita, y ese fue el dinero que la ayudó después para irse, y Martín su caja de cigarrillos que había ido a comprar aprovechando que esa mañana no pudo ir a la plantación porque amaneció con dolor de vientre. La calle, o sea, el patio largo y grande entre las barracas estaba vacío porque todos los hombres estaban trabajando y todas las mujeres en las cocinas o algunas en el arroyo, lavando.

Se quedaron un momento bajo la sombra del chivato, el sol recortando nítidamente su perfil en el suelo con una sombra dura, violenta, la arena ardiendo.

-Sí, en serio, te digo que estuvo aquí hasta hace poco.

Marina no podía creer que fuera cierto.

Y entonces todo comenzó a hacerse más difícil, porque justo Emiliano salió de la administración cuando se despedían y no le gustó, porque seguramente pensó que había algo no demasiado bueno entre ellos, y había, claro que no como él se imaginaba.

Y ella entonces pensó preguntarles a las otras mujeres pero la cosa no fue más fácil, manga de zorras, escuchando nada más que para contar después pero sin decir nada, o si lo decían, burlándose.

-Yo lavé su calzoncillo dos veces que se hizo todo encima pero después no quise más, nadie quiso más, y entonces lo dejaron desnudo porque así era más fácil limpiarlo... todas íbamos a verlo. Y algunas, varias veces por día, todos los días...

Y las carcajadas ruidosas recomenzando entre el batir de las ropas saturadas de jabón en el arroyo del bajo allí, detrás de todas las barracas. Nunca nadie pareció darle demasiada importancia a la pierna cortada, y ella misma no supo qué decir cuando lo supo porque fue un dolor demasiado grande, demasiado suyo (qué te hicieron, mi rey, y yo, que no estaba). Sintió la necesidad fuerte de protegerlo, de acunarlo, lo sintió realmente suyo. Entonces se dio cuenta de que tenía que seguirlo y al principio pensó que estaba loca.

Y mientras tanto también Emiliano comenzó a ponerse más molesto porque desconfiaba.

-Yo soy un tipo demasiado bueno, pero hay cosas que no me gustan.

Martín vio cómo Emiliano dejaba su vaso en el mostrador y lo alejaba un poco arrastrándolo sobre la madera grasienta, como para observarlo, como para fijar su lugar, y entendió. No tuvo miedo, es cierto, pero supo que tenía que cuidarse, hubiera sido tonto meterse en problemas sin tener nada que ver.

-Uno tiene que fijarse bien, siempre.

Emiliano también entendió. Y, en el fondo, sintió curiosidad porque estuvo seguro de que tenía que conocerla de antes, de otra manera no podía ser, si era una cosa de ahora hubiera reaccionado distinto, entonces habló de otra forma y las palabras fueron más tranquilas, como comenzando de nuevo la conversación, como si no hubiera dicho antes otras cosas, comenzando una relación distinta.

Pero Martín entonces pudo darse cuenta de que Emiliano no iba a joder y comenzó a escaparse de Marina por si acaso él interpretaba cualquier cosa y ella se comenzó a desesperar, él se había ido y ella lo iba a seguir, esta vez lo iba a seguir a donde fuera, pero tenía que saber adónde y no era fácil, ¡ay!, doña Candelaria, cómo tenías razón, cómo los hombres no nos dejan vivir y sólo hay una forma, mientras podés, claro, y tenés que saber aprovechar, las mujeres tenemos que saber aprovechar la fuerza que tenemos, se dijo.

Y desde ese día no lo busco más, o sea, sabía muy bien todo lo que Martín hacía o dejaba de hacer porque lo observaba de lejos y se alejaba cuando él se acercaba, incluso cuando había otra gente delante y Martín se tranquilizó y, lo que fue mejor, Emiliano se tranquilizó.

-Vamos a ver si para fin de mes puedo comprar la radio en lo de don Fabián.

Quiso abrazarla, olía a sudor y a cerveza y en otros momentos eso a ella no le molestaba pero ahora era distinto, y se apartó un poco en la cama.

-No creo que puedas; nunca te alcanza.

-¿Cuánto tenés vos de la comida?

-Vos dijiste que eso era mío - en la oscuridad, los ojos muy abiertos, su voz se ahogó sobresaltada.

-Esto también es tuyo y sin embargo siempre me lo das - dijo tocándole.

-Dejame, Emiliano.

En el fondo, aunque nunca quiso reconocerlo abiertamente, Emiliano siempre estuvo convencido de que ella nunca tendría que despreciarlo, jamás, demasiado había hecho él por ella aceptándola como era, o sea, sabiendo lo que era y de dónde la había traído. Por eso la rabia que sintió, más todavía porque hasta había querido ser simpático.

-¿Y a vos qué te pasa ahora, puta de mierda?.

-Nada. Dejame.

Y es que se había dado cuenta de que no podía estar más con él, nunca había sentido antes esto así tan fuerte. Claro, pero era distinto. Antes tampoco quería estar con los otros, es cierto, cuando recordaba en el fondo de sus ojos la angustia de sus ojos y su temblor y hubiera preferido mil veces que fuera él, el que se fue, el que estaba con ella, pero estaba

tan lejos y era todo tan imposible y ahí está lo que ahora era distinto, ahora ya casi podía sentirlo porque había estado allí y porque había preguntado por ella, así se lo había dicho Martín como de paso, sin saber, desde luego, todo lo que para ella significaba.

Por eso después lo pensó, sintiéndolo a Emiliano acurrucado y enojado, y comprendió que todavía no sabía lo que tenía que saber, que todavía no era tiempo y no había que hacer macanas, entonces se acercó a él que estaba arrinconado en un costado de la cama dándole la espalda, y metió su mano dentro de su calzoncillo y después de recorrerle la nalga suavemente con la punta de los dedos casi temblorosos, casi tímidos, como tan bien sabía hacerlo, presionando un poco pasó entre sus piernas y al prenderse entre suave y violentamente le transmitió el calor de su tacto y la frescura de su piel con una caricia casi inocente que lo inundó con una explotación descontrolada en las venas, la piel erizada en mil espinas, la sangre golpeando en el estómago.

-Perdoname, mi amor, no quiero que te enojés.

Y le hizo todo lo que sabía hacer (cuántas veces doña Rubia pasó por su memoria), cosas que no había vuelto a hacer desde que vinieron juntos y fueron casi marido mujer.

Y Emiliano al día siguiente se despertó dichoso pero también avergonzado y quiso borrar la humillación que le había causado la noche anterior cuando le dijo puta y estaba eufórico de alegría, si al final de cuentas todo lo de antes estaba ya olvidado, por lo visto, se dijo, y tenía una mujer que era suya y que valía la pena. Antes de salir le contó que volvería tarde porque después de su turno iría a lo de don Fabián a traer la radio porque después de todo, qué tanto joder con esperar un mes o lo que sea, lo mismo se podrá pagar, sea como sea, y una radio era muy necesaria, era una buena compañía, tan sola habría de sentirse todo el día sola, sin nadie con quien hablar, traería la radio y se acabó, y eso era precisamente lo que Marina estaba esperando, que él volviera tarde alguna vez.

Entonces ese día esperó a que fuera suficientemente tarde para que todas las mujeres volvieran del arroyo con sus montones de ropa recién lavada y húmeda y antes de que los hombres bajaran a bañarse se encaminó hacia abajo llevando un toallón grande bien envuelto bajo el brazo y se sintió ridícula, como haciendo algo que no lo correspondía pero, en el fondo, con algo como una extraña picazón dentro de los huesos.

Cruzó el arroyo por el tablón que utilizaban para lavar y se metió entre las matas altas del otro lado y se sentó, recogida, temiendo ser descubierta mientras las sombras iban cayendo y cerca de ella, primero tímidamente, y después más pareja y alucinadoramente, una rana comenzó a croar.

Después vinieron los hombres y se desnudaron y se bañaron hablando y riendo y ella los miraba desde los yuyos, temiendo ser descubierta, temiendo ser descubierta. Martín aún no había bajado, ella sabía que siempre era de los últimos porque muchas veces lo había controlado agazapada entre las sombras de la ventana chiquitita de su barraca, casi en la pendiente del arroyo, ojalá también hoy.

Uno a uno los hombres se fueron vistiendo y alejando y era ya casi de noche y empezó a pensar que no vendría y a entristecerse cuando lo vio bajar la cuesta, un cigarrillo encendido en los labios, la toalla sobre los hombros, con pantaloncitos cortos y sin camisa. El corazón le cabalgó en el pecho como si fuera la primera vez, y era la primera vez, nunca lo había hecho así, pero era la única manera, una mujer tiene que saber usar las posibilidades que tiene, eso es muy cierto, doña Candelaria.

Esperó a que se desnudara y se metiera en el agua, vio romperse entre sus piernas y después alrededor de su cuerpo el reflejo de las luces de arriba y entonces se levantó y lo llamó.

Y no quiso reconocer que le gustó, todo era tan nuevo e increíble, pero incluso mucho tiempo después todavía le parecía sentir en la nariz el aroma del pasto aplastado y la piel, en el recuerdo del contacto con la piel mojada y fría de él, se le erizaba en mil puntitos electrizados. Y así supo que él se había ido a buscarla, que él se había ido a buscarla, que él se había ido a buscarla.

Martín se quedó un rato más tendido en el toallón que ella había abandonado entre los yuyos al cruzar apresuradamente el arroyo subiendo hacia las barracas y después se metió en el agua para lavarse bien, más que nada porque Emiliano comenzaba a ser su amigo pero por sobre todo porque le pareció que ella se había aprovechado de él, incluso al darse, porque no podía comprender, exactamente, qué hacía él entre Emiliano y Quiñónez, además de quedar como un tonto.

Sí, Emiliano por lo visto también ya sabe, pensó ahora mientras estaban sentados esperando la noche embotados por el ronroneo que venía rodando desde el generador ubicado en la mitad de la pendiente, la gente habla mucho y comenta todas las cosas, claro que nunca tendrá que enterarse que fui yo el que la ayudó a irse contándole todo, ese atardecer en el arroyo.

-No sé, no es por nada, pero creo nomás que no es importante hablar de eso, quiero más bien contarle cosas que puedan hacerle saber más, porque eso que me pregunta creo que no tiene mayor importancia: ¿qué es lo que puede cambiar de todo lo que le conté, de todo lo que le estoy contando, el cómo lo conocí a Quiñónez? Es una historia demasiado vieja.

Usted mismo me dijo que las cosas más viejas o menos viejas, siempre eran importantes...

-Y sí, así ha de ser seguramente, por eso yo lo digo, porque es, pero hay cosas que algunas veces resultan... no sé, esa época fue una época muy difícil.

Yo le pido que me disculpe, don Mareco, no quiero ser indiscreto ni exigirle que reviva cosas que quizás quiera olvidar, pero necesito saber. A mí me resulta extraña esa su incondicional adhesión hacia Quiñónez: para usted él es solamente un cúmulo de virtudes,

las partes oscuras de su vida o no las cree o las resta en importancia, usted hace de él casi un santo.

-¡Qué santo ni santo!, usted a veces dice tonterías, creo que ha de perdonarme; Quiñónez no fue ningún santo (y seguramente porque no le interesó, nomás), Quiñónez fue un hombre demasiado grande siempre. Y no es que quiera olvidar nada, al contrario, me gusta recordar, pero creo nomás que no tiene importancia para usted...

Y sí, tiene importancia.

-He, se está burlando y por eso me remeda. Y bueno, si quiere saber... ¿qué me importa? ¿se acuerda de aquel Godoy que le conté que les prestó los caballos cuando casi murieron Quiñónez y Pereira en el Cañadón crecido?

¿Godoy? No, no sé de qué Godoy me habla.

-No importa. Después, alguna vez, le voy a contar, seguro, alguna vez le he de contar... Bueno, Godoy era mi hermano, bastante mayor que yo, sí, es el que se quedó después con los campos de papá sobre las costas del Cañadón. Siempre fue muy bueno con nosotros, o sea... sí, siempre fue bueno con nosotros, alguna que otra vez nos hizo algunas macanitas, pero cosas sin importancia mayormente.

Perdón, don Mareco, ¿Godoy?

-Y sí. Papá nunca nos reconoció a sus hijos, por eso los hermanos somos Mareco, Godoy, hay también Martínez... pero siempre nos quiso mucho a todos, nos cuidó, siempre nos dio su ayuda, un caso serio, el viejo. Una vez me acuerdo que andaba queriendo arrastrarle el ala a la hija de don Felipe Mosqueda, ese gringo que tenía aquel campo tan lindo en las afueras de Tranquera Rota, casi en el límite de la Compañía. Recuerdo que cuando eso una tarde nosotros nos íbamos todos hasta el pueblo para comprar ropas y cuadernos para la escuela, porque siempre todos los hijos estuvimos con papá hasta que nos hicimos grandes, pero sus mujeres estaban solamente una por vez y los hermanos nos entendíamos bien, todos ligábamos la misma cantidad de palizas, pero siempre nos trataron bien y nos quisieron. O casi siempre. Entonces no dejó a todos en la carreta en el recodo, más o menos a quinientos metros del portón y se llegó él solo hasta la casa para saludar a don Felipe. Dice que llegó y desmontó y don Felipe se puso muy contento porque lo apreciaba a papá y además le agradaba que se acordaran de él y vinieran a visitarle; claro que también desconfiaba que le interesaba a papá su Rosita, pero el gringo conocía muy bien a su hija y entonces, en vez de preocuparle, le divertía. Esto me lo contó mamá mucho tiempo después, cuando se acordaba de papá y le causaba gracia recordar lo sinvergüenza que siempre fue con las mujeres. Y don Felipe las hizo venir a su esposa y a Rosita para que saludaran a papá y papá se levantó muy galante y le dijo: buenos días, señorita, y ella le sonrió muy alegre, buenos días, señor. Y haciéndose la muy cumplida le preguntó: ¿y su familia, cómo está?. ¿Familia?, preguntó papá sorprendido y muy molesto, yo soy soltero, señorita. Después nos llevó a los tumbos a comprar los cuadernos y nunca más volvió por lo de Mosqueda, creo, porque la gringa demostró ser una gran jodida y mamá siempre nos contaba este caso con grandes carcajadas. Bueno, y volviendo a Godoy, cuando fue un poco

más grande salió de la casa, y si bien es cierto que hubiera podido trabajar en el campo de papá, prefirió ir a trabajar afuera, para tener su dinero propio. Algunos dijeron que le estiró desde afuera algún pelo de concha, pero eso es una tontería, usted sabrá disculparme. Y fue entonces, cuando eso, que se conoció con Quiñónez, que era en esa época un mozo que comenzaba a gallear y se hicieron muy amigos, qué época era aquella... Era una gran época, las cosas eran difíciles, es cierto, pero eran diferentes... Daba gusto. Papá venía a ser algo así como el jefe político de la zona, nadie le había dicho nada de eso, pero todos le consultaban y todas esas cosas, todos le tenían en cuenta. Pero creo que no fue eso sino la intriga que le hicieron lo que hizo que comenzaran los problemas.

No entiendo muy bien, es todo tan complicado: ya no entiendo a qué política, intriga o problema se refiere... (pero no se lo digo, desde luego, don Mareco: ¿de qué valdría?)

-Papá siempre manejó a toda la gente de la zona muy tranquilamente, algunos no habrán estado muy contentos, probablemente, pero nadie se quejaba demasiado y todo estaba bien. Pero fueron con el cuento de que papá estaba haciendo su campaña juntando gente, y a lo mejor podía entenderse así; pero no era cierto. Papá les ayudaba a la gente cuando podía; cómo no les iba a dar, por ejemplo, poroto y maíz a la gente, si veía a sus hijos desnutridos y con las barrigas hinchadas como para reventar y las piernas finitas como palitos y los ojos redondos y grandotes, brillantes, como con fiebre. Y claro, los otros vieron que eso era continuado, y entonces fueron y dijeron: don José está reuniendo gente, épocas jodidas eran. Lo cierto y lo concreto es que Quiñónez, no sé cómo, pudo saberlo y sin decir nada a nadie desde ese momento se puso a la expectativa. Le gustó desde un comienzo lo que hacía el viejo, y más cuando se dio cuenta de que a los otros, los de la Autoridad, no les gustaba. Me acuerdo muy bien de la noche en que vinieron. Eran seis. Nosotros éramos chicos y ya habíamos cenado pero todavía no conseguían hacernos acostar y papá estaba tomando su trago debajo de la parralera que había en el patio frente a la casa. Desmontaron y uno se acercó quedándose los otros cerca de los caballos, junto a la alambrada de afuera, y eso a papá ya no le gustó, y eso que todavía no sabía nada. ¿cómo está, mi amigo?, le preguntó papá cuando lo reconoció al secretario de Federico Martínez, el que era Ayudante Civil del Comandante del Destacamento.

-Don Federico te hace llamar, don José - le dijo antes de ni siquiera devolverle el saludo - dice que quiere hablar contigo.

-Cómo no, con todo gusto, vamos a ver qué dice mi buen amigo don Federico... Pero siéntese, pues, un momento.

-No, gracias; así nomás.

Vi que a papá no le gustaba completamente nada lo que estaba pasando porque movió su cabeza asintiendo pero sin decir nada y sus cejas se arrugaron mucho.

-Como guste. Dígale a don Federico que mañana a primera hora voy a estar con él.

-Él dijo que quiere verte esta noche mismo.

En ese momento papá se levantó, no parecía completamente nervioso, pero habrá estado, claro que sí, porque sabía muy bien lo que significaba que vinieran a buscarlo a uno de noche así, entre varios y en esa forma, y le dijo a su mujer: llevá a las criaturas adentro. Nos metimos todos en la pieza y Hermelinda no nos quería dejar arrimarnos a la ventana para mirar, y no los dejó desde luego a los más chicos, pero yo era más grande y no me pudo sacar de allí y miré por la ventana y sentí que ella detrás mío tenía su rosario en la mano y lloraba despacito, tratando de atajarse. En ese momento vi que se acercaba alguien desde el montecito que había detrás de lo de Duarte y cuando la claridad del farol me permitió reconocerlo no pude atajarme, ¡viene Quiñónez!, ¡viene Quiñónez!, casi grité. Desmontó al lado mismo del portón y se acercó caminando despacio, parecía contento y despreocupado y cuando le dio bien la luz del farol vi que sonreía, parecía que venía de paseo, pero cuando noté que ni siquiera saludó a los hombres que estaban en la entrada al lado de sus caballos, como si no los hubiera visto, habiendo pasado por su lado, pude darme cuenta de que venía preparado.

-Buenas noches, amigo, buenas noches, don José - dijo acercándose hablando bien fuerte y sonriendo. - Parece que tiene visita esta noche, don José.

Creo que a partir de ese momento a papá comenzó a divertirle la situación, sobre todo cuando vio cómo se sorprendió el Secretario de don Federico al verlo llegar a Quiñónez.

-¿Cómo estás, mi hijo?, me alegra verte... - le dijo papá. Después con un gesto lo señaló al Secretario - Aquí está este señor que viene a buscarme porque dice que don Federico quiere verme esta misma noche.

-¿Esta noche? No... es muy mala hora, de noche, para ir a ver a nadie, mi amigo... - nadie podía saber si Quiñónez hablaba en serio o se estaba burlando porque hablaba fuerte, bien seguro - y además, don José ya nos había invitado a venir esta noche a visitarle y no nos puede dejar así plantados a mí y a mis muchachos, ¿no le parece, mi amigo?.

Entonces vimos que un poco alejados de la cerca había cuatro o cinco jinetes esperando, no se podía saber muy bien cuántos eran porque era bastante oscuro. Quiñónez pareció muy contento cuando vio la cara de rabia del enviado de don Federico y más cuando miró al grupito que vino con él y que no parecían estar muy tranquilos, se miraban entre sí y se removían. Y todavía faltan algunos amigos más por llegar, dijo más fuerte Quiñónez para que escucharan los otros, aunque no sé si van a hacer mucha falta; espero que esté bien preparado para recibirlos, don José, porque hoy queremos farrear de lo lindo; nosotros estamos bien preparados.

-No hay problema, mi hijo, dijo papá, en mi casa los amigos siempre son bien recibidos y, por otro lado, siempre estamos preparados para no tener sorpresas desagradables, ¿verdad?, y: ¿usted no quiere acompañarnos?, le preguntó al enviado de don Federico. Y no quiso, qué va a querer. No sabés lo que estás haciendo, le dijo a media voz a Quiñónez cuando pasó frente a él y sin despedirse de nadie se fueron. Y lo que vino después, la persecución del Ayudante Civil, los intentos de agresión del Secretario, que se quedó con la sangre en el ojo porque se rieron de él y todo eso, fue muy duro y papá tuvo que aguantar muchas cosas, hasta que las cosas cambiaron, cayó don Federico, que se la había jurado y

lo perseguía a sol y a sombra, y muchas otras cosas y todo eso pudimos pasar. Pero Quiñónez me había demostrado todo lo que era. Era un hombre, ¿sabe? Era mucho más hombre que todos los otros y quise imitarlo. Yo no tenía todavía catorce años y dije que siempre iba a imitarlo, pero era un hombre grande, Quiñónez, demasiado grande, y nunca pude parecerle. Pero tuve la bendición de ser su amigo, sí señor, tuve la bendición de ser su amigo, y eso es una gran cosa, ¿se da cuenta?

Hubiera querido llegar de noche porque no estaba preparado, pero lo mismo hubiera sido inútil, porque el problema no estaba en ellos, en que me vieran o no, sino en mí. Por eso caminé bamboleante sobre mis muletas (¡aún no logré acostumbrarme!) sacudiéndose el muñón adelante y atrás acompañando el ansiado movimiento de la pierna inexistente.

Sabía que me miraban, estaban en todas partes, detrás de las cercas y en las ventanas sombreadas y profundas, entre las enredaderas tupidas del patio frente a las cocinas, quizás alguien frente al horno de barro o dando de comer a las gallinas, pero estaban. Y sentí las manos mojadas de sudor en mis muletas y no era por el calor, por más que el sol caía como plomo derretido, y cuando vi el Almacén de don Mareco con su puerta doble y su ventanita oscurecida por el alero, la pared rosada se me desdibujó un momento y esas bocas oscuras y frescas, tan cerca estaban, tan cerca estaba todo, casi me hicieron dar vuelta para huir una vez más, pero Marina varias veces preguntó por mí, pensé.

Y cuando vi el piso de ladrillos levemente humedecidos y entreví desde la acera las dos mesitas y las sillas (en las que tantas veces nos sentarnos, en las que tanto conversamos y pensamos) y el mostrador oscuro en el fondo, madera casi negra, alisada y grasienta por el uso, y más atrás la estantería con viejos diarios recortados formando dibujitos, sentí como una pelota en la garganta y que la respiración se me hacía más acelerada y que los ojos se me llenaban de lágrimas.

Entonces recordé aquel día cuando vine corriendo desde el patio de la iglesia, los pies desapareciendo de mi vista y adelantándose a continuación de mis rodillas y envueltos en las medias negras y los zapatos gruesos también negros borroneados a través de las lágrimas y mis resuellos, la cabeza gacha y de la nariz el hilo de sangre que gota a gota iba manchando mi camisa blanca de los domingos. Y claro que ya no me dolía la trompada, para más yo también le había pegado a él, ni me asustaba la sangre, pero es que todos se habían reído y no había por qué, no había un por qué para haber peleado entre amigos, primero, y mucho menos que los otros disfrutaran con ello, y a él no lo importó pero a mí sí y busqué entre todos a alguien que no se riera pero todos se reían y me piché, y cuando sentí que iba a llorar corrí y vine a refugiarme entre estas paredes rosadas, siempre pintadas rosadas, y el piso húmedo y oloroso de ladrillos húmedos y después doña Candelaria me puso un trapo mojado sobre la nariz cuando me sentó en el patio con la cabeza echada atrás, y movió la cabeza diciendo: no, cuando más allá don Mareco dijo: es un arruinado, carajo, no sirve para nada, y fue cuando pensé que era un tonto al venir a refugiarme allí y no sé por qué, después de tanto tiempo, todavía siempre digo que no voy a volver y vuelvo tratando, de alguna forma, de refugiarme aquí.

Me recosté contra la pared al lado de la entrada del saloncito vacío aspirando goloso el fresco ambiente familiar tantas veces añorado aún queriendo olvidarlo, algo como de grasa, barro cocido y humedad, y busqué a tientas una silla porque mis ojos cargados aún de reverberaciones parecían hinchados de sombras por todos los costados. Me senté y la muleta resbaló y cayó al suelo con un estrépito extraordinario, el ruido más fuerte que hubiera escuchado en mi vida, y más maldito, en el patio ladró Rey enloquecido y se abrió la cortinita de plástico en la abertura hacia la pieza de atrás y apareció la cara de Mareco, sorprendida, en donde al instante, fácilmente pude darme cuenta, apareció la pena.

-¿Que te pasó, mi hijo...?

Pero fue un momento, sólo un instante, enseguida el observarlo hizo volar mi pensamiento a velocidad enloquecida y mi razón se ubicó en su apariencia real y no en la desdibujada y mentirosa imagen (quizá ansiada) fruto de la ansiedad y la añoranza.

Su pantalón amarillento y su camisa azul y desteñida de gruesa tela de algodón, o la piel morena y cuarteada y los brillos rodeando cada hendidura, o quizás solamente ese aspecto de pueblerina solvencia y de ingenua y desmedida superioridad, me causaron un reparo involuntario. Fue directo. Pero pude verlo también sorprendido, asustado, apenado al verme como me veía, pobre don Mareco, yo también lo encontraba desmejorado, yo también lo había extrañado, lo añoré más de una vez aunque nunca quise reconocerlo, pobre don Mareco, nunca podrá perdonarme.

Nunca podrá perdonarme muchas cosas, que me haya escapado en la lluvia, por ejemplo, y mucho menos ahora, volviendo envejecido en corto tiempo y sin pierna, triste, derrotado, así como nunca llegó a perdonarme que haya preferido ir a vivir en el Campamento en vez de quedarme en su casa como estaba previsto y establecido. Él no podía imaginarse que a mí me fuera imposible dormir cerca de la cama de Marina, conocer todos sus movimientos, levantarme en las madrugadas cuando la luna grande lo inundaba todo con su luz blanca y espiar su cama, el corazón hecho un tambor en el pecho y las sienes, entreviendo a veces sus piernas morenas y redondas descubiertas de la sábana en movimientos nerviosos por el calor o los mosquitos, o adivinando esa generosa y negra mata de pelos a través del tejido fino de su borribacha o a veces nada, su cuerpo cubierto y acurrucado pero adivinándose sus formas y en la palma de mis manos, en la punta de mis dedos, el temblor del deseo contenido de ese tacto de terciopelo y, después, en mi cama, largas horas sin poder dormirme, afiebrado y enloquecido, el corazón apretándome la garganta en cada oleada de recuerdo, sintiendo cómo respiraba allí, a pocos pasos de mí, con toda la realidad de su cuerpo, de su respiración, de su olor, de todo.

O quizás don Mareco ya lo daba por hecho y no tenía porqué imaginarse que yo me contenía, es probable que él pensara que yo la había conseguido hacía ya rato, pero este es un pensamiento que llegó tarde, recién ahora, porque antes sólo pensaba solo en mi respeto hacia él (¿mi temor?) y doña Candelaria, no podía hacerles eso a ellos, pensaba, y justificaba mi inútil desesperación. Entonces preferí irme a vivir en el campamento y eso es lo que Roberto ni Martín ni Fernández pudieron entender jamás.

-Estás loco para salir de allí, carajo; si a mi don Mareco me diera una pieza en su casa me la agarraría a Marina todos los días, o sea, las noches... ella está muy bien carajo.

Si hubiera sabido lo que me dolía no lo hubiera dicho; es mi amigo, creo.

-Pero decime una cosa, Quiñónez: ¿vos la agarrate ya o no la agarraste?

Era de noche y estábamos por dormir, Fernández se rió despacito en su cama con una risita cómplice en la oscuridad y el silencio, tanto como la oscuridad y el silencio desdibujan la distancia física y el trato se vuelve coloquial, una respiración más fuerte puede a veces llamar la atención, o un suspiro, una palabra musitada entre sueños hacen toda una realidad diferente, y yo le odie a Roberto por habérmelo preguntado así, cada vez te conozco más, me dije,

-Y a vos, ¿qué puta te importa?

Pero la agresividad de mi respuesta no sirvió de nada porque lo mismo se dieron cuenta de que no la había agarrado y asistieron con burla, hicieron silencio y yo, dolido, traté de tranquilizarme.

Por eso cuando estuvimos encerrados por la lluvia con Roberto, Martín y Fernández se salvaron porque ese fin de semana fueron a su pueblo y la lluvia sólo nos pescó a los dos en el campamento desierto, y en medio de una intimidad no deseada, por mí no deseada, realmente temida porque algo desconfiaba y no quería conocerlo, estúpidamente, obsecado en pensar que mi desconocimiento negaba la realidad de lo que había sucedido, o sea, de lo que temía hubiera sucedido, me contó que la había conseguido, fue como si me hubiera hecho un daño personal, intencional o no, creo que intencional, así me pareció, y no puedo soportarlo. Fue como si me hubiese profanado algún bien, como si hubiera aplastado con sus pies toscos y embarrados, con dedos chatos, gruesos, desformes por el frío, la tierra y el agua, algún relicario que yo estuviera guardando con cariño, que estuviera defendiendo con la fidelidad de mi pasión continuada y mi respeto y no pude soportarlo, repito, y lógicamente, porque así soy yo, preferí huir. Huí como huí siempre. De todo. Y es mejor que lo olvide, que pase y se acabe, no volverá a repetirse. Digo no volverá a repetirse y pienso que sí, que sí volverá a repetirse.

Y ahora de vuelta en mi viejo cuarto, acostado en la tarde en mi vieja cama veo a través de la puerta entreabierta el lugar donde antes dormía Marina, casi en el pasillo que da al patio, detrás del Almacén, y que su cama ya no está, ahora hay allí una heladora grande a querosén, así como ya no hay rastros de su presencia y estirando el brazo toco los ladrillos del piso que alguna vez pisaron sus pies descalzos y la tabla lustrosa del taburete donde tantas veces se sentó, de tardecita, debajo de la enredadera del patio y no siento nada, sólo que la tarde va pasando y cómo uno a uno los ruidos, los olores y los movimientos tan conocidos poco a poco se me van volviendo nuevamente familiares.

-Tuve que hacerla salir de esta casa porque parecía esas perras en celo: me atraía al Almacén a cuanto machete había por la zona y no los hacía venir de balde, no creas. Entonces, como no hubo forma de cambiarla, afuera.

Miro la calle a través del patio entrecortadas las cosas por las oscuras guirnaldas que forman las ramas pendientes de la enredadera debajo de la cual estamos, esa misma que con el sol de la mañana es una orgía de verde y de luz, yo sentado en el butacón grande con asiento de tabla gruesa y lustrosa, una cobija sobre la madera y bajo el muñón un doble más grueso y don Mareco en la silla echada atrás, sobre las dos patas traseras, recostada contra uno de los parantes y siento se hincha de resentimiento descontrolado, temo que la voz me traicione, temo no poder atajarme y saltar sobre su boca inmunda para hacerlo callar, ¿por qué no seré capaz de hacerlo, maldito sea?, sólo me animo a disentir.

-Pero antes no era así.

-Claro que siempre fue así, desde chiquilina... ¿o vos te creés que solamente a vos te dejaba que le apretaras las tetitas cuando jugaban libertado en la plaza de la iglesia...?

Don Mareco escupe el resto de tabaco que estaba mascando y parece reírse pero es un ruido cavernoso, profundo, que no puedo descifrar, es ya de noche y no puede ser, me repito, no puede ser, yo nunca le toqué el pecho, éramos muy niños y después no jugamos más y, en todo caso, era todavía demasiado estúpido para darme cuenta de que eso es lo que hubiera querido hacer.

Pero la sola posibilidad de que en todo ese tiempo que yo no me animé a hablarle ella se hubiera fijado en mí (los otros piensan que fue así, por lo visto), se me clavó dentro de las tripas como una tenaza de hierro caliente y ni siquiera se me ocurrió dolerme por lo que hubieran podido hacerle los otros.

Sentí un golpe avasallante de sangre en todas las arterias, no puede ser, pensé, no puede ser; quería rogar con todas mis fuerzas que no fuera cierto, no puedo haber pasado todo lo que pasé y ella fijándose en mí. Una idea se formó en mi cerebro: tenía que saber más, tenía que preguntar, pero ni aún así me animé a decirle a don Mareco que la había ido a buscar ni a él se le ocurrió pensarlo.

Fue cuando eso que una mañana vino don Pereira al pueblo, es decir, lo trajeron sus hijos casi muerto, desfalleciente de fiebre, el rostro seco y arrugado, después pude saberlo, acostado y envuelto en sábanas y cobijas de algodón en las tablas de la camioneta destartada que dejaba una muralla impenetrable de polvo detrás de sus ruedas traseras.

-Llegó el momento de que pague todas sus culpas - escuchó decir a don Mareco al verlos pasar, sentados los dos en el corredorcito de frente al Almacén.

Pero en eso como en otras cosas no estuve de acuerdo con él, o sea, nunca estuve de acuerdo con don Mareco en nada que se refiriera a papá.

Agustín Pereira, el menor, me levantó la mano saludando desde la cabina cuando pasaron frente a nosotros. Con él estaba cuando esa tarde en su estancia don Pereira me contó todo y yo noté en su cara lo que le costaba ocasionarme la tristeza que me estaba causando, cuando después de toda una tarde bañándonos y riendo en esas vacaciones

volvimos a la casa al galope de nuestros montados desde el tajamar. Qué diferente era todo en aquella época, recuerdo. Y fue una cosa rara: preferí mil veces la honestidad de don Pereira, que me contó que papá fue un cobarde que se quería escapar abandonando a los suyos, que la mentira de don Mareco, que siempre me contaba sus grandezas, y me ponía como ejemplo su valor y todas esas otras pelotudeces cuando yo en realidad lo que quería era olvidarme de él y, sobre todo, que todos los otros se olvidaran de él. Claro que esa tarde que lo supe todo, mientras cabalgaba solo de vuelta hacia lo de don Mareco y ya el sol se iba escondiendo con colores amarillos y colorados, sentí la saliva espesa y que me quemaba alrededor de los ojos y si no hubiera tenido quince años probablemente hubiera llorado, aunque a lo mejor era nada más que había estado toda la tarde al sol y que el agua del tajamar estaba muy fría.

Y esa noche don Mareco me pegó cuando le hablé de lo que me habló Pereira y eso que todavía no estaba borracho, aunque se emborrachó después, y nunca más le hablé de eso.

Así como nunca quise aceptar el facón con mango de plata que don Mareco dijo que papá me dejó y entonces él lo envolvió con una arpillera vieja y lo subió sobre la cumbrera, en el espacio que los tirantes dejan entre la cumbrera y las tacuarillas, el domingo después de la fiesta de Santo Tomás en el pueblo, cuando me fui por primera vez solo de noche y volví casi de madrugada, avergonzado, temeroso y eufórico, la cabeza nublada de cerveza y los sentidos encendidos, ardiendo toda mi piel de olor a mujer desde detrás de la lona que cubría la puerta de una de las últimas barracas de la romería, al costado de los puestos de lotería.

-Ya sos un hombre y podés decidir; si no lo querés vos, no te puedo obligar - me dijo mientras lo envolvía.

-¿De dónde lo recogiste?

Se dio cuenta de que yo me refería a que lo recogió de donde papá lo extravió al huir, al tratar de escaparse abandonando cobardemente a los suyos, que lo siguieron y respetaron, pero ya no se animó a pegarme, nunca más se animó a pegarme.

Entonces esperé a que don Pereira muriera; lo enterraron esa misma tarde porque no había dónde tenerlo en el pueblo y, además, la casa había estado abandonada muchos días y tenían que volver, y esa noche nos fuimos a la estancia, Agustín y su hermano mayor en la cabina y las dos mujeres de la cocina y yo en la carrocería donde hacía unos días habían traído al viejo enfermo y hacía unas horas lo habían transportado muerto. Quizás por eso, o porque en realidad lo sentían, las dos mujeres, una primero e inmediatamente la otra, de tanto en tanto se lamentaban gritando y sus alaridos en la noche eran irreales, alucinados y fantásticos.

No pude quedarme con don Mareco porque el verlo hacía brotar en mí el resentimiento, no podía comprender por qué ansiaba ocasionar tanto dolor innecesario, por qué quería entender las cosas a la medida que le gustaba, por qué ese inconmensurable egoísmo, (por qué tenían que disfrutar todos con el cuadro doloroso de dos amigos enfrentándose, dos niños, lastimándose mutuamente, por qué tenían que gozar con el dolor de los otros), y era

eso, nada me retenía allí, al contrario. Nunca lo quise, y mucho menos después de haberla echado (sin contemplaciones y para más, disfrutando) y si bien la figura de papá ya no estaba vívidamente entre nosotros, siempre que me miraba notaba el desprecio y la lástima que me tenía, eso nunca pudo ni quiso disimularlo, y no quise aguantar más, ¿para qué?

Recostado en la perezosa en la sombra de la galería grande con piso de ladrillos siempre humedecidos y olorosos haciendo un fresco fondo oscuro a los helechos brillantes, muchas veces evoqué la figura de don Pereira en la que había sido su casa y en donde yo estaba recibiendo ahora el cobijo que necesitaba, Agustín siempre fue mi amigo y no se negó a tenerme en su casa cuando yo se lo pedí, voluntariamente alejado de lo que había sido mío, o sea, que en realidad nunca había sido mío pero que había tenido como prestado, como por favor, todo fue siempre tan inseguro y dudoso.

Veo cuando junto a la cerca que rodea el patio Agustín y su hermano mayor desmontan sudorosos y cansados y atan las tiendas de sus cabalgaduras en el palenque bajo el árbol grande, más tarde van a desensillar, y se acercan a la fresca galería, es el final de otro día y ya hicieron lo que tenían que hacer y ahora van a descansar y pienso que durante toda mi vida nunca sentí que había hecho todo lo que tenía que hacer, quizás sea solamente mía la culpa, quizás nunca me haya detenido a pensar que debía sentirme conforme con lo que había realizado, bien o mal, y no estar siempre navegando en aguas encontradas con la incertidumbre de cómo debía haber sido, o cómo los otros pensaban que tenía que ser, o es que siempre sentí demasiado encima mío y aplastándome la sombra de papá, sí, quizás haya sido eso. Es probable que en el fondo siempre haya sentido el escondido y acuciante deseo de imitarlo, el ineludible deseo de estar un poco más cerca de él.

-Él siempre llevaba consigo su facón con mango de plata, esas eran cosas que todos sabían, porque era un gran hombre, no hacía falta que dijera nada, se imponía, todos nos dábamos cuenta de que era grande y cosas de su vida todos las sabíamos sin que tuviéramos que preguntarle nada.

No todos piensan que fuera un hombre grande, usted lo sabe.

-Y claro, ya sé, sobre todo, quién no pensaba así. Pero conste que al principio eran muy amigos él y Pereira... La gente dice que Pereira se quedó pichado cuando saltó del sulky para salvarse y Quiñónez se quedó para salvarle los caballos que se ahogaban en la correntada, una vez que cruzaban el Cañadón que había crecido tanto y que se hinchó como la panza de una vaca muerta y que traía entre el agua sucia raigones y basura y animales muertos.

(Esto es nuevo, don Mareco, ¿con qué me viene ahora? Ah...! ya recuerdo, esto es aquello de Godoy... sí)

-Pereira desde luego no quería cruzar, pero Quiñónez le dijo: no tenemos tiempo para esperar a que baje porque la gente del otro lado nos espera; y se metieron. Todo iba bien,

vamos a decir, pero en la mitad del cruce los animales se asustaron cuando fueron para arriba y sus patas no tocaron más el suelo y se desviaron y salieron de la huella y entonces el sulky también salió de la huella y se hundió y los estiró a los caballos, y Pereira le dijo para escapar porque se estaban hundiendo peligrosamente y: qué puta haces con los caballos, le gritó Quiñónez, porque los caballos eran de Pereira, y: que se mueran, carajo, le gritó Pereira y se tiró al agua. Quiñónez entonces se quitó el poncho, porque hacía mucho frío entonces, porque mojado era demasiado pesado, y a caballito de la cruz del sulky se acercó a los arreos, se podía haber matado, desde luego, con la cabeza reventada entre los cuerpos de los animales enloquecidos de desesperación, y con su facón con mango de plata, hermosos dibujos tiene en el mango, cortó los cueros de los arreos y los pobres animales se dejaron llevar por la corriente hasta que más abajo ganaron la orilla. Recién entonces también Quiñónez dejó el sulky casi hundido y poco a poco ganó la orilla donde ya lo esperaba Pereira tendido en la barranca, pálido y con los ojos saltones, buen susto se había pegado, y todos los carreteros que estaban esperando para pasar miraban en silencio, sin decir nada pero pensando muchas cosas, eso es seguro. Entonces Quiñónez se sentó al lado de Pereira y le dijo: nos salvamos de una buena, amigo, mientras con la manga mojada de su camisa se secaba las gotas que resbalaban por su nariz, todo esto me lo contó unos días después Godoy, cuando ya había pasado todo. Y entonces cuando estaban sentados en la arena se acercó Godoy, mi hermano, ¿se acuerda?, el que me contó todo después, que era vecino porque tenía su campo en la ribera del Cañadón, el campo que había sido de papá, y le convidó a Quiñónez un trago fuerte, imagínese un poco: Pereira hacía rato estaba allí y nadie le había hecho nada, y recién entonces también los otros carreteros comenzaron a acercarse y a comentar, es que lo que pasa es que a la gente no le gusta cuando se es así con los animales; ellos son nobles, ¿es cierto?, y no te abandonan, y los podés abandonar si querés y ni siquiera se te van a plaguear pero por eso mismo no lo tenés que hacer ¿verdad? Amigo, préstenos caballos, le dijo Quiñónez a Godoy, y: vamos, le dijo a Pereira, que tenemos que llegar hoy a conversar con esa gente y total mañana tu personal podrá sacarte el sulky y claro, si él le había salvado los caballos y el personal le iba a salvar el sulky, Pereira podía quedarse tranquilo y recostarse sencillamente en los otros que todo se lo hacían, eso seguramente quiso a dar a entender o a lo mejor no, y cuando se alejaban montados en los caballos prestados, las ropas empapadas y tiritando, escucharon que los carreteros comenzaron a comentar y a reírse. Pero hay otra gente que dice que no fue cuando eso que empezaron a dejar de ser amigos sino cuando Pereira desconfió que Quiñónez una vez se la montó a su mujer... o sea, sí, disculpe, desconfió que el señor Quiñónez estuvo con la señora de Pereira, vamos a decir, qué difícil es decir algunas cosas. Al principio yo no lo creí demasiado, pero con el tiempo me fui dando cuenta de muchas cosas y más ahora, usted me comprende, claro, y nadie lo supo nunca con certeza aunque muchos lo desconfiaron porque era desde luego muy posible, Quiñónez en ese sentido era muy terrible y era una mujer hermosa, blanca y grandota, la señora de Pereira, así como a él le gustaban.

Esa mujer, esa mujer... Entonces yo... ¡Dios mío!, no puede ser...

-¿Y qué le va hacer? A los hombres a veces no se les entiende y a las mujeres desde luego nunca se las entiende bien. Y además, es de balde decir esto tiene que ser así y así, no sirve para nada. Yo nunca antes creía tanto eso, digo, hasta ahora, porque con el tiempo uno

piensa las cosas y les da vueltas y eso y por fin después empieza a entender cosas que antes no entendía. Lo cierto es que después cada vez se enojaron más y yo creo...

Dios mío, Dios mío... y yo todos estos años sin saber nada, sin explicarme cosas que no tenían sentido...

-Yo creo, le decía, que influyó mucho que después Quiñónez comenzó a encabezar la revuelta y cada vez tuvo más gente que le siguió y más gente que hablaba de él y que le respetaba y Pereira siempre estuvo haciéndole la contra, no importa qué defendiera Quiñónez, porque era a Quiñónez a quien él le hacía la contra. Y parecía que era a propósito cómo las cosas le salían a Pereira, cada vez la gente hablaba más de Quiñónez y le quería y le seguía, y él cada vez estaba más hundido en su rabia y todo eso...

Ahora comienzo a explicarme muchas cosas... Lo del animal que mataron, por ejemplo, siempre me pareció algo tonto y sin sentido, don Mareco.

-Y no, sin embargo, no era nada tonto y claro que tenía sentido. Desde un principio Pereira le había hecho la contra en todo lo que podía y cuando por fin Quiñónez llegó a la zona derrotado y desesperado con sus últimos diecisiete, se arrimó a lo de Pereira y él se burló. Después le dolió mucho su animal, que era su mimado, y más le dolió lo que dijo la gente, mucho tiempo después todavía se comentaba... Claro que después se vengó: una vez cuando no le quiso dar la mano a Quiñónez cuando sabía que se iba para morir, porque lo sabía, y otra mucho después que se murió Quiñónez, cuando su hijo ya podía entender, era lo que había quedado de él, eso es lo más triste, vamos a decir, y como esas viejas putas y víboras le envenenó la sangre y lo alejó más de su padre, aunque no sé si eso era posible, de la memoria de su padre, digo, que fue un hombre demasiado grande.

Yo no sé si es porque se me hace tan difícil comprenderlo todo, y aceptarlo, es que preferiría más bien dejarlo correr, olvidarlo...

-Nunca se puede olvidar.

A veces querría dejar pasar todo como si no hubiera existido. Ellos, todos, con sus virtudes y sus defectos, ya pasaron; son todas cosas vividas y acabadas, viejas rencillas, amores y pasiones pasadas que ya no significan nada.

-Para usted, seguramente. Pero claro que significan. Yo quedé encargado, él me encargó, de su hijo, y yo hice todo lo posible para cuidarlo y encaminarlo, pero él nunca valió nada, pronto todos nos dimos cuenta, no era ni la sombra de Quiñónez que era tan bravo y fuerte, siempre tan por encima de todos nosotros... Pero claro que significan. Todos pagaron. Todos los que alguna vez le hicieron mal.

¿Le hicieron mal?

-Luciano creía que al delatarlo conseguiría su salvoconducto pero se equivocó, y me alegro. Desorganizado el grupo cuando lo apresaron a Quiñónez, poco a poco fueron cazándolos uno a uno, y primero a Luciano porque estaba más cerca, ¿creía que lo iban a

perdonar? A él lo acuchillaron cerquita mismo de Pasaje Isla, nadie supo al principio cómo los habían encontrado tan fácilmente a él y a los otros para matarlos porque estaban bien escondidos, hasta que encontraron el cuerpo de Tadeo atado a un árbol en el montesito cercano al Destacamento con el pecho desnudo lleno de cortaditas de cuchillo y todos los dedos de la mano derecha rotos, todos dados vuelta para arriba, ¿sabe? Y a los otros fueron pescándolos también así. Candelaria, la pobre, ahora ya descansa; pero pagó hasta el final su traición.

¿Candelaria? ¿Doña Candelaria?

-Sí. Al final cada vez se me hacía más difícil, yo la quería a la pobre, la llegué a querer después de tantos años, pero aguanté hasta el final, no podía traicionar, yo no soy un traidor. A veces me daba pena ver lo que sufría al lado de su hija, que no sabía nada, y cómo muchas veces la quiso defender y hablarle y acariciarle y todo eso, pero me tenía miedo, sabía que conmigo no iba a jugar, sabía que yo iba a encontrarle en cualquier parte a donde huyera, sabía lo que yo iba a hacerle si no respetaba la promesa que me hizo... Yo la salvé de un destino maldito, la protegí porque yo no soy ningún desalmado, qué hubiera hecho ella sola vagando por ahí con una hija recién parida, entonces le di casa y me sirvió, y ella quiso traer a su hija, de acuerdo, pero todo tenía que ser siempre de acuerdo a lo que yo decía, y una de las cosas que yo decía era que Marina nunca tendría que saber nada, ¿o es que iba a tener en mi casa viviendo felices y contentas como si no hubiera pasado nada, después de su traición, a la culpable de la entrega de Quiñónez, y a su hija? Y la hice pagar hasta el final, si señor, Quiñónez no se merecía lo que le hicieron... Cuando la heché a Marina y noté la desesperación de Candelaria estuve a punto de entregarme pero me contuve, fue muy difícil para mí, me hizo sufrir mucho.

No puedo entender tanta maldad, don Mareco, tanta barbarie, tanto ensañamiento injusto.

-Usted no puede entender muchas cosas porque no quiere entender, seguramente, pero Quiñónez fue un gran hombre, eso es lo importante, lo único importante; no tenían por qué hacerle lo que le hicieron si hizo tantas cosas buenas, la gente lo quería, por algo lo quería la gente, ¿no es cierto?, y nunca fue un traidor.

¿Nunca, don Mareco?, ¿nunca fue un traidor?

-Uno nunca tiene que animarse a hablar de otro si no está seguro; usted no tiene que animarse a hablar de Quiñónez si no está seguro; entonces no vaya a hablar así como está hablando, no vaya a preguntar como sabiendo la respuesta, no está bien así. Usted recién ahora está aprendiendo, así que no se me haga el gallito y falta de respeto. Quiñónez fue el que evitó la matanza en el Aserradero en el mes de julio, famoso mes de julio, él y sus diecisiete con sus livianas se enfrentaron a las tropas del Destacamento para proteger a los hijos de puta que después no le ayudaron. Y cuando los del Destacamento con una granada reventaron la caldera y el fuego comenzó a extenderse, que es lo que buscaban para cazar a los que salían escapando del fuego, se jugó las pelotas para salvar a las mujeres y a las criaturas que estaban acurrucadas en el piso de las barracas, usted no sabe lo que hacían las tropas con las mujeres cuando las pescaban, y eso no lo hace un traidor, eso de jugarse por

los otros, digo. Él salvó a los hombres del Aserradero del exterminio, porque eso era lo que buscaban las tropas del Destacamento, locas de cansancio y de sangre, usted no sabe tampoco lo que era esa gente cuando venían así. Y con el fuego Quiñónez los corrió a ellos como a los gatos, qué notable, con la misma arma que ellos querían usar, cuando encendió el pajonal por donde venían acercándose, y muchos quisieron decir después que fue porque tuvo suerte que el viento soplara para ese lado, y yo siempre dije que fue porque era inteligente y se dio cuenta de que el viento soplabo así y lo aprovechó, que sinó, hubiera pensado otra cosa, seguramente. Pero todo eso fue porque todavía tenía municiones y dinero. Pero la gente lo que busca es su tranquilidad, y uno a uno después se fueron ubicando, consiguiendo cada cual donde apoyarse y protegerse y entonces la presencia de Quiñónez, que antes era una seguridad, después se hizo compromiso y problema porque a partir de ese momento lo persiguieron muchos, y la gente lo que quiere es que le saquen el fuego del culo y después ya no se acuerdan, y entonces ya no se lo ayudó, y él buscó a sus parientes, que estaban más o menos bien con la otra gente, el panorama ya estaba más tranquilo y mayormente sólo a él lo buscaban, o sea que hubieran podido ayudarlo, vamos a decir, y no los encontró. Entonces sus hombres lo entregaron, sus hombres lo entregaron, ¿acaso que alguna vez él se habrá imaginado eso?, él hizo demasiado siempre por su gente, ni siquiera cuando le nació el hijo a la señora Adelita él no abandonó a la gente porque ese era el tiempo cuando venían persiguiendo a los pobladores de los terrenos fiscales para comerles la tierra, y a lo mejor en una noche hacían correr a la familia, quemaban el rancho y arrancaban las cercas y al día siguiente llegaba la Comisión con el Escribano y todo y allí hacían una nota donde firmaban todos y decían que en ese lugar ellos sabían que hacía muchos años no vivía nadie, y así quedaban los años de ocupación y de trabajo en la basura, y muchas veces mientras firmaban el humo todavía les molestaba los ojos. Y Quiñónez era incansable recorriendo los campos todas las noches y más de una vez los hizo correr como conejos entre los festejos de la familia escondida y asustada. Por eso los odiaban tanto a él y a su gente y mientras él vivió no pudieron hacerles nada; pero muerto él a los otros los cazaron uno a uno como a ratones. Unos días después de la desgracia fui hasta Pasaje Isla y la encontré a Candé que había parido en uno de los ranchos del Destacamento, el día antes lo habían matado a Luciano y estaba sola, entonces la traje, y no quería traerla a la hija pero me pidió y la traje, y así pude hacerle pagar hasta el final de su vida.

(No me animo a hablar, don Mareco, la sangre en mi pecho es un mar embravecido. Qué maldad, qué crueldad innecesaria, ¿es, acaso, alguna vez necesaria la crueldad? ¿Quién le dio a usted derecho a esa venganza sin atisbo de misericordia?) Ni siquiera veo un motivo para odiarla: ¿qué otra cosa hizo Candé sino tratar de protegerse? Quiñónez los iba a abandonar a todos a su suerte, él habrá hecho mucho por su gente, así como usted dice, pero los iba a abandonar, don Mareco, eso es muy importante tener en cuenta. Estoy de acuerdo con usted en que no fue noble el entregarlo, pero fue nada más que una reacción inconsciente, un movimiento desesperado al darse cuenta de que Quiñónez los iba a traicionar dejándolos.

-Quiñónez nunca quiso traicionar a su gente. Jamás. Eso es lo peor de todo.

-El sol se había levantado y la neblina se cortaba como trapo viejo dejando pasar agujeros de sol que brillaban en las minúsculas y como afelpadas gotitas de agua que tapizaban el pasto, y el día era mucho más claro cuando llegó a la cerca que bordeaba el patio frontal de la casa, pero igual hacía mucho frío. Agustín era todavía chiquito, siempre fue muy pegado... para él no había más que su hermano mayor, siempre estaba pendiente de lo que le hacía o dejaba de hacer, como esa vez, sentado en el tresillo grande de madera gruesa de la galería cuando se quedó solo, arrinconado entre cobijas, porque usted quiso acercarse a Quiñónez, que en ese momento desmontaba. Quizás fue eso lo que le molestó a Pereira, el que su hijo mayor sintiera tanta admiración por Quiñónez, o fue porque vio a Quiñónez que ni siquiera la saludaba a su mujer que estaba en la ventana de la cocina porque ¿por qué no iba a saludarla?, ¿por qué prefería hacer ver que no la había visto?, señal de que había algo no demasiado claro, o, lo que es más seguro, sencillamente se sintió molesto por la visita del hombre que tanto odiaba. Quiñónez se acercó hasta la galería.

-Buenos días, Pereira, como te va.

-¿Qué quiere?

-No hubiera querido molestarte, pero la necesidad me obliga... Me es imposible solucionar una situación desagradable. Es grave, Pereira, y no me involucra a mí solo... Necesito tu ayuda.

-Estoy seguro de que le habrá costado muchísimo, pobre Quiñónez, tan orgulloso y con razón, tan grande, tener que volver a rebajarse ante ese miserable, tener que brindarle ese placer, si hasta le trataba de usted, como si no lo conociera.

¿Y qué es lo que podía necesitar de Pereira, don Mareco?

No lo hizo pasar, se quedó parado en la galería y lo miraba desde arriba, la melena blanca de Quiñónez desdibujándose en los últimos paños de niebla, el único movimiento de su cuerpo en sus ojos movedizos y nerviosos y en el agitar de la fusta bajo el poncho.

-Pereira, creo que mis hombres me van a entregar, me van a traicionar, Pereira, estoy seguro. Tadeo cabalga hacia el Destacamento para entregarme porque piensa que los voy a abandonar... Yo no sé si podré alcanzarlo antes de llegar a Pasaje Isla, pero en cualquiera de los casos iría a caer en una trampa.

-¿Y qué es lo que quiere que yo haga?

-Necesito que envíes a alguien para alcanzarlo, que le diga que lo espero para hablar, que todo es un malentendido.

-Yo no tengo por qué entrometerme. Ese es problema entre ustedes y su gente.

-Por eso digo que Quiñónez sabía muy bien lo que le esperaba, desconfió enseguida porque Candé había escuchado parte de la conversación con Marcial Espinoza y no toda, no

cuando le decía que él no quería saber nada con eso de huir solo, y desconfió cuando salió y no lo vio a Tadeo. Él sabía muy bien que no podía permitir que Tadeo llegara al Destacamento por cuanto la única posibilidad que tenían todos para sobrevivir era permanecer escondidos, una vez descubiertos no tenían medios para defenderse y sabía también muy bien lo que les iba a pasar si descubrían su escondite, que es lo que les pasó. ¿Se da cuenta de qué situación se presentó? Con razón Pereira ni siquiera desmontó cuando lo trajeron a Quiñónez cuando lo llevaban a la Capital... Qué soberbio y qué tranquilo estaba Quiñónez con el pecho henchido, las manos atadas atrás, la cabeza levantada, su cabello blanco agitándose suavemente con el viento. Pienso que ya le había perdonado, aunque creo que no. No sé cómo decirle... pero me pareció que ni siquiera le dio importancia, como si ni siquiera fuera necesario odiarle. Pereira le dio la espalda en una situación de vida o muerte, de la peor manera. Por suerte que Quiñónez no era un tipo que se dejara machucar así nomás y sabía cobrar lo que le hacían, así que al despedirse le picaneó una vez más cuando le dijo: dale saludos a tu señora de mi parte y sobre todo a tu hijo. Me pareció saber después, de esto no estoy muy seguro, que Pereira escuchó que se reía cuando montó para alejarse.

Atravesando el cañadón del oeste dio un rodeo y se acercó al pueblo por detrás.

-... por el Aserradero, por el lado del bajo, arriesgándose a que le viera cualquiera y sabiendo lo que significaban los minutos que estaba perdiendo, ya no sería posible alcanzarlo a Tadeo antes de llegar a Pasaje Isla, pero sabía lo que le esperaba y sabía lo que tenía que hacer.

-Me voy a Pasaje Isla, Mareco, creo que Tadeo me va a entregar, está yendo hacia allá.

-Es una locura, don Quiñónez. Pero claro que yo conociéndolo a él sabía que no tenía alternativa. Entonces hablamos un rato y me contó todo tal como había sucedido, lo de la conversación y esas cosas, claro, y me entregó su facón con mango de plata para darle a su hijo, ahora sé que a cualquiera de los dos, al que fuera realmente su hijo, digo yo, y me encomendó que fuera vendiendo los animales que dejó a su esposa para pagar los estudios en la Capital y todas esas cosas cuando fuera necesario, y que después viniera alguna vez a vivir conmigo, su hijo, ¿entiende?, al terminar sus estudios, o cuando fuera necesario.

Mareco no pudo evitar que la voz se le hiciera más ronca.

-Pero es una locura, don Quiñónez.

-Tarde o temprano esto tenía que llegar, Mareco, lo sabía. Ésta es mi lucha, así me lo acaba de decir Pereira y así nomás debe ser, por lo visto.

-Por eso cuando volvió al pueblo cuando lo llevaban hacia la Capital (después lo desgraciaron por el camino, nadie sabe dónde ni cuándo exactamente), todos nos quedamos mudos e impresionados y yo esperaba le dijera algo a Pereira, que fue el único que no desmontó, pero no le dijo nada... Usted no ha de poder imaginarse lo que le habrá costado ir a implorarle ayuda a ese hijo de puta. Yo me voy a ir hasta Pasaje Isla, don Quiñónez, le dije, y él me miró un rato largo antes de hablarme y después me tocó el brazo, me acuerdo

muy bien, como si fuera hoy que hubiera pasado todo, me tocó el brazo y creo que en ese momento se pareció más a cualquiera de nosotros porque yo sentí que tenía miedo, como cualquiera de nosotros, sentí que tenía miedo porque sabía muy bien lo que le esperaba, y sin embargo me dijo: no, no puedo arriesgarme a que te agarren, no me lo perdonaría nunca, y además tenés que cuidar a mi hijo, y después se fue. Lo miré montar en su tordillo con el torso erguido, poderoso, el poncho arremangado sobre un hombro y su cabello blanco suelto y brillante, y antes de emprender el galope escuché que me decía: gracias... ¿Se da cuenta?, a mí me dijo gracias, sí señor, cuando sabía que se iba para morir.

(No sé si son lágrimas eso que veo en sus ojos, don Mareco). Hubiera podido evitar el sacrificio huyendo con los otros, si ya no le quedaba tiempo para detener a Tadeo, digo, antes de llegar al Destacamento, donde con su delación los iba a descubrir a todos... Hubiera sido muy explicable.

Don Mareco siente que la risa empieza a gestarse en el fondo de su pecho pero no es risa, es un espasmo desagradable, algo así como un retumbar subterráneo que intenta aflorar a borbotones y en él hay odio, resentimiento, abatida e indeseable certeza, noción de fracaso.

-Y ahora viene usted y me dice que hubiera tenido que huir... Yo sí que a usted no lo entiendo, a ustedes dos no los entiendo... Quiñónez no lo hubiera hecho nunca, jamás; y aunque hubiera querido huir, descubierta el escondite ya no les quedaba tiempo. Al descubrir Tadeo el escondite, que es lo que iba a hacer, Quiñónez sabía que todo estaba perdido, entonces trató de ganar tiempo para sus hombres, aún a costa de hacerse apresarse, porque eran sus hombres y él los quería, mucho tiempo sufrieron y disfrutaron con él y trató de comprenderlos, y pensó que el tiempo que perderían con él les permitiría a sus hombres escapar, pero los traidores creen que su traición vale mucho y que les permite conseguir su salvoconducto y se tranquilizaron y se descuidaron, pero no es así, claro que no es así, nadie quiere a los traidores, ni siquiera los que sacan provecho de su traición, y por eso los cazaron uno a uno como a los ratones y los mataron uno a uno a los diecisiete como a los ratones y los dejaron tirados por allí y se lo merecían.

La neblina se había despejado completamente y se hizo una mañana clara y hermosa y si no hubiera sido por el sur que en ráfagas finitas apretaba el poncho contra la espalda, cualquiera hubiera pensado que era una mañana de mayo.

Quiñónez detuvo su tordillo frente al palenque del bazar frente a la entrada principal del Destacamento y sin desmontar dio vuelta a medias y miró la serranía del fondo, sus queridos cerros de Cordillerita gris verdosos por el aire frío y limpio y la lejanía, de tanto en tanto sus laderas recortadas por manchones de arenisca rojiza levemente enmohecidas y aspiró profundamente: era el mismo aire que corría libremente por las cumbres.

Después casi le dio risa la sorpresa y hasta el miedo que por más que trataron no pudieron disimular los guardias cuando lo vieron acercarse hacia ellos.

-Y eso sí, estoy seguro de que no lo maltrataron, nadie hubiera sido capaz, nadie era suficientemente hombre para hacerlo, si hasta cuando lo traían hacia la Capital con las

manos atadas a la espalda, un sargento venía detrás de él apuntándolo, ¿qué hubiera podido hacer con las manos atadas y entre tantos? Recuerdo que esa noche Pereira se emborrachó.

-Seguro. Y se habrá emborrachado seguramente muchas otras veces más al recordarlo. Habrá sentido arrepentimiento porque él hubiera podido salvarlo y no lo hizo, hubiera podido evitar mucha muerte innecesaria y no lo hizo, no sólo la muerte de Quiñónez.

Es todo muy triste, don Mareco (¡cuánta soledad incomprendida en cada uno!). ¿La señora Adelita ya había muerto?

-No. Murió algún tiempo después. En ese tiempo vivía en la Capital con su hijo. Ella hizo todos los arreglos para recibir el dinero que yo tenía que enviarle desde aquí y sé que se resistió mucho a seguir mandando a su hijo todos los años esos cuantos días que lo enviaba, y después, al terminar el colegio vino a quedarse acá, pero eso fue porque cuando eso ella ya se había muerto y no hubo otro remedio sino que tuvo que venir a quedarse conmigo y nunca a él le gustó demasiado, estoy seguro. Ni siquiera al ir haciéndose grande quiso ir a los campos de su papá, así que los vendimos y todo ese dinero fue a la Capital, era poco desde luego ya lo que quedaba, pero tenía su platita, no tenía necesidad de ir a trabajar a donde fue, trabajos que no eran para él por la preparación que recibió, y hacer todas las tonterías que hizo.

Él y mi hermano Agustín fueron siempre muy buenos compañeros.

-Y muy amigos, fueron. Venían juntos en las vacaciones, creo que fueron los mejores años en la vida de este pobre muchacho que siempre fue un desgraciado, preocupado por todo y amargado... Pero en aquellos días era feliz hasta que una vez, cuando era un pendejón que más o menos entendía ya las cosas, Pereira le envenenó la vida y fue la principal venganza de ese sinvergüenza, por lo visto ya se había olvidado de su arrepentimiento, ese fue el año que usted no vino por las vacaciones, fue el año que se preparaba para entrar en el Colegio Militar y no vino, aunque después no pudo entrar y eso que todo el mundo pensaba que era un Pereira y un Pereira no hubiera tenido problemas, pero por lo visto le estiró más esto, aunque no volvió diferente, tan pulido, tan exigente, cada vez se parece más a él, o sea, está siendo más como él.

No puedo creerlo, don Mareco, hasta me resisto a pensarlo.

-El conocido hijo de Quiñónez no es un Quiñónez, eso es muy triste. Claro que también es triste que el que por su manera de ser es Quiñónez no sea realmente un Quiñónez, pero eso ya no tiene remedio, creo yo, no tiene remedio.

Adelita:

-¿Se da cuenta, doña Simeona?, ni querida, o recordada, o algo, nada. Adelita, como si llamara a la cocinera, qué sé yo. Es inconcebible.

Te escribo ésta aprovechando que don Gutiérrez va a la capital a negociar unas cabezas que le permitan seguir sobreviviendo, que es la forma de pasar que tenemos ahora en la zona, quién lo diría, con el increíble potencial que una vez tuvimos y que parece nos va a costar tanto volver a alcanzar. La nuestra es una tierra asediada por nuestros apetitos y por nuestro descontrol, Adelita, es doloroso reconocerlo, pero las cosas son así, aunque van a cambiar, te lo aseguro.

Miro a mi alrededor y me siento solo frente a todo lo que hay por hacer; es mucho, y a veces pienso que es superior a mis fuerzas. Sé que si estuvieras conmigo sería diferente.

Te extraño mucho. Te busco en todas las cosas que alguna vez vimos o hicimos, en el pastizal del costado de la casa que solíamos recorrer de tardecita, en la leche humeante y los rayos del sol en la mesa donde desayunábamos, qué corta fue tu presencia aquí conmigo y cómo son ahora todas las cosas diferentes. Nuestra casa no es la misma, nuestros campos no son los mismos.

-Esto es lo increíble de él, doña Simeona, a veces tiene esos destellos que me hacen revivir lo que alguna vez sentí, sufrí y disfruté con él.

No voy a ir allá ni siquiera para el Año Nuevo; no puedo dejar a mi gente, sé que ellos me necesitan. A veces pienso si vos y yo somos de la misma clase de seres, si somos habitantes del mismo planeta; creo adivinar la sonrisa escéptica en tu cara y quizás tengas razón, quizás sea realmente yo el que necesita de ellos y no ellos de mí. Pero yo lo veo de una forma distinta, ellos me quieren, son mi gente.

Muchas veces me detengo a pensar cómo es posible que alguna vez me hayas querido y no lo entiendo; pienso: qué viste en mí para llegar a quererme y no me lo explico, así como no me explico el por qué te sigo queriendo yo y sé que esto tampoco vos podrás comprenderlo.

Te necesito, Adelita, y ya sé que vas a decir que si estamos separados es por mi voluntad, ya sé, pero qué maravilloso sería que vos accedieras a ser según mi voluntad, lo cual es imposible y entonces te escribo estas líneas para que por lo menos me escuches, para que alguien me escuche, para nada.

-¿No ve?, ¿no ve?, por momentos me asusta, creo que me conoce demasiado, por lo menos, mucho más de lo que yo llegué a conocerlo a él. Y cuánta melancolía encuentro en sus palabras... pero ya no le creo, ¿eh?, ya no le creo; demasiado me costó darme cuenta de esa su terrible inconciencia, de su egoísmo puro y orgulloso, ¿no es cierto, doña Simeona?, ¿qué esperanzas puedo tener?, fíjese nomás en esto:

Mi lucha no tiene final; la lucha que hago motivo de mi vida no tiene final; no puedo decirte: cuando gane esta batalla voy a volver, porque no hay batallas, es una forma de vida, todo es un seguimiento de una cosa a la otra, quizás ni siquiera haya lucha sino el sencillo cumplimiento de lo que pienso que debo hacer, a veces quiero verlo así, no sé cómo podría verlo de otra manera. Yo no peleo a las personas, Adelita, yo combato a las

ideas que quieren hacernos tragar, a la ratería, a la deshonestidad de los poderosos o al ladino y ruin despropósito de los aplastados... Recuerdo la discusión con el Padre Fernández el año pasado cuando le dieron la Libreta de Calificaciones al muchacho al final del grado... pobre infeliz, el Padre Fernández, cree tener más argumentos que yo, encasillado entre las orejeras curtidas de dos mil años de dogmas y definiciones precisas. Y bueno, al final de cuentas, no puedo achacarlo que no me entienda si yo mismo a veces no me entiendo.

-Está perdido, doña Simeona, hasta qué punto llegó.

Hay momentos en que me detengo a pensar y determino que lo que más me desespera es la inutilidad de mis afanes. Crees que alguien continuará mi lucha cuando yo no esté? Nadie está a mi alrededor, realmente. Me siguen, cumplen lo que ordeno, orquestan el festejo de mis hazañas pero estoy solo, no hay nadie cerca mío, nadie.

Nuestro hijo nunca va a ser para mí, Adelita.

-Ah, no, desde luego que no, doña Simeona, desde luego que no lo voy a permitir.

Nuestro hijo nunca va a ser para mí, Adelita, eso lo supe hace ya mucho tiempo; pero tené cuidado, no lo destroces, no hagas de él un desgraciado, no rompas su vida. Porque quiero que me entiendas bien, nuestra realidad, la tuya y la mía es amarga: tampoco va a ser para vos, triste navegante de dos aguas. Vos te preocupas y te afanás porque no sea mío, pero ocupate también, y más, para que sea tuyo, eso es algo que me intranquiliza. No lo estamos levantando bien. Dale vos las armas necesarias para que pueda combatir su incertidumbre, dáselas vos porque yo, aunque me desespere, sé que no podré jamás llegar hasta él.

-Claro, cómo va a llegar si nunca se interesó por él; además, yo lo defiendo muy bien de su influencia, mi querida, y de sus malos ejemplos... ¿qué va a sacar él de su padre?

Lo que menos quiero es que sea mi imagen; la orgía y el calvario que es mi vida no se la deseo a nadie aún cuando yo voluntariamente la elegí y no la cambiaría por nada; pero dale la posibilidad de luchar, no le disfraces la realidad creándole un mundo de mentiras que no existe porque él siente esa realidad, lo sé, no permitas que Fernández ni todos los otros Fernández que pululan a su alrededor y en todas partes puedan asustarlo con sus orejeras, recortando las alas de su libertad. Y compréndeme bien: no estoy ni siquiera pidiéndote que le enseñes a quererme sino solo que le indiques el camino que debe seguir para aceptarme o tan solo, aunque más no fuera, comprenderme. No me gustó lo que vi en mi último viaje, Adelita, no me gustó nada, y todavía es tiempo de arreglarlo. El otro no es realmente mi hijo, no puede ser, es el hijo del marido de su madre, no me lo refriegues por las narices cada vez que hablo de nuestro hijo. No sé qué posibilidades tengo de pedirte nada porque cada vez es más fuerte mi certidumbre de que tu desdén se está convirtiendo en odio.

-Doña Simeona, ¿será cierto lo que dice? Dios mío, este hombre es increíble. Tal vez sea cierto.

Ya casi no hay cabezas en nuestros campos de Cordillerita, ya casi se han consumido todas aunque aún quedan más que suficientes para que podamos llevar una vida decorosa; no puedo detenerme en su cuidado, la verdad es que no quiero atarme a esa vida demasiado real, no puedo. Me es posible imaginármelo a tu papá con el ceño fruncido, nuevamente enojado y quejoso, claro, no puedo comprenderme.

-¡Ah, no, esto ya es el colmo, es un descarado: papá enojado y quejoso...! ¡Pero qué se cree! Mi pobre papá, doña Simeona, nunca llegó a perdonarme que me haya casado con él, nunca. Y lo peor del caso es que yo misma ahora no puedo explicarme qué es lo que pensaba, me volvió loca, eso sí, un tiempo me volvió loca. Pero fue nada más que eso, una locura. Por suerte tengo ese hijo que es toda mi vida; está tarado si piensa que lo voy a dejar estropear en sus manos... un buen colegio, eso sí, el mejor, buenas compañías, amor de familia, de la mía, se comprende, el verdadero amor a nuestro lado y una pequeña temporada, no crea que no me disgusta terriblemente, una pequeña temporada todos los años en vacaciones para que vaya conociendo aquel infierno que alguna vez será de él, no veo la hora de venderlo y liquidarlo todo antes de que otros se lo coman. Si usted lo conociera a ese Mareco pensaría lo mismo que yo. Dice que lo adora... qué lo va a adorar, está esperando impaciente su tajada, el mundo está lleno de gente sucia, doña Simeona, de gente deshonesto, pero así es el mundo, ¿no es cierto?, qué le vamos a hacer...

Era muy lógica pero nadie puede imaginar la mortificación que sentía temiendo en todo instante, día a día, que alguien se acordara de él, que lo nombrara y vuelta a comenzar, todos contando anécdotas que otros antes les habían contando, todos comentando y sorprendiéndose o riendo, ¿cuál es la conclusión que sacan?. La gente como él es el azote de nuestro país, él es el culpable de la lucha entre hermanos, del desangrarse de la patria, Quiñónez es un castigo de Dios y yo siendo Quiñónez y todos mirándome de reojo, nadie queriendo herirme directamente, eso decían, yo no tenía ninguna culpa, eso decían, y hasta el cura, negra sotana y ancha faja también negra ciñendo su vientre de asceta y su voz filosa y calma, grandes anteojos de montura negra, Quiñónez es el castigo de Dios... hubiera sido feliz de haberlo todos olvidado.

Hasta Agustín, ahora que lo pienso me doy cuenta, era mi amigo pero tenía algo, no puedo descifrar qué, pero era diferente cuando estábamos con otros, como si él fuera otro o yo fuera otro y ahora me doy cuenta, pero recién ahora, aquí, sentado en mis largas tardes, sin pierna y triste en la galería de piso de ladrillos de Pereira, que él era Pereira y yo Quiñónez, aunque su hermano mayor también era Pereira y sin embargo no era así, aunque no era tan amigo mío como él, y eso nunca pude entender muy bien porqué.

El mayor volvió de la Capital mucho antes que nosotros, después de su estúpida veleidad momentánea de meterse a estudiar para militar, que no siguió adelante, es lógico, volvió con su carga inútil de saber sin frutos posibles... ¿qué otra cosa me pasó a mí? Para de tarde volver sudoroso y cansado y desmontar bajo el árbol grande que está junto a la cerca que rodea la casa, después iba a desensillar, y acercarse satisfecho para comenzar el largo descanso, perdidos en el fondo de la memoria los latines y la historia, imbécil

experiencia de amarguras y frustraciones. O para cortar cañas en el Ingenio, no hacía falta vender las vacas de mamá para pagarles las mensualidades a los curas, oscuros corredores con arcadas sacudidos por el viento de las noches de tormenta, terrible soledad en medio de los otros en el amplio dormitorio o en el comedor o en las clases, ellos siempre sabían de qué se estaba hablando aunque recién llegaran, no entiendo por qué fueron siempre las cosas así. Creo que si no hubiese sido por Marina hubiera seguido secándome en lo de don Mareco tratando de borrar la sombra de papá, aunque no creo que fuera posible, hubiera sido una lucha demasiado larga, demasiado intensa, inútil.

Se sientan los dos hermanos cerca de mí y huelo a caballos y a viento y aunque me resisto siento envidia, siempre me tocó mirar las cosas desde fuera, otros son los que las hacen y yo lo contemplo escondido entre las gallinas, respirando las plumas y las pelusas de las gallinas, siempre.

Sé que estuvieron en el pueblo porque Agustín abre un paquete nuevo de cigarrillos y al mayor los ojos le brillan de cerveza.

-Nunca había sabido que el señor Quiñónez le dejó a Mareco un facón con mango de plata. - me dijo - Lo vi.

Me extraño porque casi lo tenía olvidado y también me pareció raro que don Mareco se lo hubiera mostrado, pero más me extraño oírlo decir señor Quiñónez, señor Quiñónez y no en forma despectiva: Quiñónez. No lo esperaba. Aunque ahora que lo pienso, el mayor fue siempre un Pereira diferente, diferente incluso a Agustín que era mi amigo pero que siempre tenía algo, sobre todo cuando había otros delante, como si su amistad hacia mí se sobrepusiese a cualquier cosa estando solos, pero que al estar otros tuviera la necesidad de demostrar lo que él también pensaba de Quiñónez.

Y entonces recordé, mientras ellos hablaban y la tarde alargaba lentamente las sombras, aquella vez que papá me tenía entre sus brazos y bromeaba, su pecho poderoso vibrando en sus palabras y su risa, «yo a mi muchacho me lo llevo para que aprenda a vivir, que sepa lo que es la buena vida de los hombre» y mamá silenciosa y, ahora me doy cuenta, casi despectiva diciendo: «estás loco, a él no lo tocás, si querés un alumno y una víctima de tu depravación tenés al otro, él sí está bien cerca tuyo», no supe ni sé muy bien aunque me lo imagino qué quiso significar, y mi Libreta de Calificaciones, Pasa al Segundo Grado, caída a mis pies, papá casi ni la había mirado porque me miraba a mí, me miraba a mí y no supe darme cuenta, nunca supe darme cuenta de nada a tiempo.

Y ahora vengo a comprenderlo pero es tarde, tarde, tarde, como siempre tarde y creo que ya no hay tiempo para nada y aunque hubiera, ya no tengo tiempo yo. Hago un recuento de todo mientras la tarde pasa y todo sucede con la misma odiosa lentitud, y veo que mis manos están vacías, que no tengo nada: ¿qué fue siempre mi vida sino una sucesión de ansiedades desmedidas, de angustias? Casi me animaría a definirla como un solo y supremo deseo reprimido. Y entonces vengo a descubrir que siempre viví como inquilino de mí mismo (¿acaso no hacía o decía cosas que yo mismo, yo, no quería decir o hacer?, y lo dejaba pasar, Santo Cielo, con una indiferencia embotada, casi demente) preocupado más que nada en representar la imagen de mi yo real pensando que resultaba ser fruto de mi ser

interior, de que era exteriormente como era realmente pero por lo visto, y en el recuento de balance me doy cuenta, de que es y era siempre otra mi imagen, una la que sentía y sufría y se debatía en sus dudas y temores y otra, tan distinta, tan inentendible seguramente para todos, la que, involuntariamente, resultaba de mis impulsos, que nadie podía entrever. ¿Quién pudo entender jamás, me pregunto, mi huida bajo la lluvia, escapando de esa fuerza viril tremenda que fluía de Roberto, por ejemplo, o porque comprendí mi indefensión ante el dolor que me ocasionaba y no quería o no sabía luchar? Entonces pienso que aunque haya tiempo, para mí no hay, porque ya no me animo a luchar.

Porque estoy cansado de todo y sin esperanzas.

Entonces me decido a pensar que si Marina hubiera estado conmigo las cosas habrían sido diferentes, aunque no sé a ciencia cierta lo que podría esperar de ella.

En realidad no sé ni siquiera si la quiero o es como una tabla de salvación que trato de imponerme para poder asirme de algo, o es lo mismo que con la chica de la venida de las ovenias en el pueblo dormido, que quedó viva en mi memoria sólo por mi deseo estéril, que si la hubiera conseguido, seguramente ya se habría diluido.

Ni siquiera logro determinar si me interesa el descubrimiento de ese acuciante deseo que siempre sentí de acercarme a papá, de ser la continuación de papá que nunca pude ser y que siempre traté de esconder detrás de mi empeinado rechazo, como si no hubiera sido mi vida la que estaba viviendo sino otra, la de un personaje que esperaba a que se bajara el telón para ver los resultados y vuelta a comenzar, ¡como si fuera que no desperdiciaba mi vida!, obcecado, no porque no, sí aún sin razón, sin un suspiro para razonar, qué asco siento y qué miedo, sí, qué miedo estoy sintiendo de mí mismo. Y entonces en mi pensamiento trato de alejarme un poco para poder verme mejor, para poder ver a la distancia cómo seguramente soy en realidad, ¡Dios mío!, cómo seguramente soy en realidad.

Y me siento como entre dos horas, como entre la noche y el día, en ese claroscuro que parece revestir todas las cosas de optimismo pero que hunde en la desesperación mi espíritu atemorizado (¡qué solo me siento, Dios, todos están enfrentados a mí) porque el día es el final del reino de las sombras protectoras, es el mundo de los despiertos (¡cuánto tememos los que estamos dormidos!), es el mundo de los vivos (¡cuánto sufrimos los que estamos muertos...!)

Agustín y su hermano ya se acostaron y el blando golpeteo de mi muleta en el piso de ladrillos es mi única compañía cuando me acerco al borde de la galería para mirar el cielo inmenso, inundado de estrellas, y siento mis ojos pesados e hinchados y una angustia en el pecho me hace aspirar profundamente, la piel se me eriza y brotan lágrimas de mis ojos que hacen desdibujar las estrellas en rayas de luz, me siento solo, es muy largo lo que me tocó vivir (todo lo que me tocó vivir, digo, y no todo lo que viví, qué notable), y debo huir una vez más. Ellos hubieran tenido que darse cuenta, hubieran tenido que darse cuenta aunque yo intentaba hablar y reír como si nada, lo hubieran tenido que saber, ¿acaso no me quieren?, ¿no soy acaso nada para ellos?, me siento solo, Dios mío, me siento solo.

No hay sangre chorreando de mi nariz, y ya no lloro; tampoco puedo correr a lo de Don Mareco, no puedo correr a refugiarme en ninguna parte. No hay por dónde escapar, decía el poeta que hablaba con el burrito, durante la tormenta, no hay por dónde escapar... y ahora es igual: no hay por dónde escapar.

Atravieso el patio agigantándose mi sombra delante de mí, la bóveda inmensa del cielo me da vértigo, nada hay mejor que una noche abarrotada de estrellas, pienso, para apreciar la inmensidad del universo infinito. La noche tiene perfumes que durante el día no apreciamos, y sonidos que en el ajetreo del día no sentimos, la noche tiene silencio y paz.

Al lado del palenque bajo el árbol grande, masa negra aquí y allá perforada por puntitos de luz, están las monturas de Agustín y su hermano mayor. Al acercarme siento el olor a sudor que desprende el cuero, es el olor de estar a horcajadas, pienso, es como el aviso de que me introduzco en una intimidad que no me corresponde penetrar, me siento casi avergonzado.

Mi muleta levanta nubecitas de polvo en la tierra ablandada por las pisadas del patio que rodea la casa; me vuelvo y la miro; es otra masa de negrura y en la boca del corredor el saludo parpadeante del lejano farol trata de acercarme a la realidad, me parece que estoy jugando, todo lo que hago está tan lejos de lo que siempre me animé a hacer y no quiero pensar.

Separo una de las riendas, cuero fino, engrasado y brillantado por el uso, hermosa rienda, leves reflejos de los destellos lejanos del farol (¿o de las estrellas, allá arriba?) hermosa y útil rienda.

Todo podía haber sido diferente, creo, si Marina hubiera comprendido a tiempo la fuerza de mi amor, o si papá no me hubiera castrado constantemente con su imagen y su recuerdo, o si las cosas me hubieran resultado más fáciles (para otros lo son, ¿no?), pero todo eso es mentira, ahora me doy cuenta. Con cuánta libertad puedo pensar, Señor, cómo me es posible descubrirme...! Son las mentiras con las que siempre traté de protegerme para poder llorar tranquilo sobre mí mismo, para poder justificarme, para poder compadecerme.

La verdad es que todo hubiera sido diferente si yo hubiera sido diferente, y en ese caso hay un solo remedio. Y ahora me doy cuenta. Por primera vez me doy cuenta de algo a tiempo en toda mi vida.

Dejó la tacita silenciosamente en el platillo sobre la mesa adornada con un mantel de tejido grueso muy lavado y almidonado, en los bordes grandes flores bordadas en colores oscuros y en el centro, bajo la fuente con galletitas y bizcochos, un grupo grande e intrincado de magnolias y azucenas en un conjunto irreal, obsesionado, era ya la caída de la tarde y las sombras se hacían espesas y agobiantes. Simeona se secó suavemente los labios con la servilleta igualmente bordada de magnolias marrones y azucenas amarillas y suspiró.

-Quién lo hubiera dicho, pobrecita.

Afuera, después de la galería, el patio era un remanso de frescura y color que lentamente se iba diluyendo, los crotos del fondo formando masas coloridas en sinfonía de tonos marrones y más adelante, en un costado, las sinecias poniendo inesperadas llamaradas de luz realzadas en el ocaso con sus flores reventonas amarillas, rosadas y muy rojas.

-Menos mal que le quedaban todos esos sobrinos segundos que hicieron un grupo más o menos interesante en el acompañamiento, porque el hijo todavía es muy chico para tener amigos y los amigos de ella ya no la rodeaban, quién hubiera pensado que iba a ser así, una familia tan reconocida, tan gente, diría yo, porque una familia importante era, ¿verdad?, pero fueron poco a poco derrumbándose.

-Mirá, Simeona, yo nunca quise decir nada, y que Dios me perdone ahora que a la pobre Adelita la acabamos de dejar y que ha de estar todavía tibia, la pobre, pero a mí siempre me pareció que ese casamiento no estuvo bien, nunca; esa pareja nunca fue como tenía que ser... Yo creo que al pobre don Casimiro le salió el tiro por la culata, pobre, que en paz descanse.

-¿Por qué? ¿qué querés decir con eso?

Simeona no pudo evitar que en su voz se notara un dejo de enojo. Clarita sonrió imperceptiblemente, amparada por la taza de té que se había llevado a los labios: tantos años de tratarse hacían que el conocimiento entre las dos fuera profundo, cada gesto, cada tono de voz, cada mirada, podían ser certeramente dirigidos para molestar, para insistir, para causar gracia. Y sabía muy bien la casi veneración que su amiga profesaba a don Casimiro y su familia, en especial a Adelita.

-Yo no quiero decir nada, querida, es decir, no tengo por qué entrometerme... Pero pienso nomás que mucho les habrá hecho brillar los ojos a los dos viejos ese muchachón dicharachero dueño de campos interminables en Cordillerita y todo eso... Y esa inyección de vitaminas a las flacas vaquitas raleadas que le quedaban al pobre don Casimiro, que en paz descanse, no le iban a venir nada mal...

-Hablás con perfidia, Clarita, es insoportable.

-No, no creas, no es así; vos me conocés muy bien y sabés que no es así... Yo quería mucho a esta gente, y conste que no es que hayan hecho nunca mucho para que se los quisiera, bastante alzados eran, y no voy a estar ofendiéndolos gratuitamente, pero digo nomás que ese casamiento todo el mundo opinó siempre que fue una locura. ¿Cuánto tiempo estuvieron juntos? Una temporadita cuando Quiñónez estuvo por acá, algún tiempo, muy corto, Adelita allá para complacerlo, y después cada uno por su lado y cada cual con su vida.

Simeona dobló en cuatro la servilleta y la depositó al lado de su plato con un ademán decidido, como queriendo hacer entender que más que dar por terminada la merienda, lo que quería era dar por terminada la conversación.

-En ese matrimonio no tuvieron nada que ver ni don Casimiro ni doña Rosa, Clarita, te lo puedo asegurar.

Clarita asintió en silencio no sin antes levantar un poco las cejas entornando los ojos restándole firmeza a su asentimiento. Se levantó y se acercó a la ventana. Miró a través de la reja la galería sombreada y, más allá, el patio. Aspiró profundamente el aire de la tarde. Te conozco Clarita, pensó Simeona, ahora vendrá un respiro sirviéndonos de cualquier tema, te conozco...

-Están hermosos tus crotos, Simeona.

-Sí, ahora se pusieron bien. - Simeona casi no pudo evitar una sonrisa. También se levantó y no pudo vencer la tentación de ordenar en la bandeja del costado las tazas usadas pero reprimió su impulso de juntar las pocas migajas caídas sobre el mantel de hilo - Pablito les pone un algodón con algo de azufre y alcanfor molido en el tallo, formando un anillo debajo, casi sobre la tierra, y eso aleja las hormigas y los pulgones; y además nunca los riegos con agua que no sea de lluvia, eso le da brillo hermoso a las hojas... Vamos a salir afuera un rato, aquí hace demasiado calor.

Caminaron por el patio de grandes baldosones negros y blancos. Clarita se detuvo y miró el cielo gris rojizo.

-Es conveniente que llueva, está muy pesado ya... Y el hijo, ¿dónde va a quedar?

¿No lo dije?, pensó Simeona, vuelta al tema.

-Tienen un señor que les administra los campos, él solía ir allá unos días en las vacaciones, y se va a ir a quedar con él.

-Pobre chico.

-No sé, Clarita, creo que es lo que correspondía hacer, a mí también me da mucha pena porque parece que se lo aleja para librarnos de él, pero ¿dónde va a quedar sinó? Durante el año creo que seguirá viniendo para quedar internado en el Colegio, y durante las vacaciones quedará allá. Adelita fue hija única y los parientes que le quedan son tíos segundos y todo eso, ¿con quién se va a quedar? - Simeona separó una hoja mustia desprendiéndola delicadamente con un corte de uñas y la arrojó al fondo entre los tallos - para más, ya no es lo que era: ya casi no tiene reservas. Y no es que yo diga que la gente es interesada, pero si hubieran tenido lo que tenían antes, hubieran aparecido una partida de tíos segundos cariñosos. Yo tuve el deseo de decirle que viniera a vivir conmigo pero después pensé bien, es un compromiso demasiado grande y yo ya no me siento con fuerzas para comenzar una responsabilidad así... Dios no quiso que forme mi familia como corresponde, con un marido, unos hijos y todo eso, entonces no creo que sea el momento de tomar nuevos rumbos con tantos problemas y preocupaciones.

-Claro, estoy contigo. Y además, creo que esa fue, desde luego, la voluntad de Adelita: que se fuera allá.

-Adelita, la pobre, a lo último ya no se entendía muy bien; yo creo que desvariaba un poco, Clarita, que en paz descanse.

-Qué triste es quedarse tan solo, ¿verdad? es terrible.

Llegaron hasta unos sillones de mimbre que estaban al lado del aljibe y se sentaron.

-Parecemos dos carromatos viejos, nosotras... vamos de sillón en sillón.

-Es que ahora hacen caminar mucho en los acompañamientos, yo estoy con las piernas doloridas... Dentro de poco ni allí va a querer la gente ir a cumplir, tan poco caso nos hacemos ahora...

Simeona se apantalló suavemente un momento, echada atrás la cabeza, los ojos perdidos en el cielo que se iba oscureciendo, y suspiró.

-Y sí, Clarita, aunque no lo creas y pienses tonterías, ese casamiento fue el disgusto más grade que Adelita pudo darle al pobre viejo - Clarita la miró en silencio, sin atreverse a parecer dubitativa - Él, vos sabés que era capaz de bajar cielo y tierra por su hija, Adelita, alegría de su padre, solía decir cuando llegaba sonriente de la calle y la esperaba a ella que venía corriendo para estrecharse en sus brazos, siempre sonriente, don Casimiro, qué señor tan amble, tan señor... Pero don Casimiro desde un principio se dio cuenta de que era imposible luchar contra Quiñónez. Adelita se quedó totalmente tonta con él y no escuchó razones. El viejo le habló, quiso mandarla de viaje, cualquier cosa, pero no hubo nada que hacer.

-Esto que me contás es para mí algo totalmente nuevo: no sabía que hubo tanta historia... Pero decime un poco, ¿era acaso tan sinvergüenza este Quiñónez?

Simeona sonrió.

-No, no era eso. Pero los padres parece que tienen un sexto sentido, y don Casimiro supo enseguida que ese muchacho no era lo mejor para su hija.

-Mirá, Simeona, los sextos sentidos de los padres hay veces que no funcionan y o sinó, mirame a mí que por ese sentido de más estoy aquí sola, sin marido, ni familia, habiendo podido estar rodeada de hijos y nietos y qué se yo.

-Pero también con un viejo enclenque y cargoso a tu lado, así que no te quejes. Y ya sé que eran buenos partidos y lindos mozos, no hace falta que me lo recuerdes una vez más, pero lo mismo ahora hubieran estado todos enclenques y cargosos...

A Clarita le resultó gracioso, aunque no quiso reconocerlo, e intentó reencausar la conversación.

-¿Cómo pudieron conocerse? ¿dónde se encontraron?

-Adelita lo conoció en la fiesta de cumpleaños de Robertita Gutiérrez ¡ah...! qué fiestas fabulosas hacía esta gente en la estancia... Yo las recuerdo, y no hay ninguna razón para que vos no las recuerdes, ¿no es cierto? Aquí todo el mundo comentaba desde meses antes las expectativas de la fiesta, pienso que esta gente debe haber tenido muchísimo dinero para hacer las cosas así en grande, casi todas las familias bien iban hasta allá para ese día... y bueno, allá fueron ese año don Casimiro y familia.

-Y hubo el conocimiento.

-Quiñónez la deslumbró a Adelita. Vino como atontada, no quiso entender razones, no hubo caso. Es que hay que reconocer que él tenía una clase envidiable, tenía una planta que te sacaba el sueño y unos ademanes, un trato que Señor mío... La visitó dos o tres veces aquí en su casa, venía desde Cordillerita expresamente para verla y al otro día se mandaba mudar a primera hora, imagínate un poco: ¡desde Cordillerita para verla...! Rodeaba todos sus actos con un hálito como de pompa o misterio, o aventura, no sé cómo decirlo, y lo notable es que eran cosas totalmente espontáneas, y Adelita, que era una chica tan de sus padres, de su casa, quedó con los ojos abiertos como platos...

Se queda un ratito en silencio, recordando.

-Fijate un poco que una de las veces vino llegando y le entregó un estuche, Adelita no entendía qué pasaba y se sorprendió al encontrar adentro un medallón de oro más grande que un limón y bastante más pesado, uno de esos medallones que se hacían antes, cuando todavía se los podía tener. Yo soy hombre solo, le dijo, este medallón era de mamá y yo siempre dije que se lo entregaría a la mujer elegida de mi corazón (cuando eso Adelita ya estaba totalmente derretida), yo sé que vos aún no estás segura de tus sentimientos hacia mí, pero quiero que quede en tus manos, yo voy a luchar por tu amor... fijate un poco, parece de novelas... y lógico, Adelita se encandiló.

-Qué pillo, ¿verdad? cómo la supo ganar.

-Quedó como encantada y, desde luego, al principio fue una pareja feliz. Después de casados pasaron unos días aquí y luego fueron a Cordillerita, vivieron unos días de descubrimiento y alegría continuada: Adelita se llenaba la boca contando maravillas, todos creíamos habernos equivocado y don Casimiro sonreía feliz, también él, más de una vez reconoció, por lo visto se había equivocado... Pero pasaron los primeros tiempos, Clarita, y el matrimonio no es ninguna fiesta continua, todos lo saben. Al pasar los primeros días de fantasía se empieza a tener que convivir con otra persona, y eso no es fácil si no se está preparado. Adelita comenzó a extrañar todo lo que tenía acostumbrado, qué se yo, los amigos, el ambiente, todas las cosas que siempre hizo, y Quiñónez también se encaprichó, y las cosas empeoraron, al poco tiempo la vida juntos fue imposible y se fue cada cual por su lado. Adelita no pudo soportar el empecinamiento de su marido.

-Por eso te digo que para mí todas estas historias son cosa nueva... Por lo visto nunca supe mucho de ellos, bueno, en general nunca me ocupó mucho de las intimidades de la gente... Yo siempre tuve entendido que él la respetó en todo momento, que nunca le hizo faltar nada, pero que tampoco nunca le dio nada que valiera la pena... no sé si me explico.

-No sé, Clarita - Simeona suspiró profundamente, hubiera preferido no tener que recordar todas esas cosas, se sintió repentinamente cansada y triste - no sé a esta altura de la vida qué es cuidar, o respetar, o hacer faltar algo... Yo te aclaro una cosa, yo creo que Quiñónez hizo todo lo que pensaba que tenía que hacer, ni más ni menos, creo que dio todo lo que prometió que daría, ¿me explico? Que haya estado bien o mal lo que hizo es otra cosa, yo creo que intrínsecamente él nunca mintió, él dio lo que consideraba que tenía que dar... Él vivió su vida, ¿sabés? No creo que nunca le haya prometido otra cosa. Pero también creo que sí le hizo faltar lo que era más importante para ella: su compañía. Adelita sufrió mucho de soledad. Y creo que con el tiempo, enferma de soledad, hasta se fue haciendo mala. ¡cómo la cambió la vida...!

-Simeona, por favor...

Simeona sintió que las lágrimas caían de sus ojos pero no le importó, ya casi era de noche y en el patio grande había silencio, los sonidos de la calle, un silbido, un grito, llegaban asordados y lejanos, sintió un nudo en la garganta y quiso llorar y aliviarse.

-Sabe Dios que no quiero decirlo, Clarita, no quiero decirlo, pero es así, pobre Adelita, mi dios, pobre Adelita...

Tarea de Religión Explicada

Tema: Comentario de la Película de la Vida, Pasión y Muerte de N. S. Jesucristo.

Alumno: Fermín Pereira

Curso: 4º (Bachillerato Humanístico)

A mí no me impresionó tanto la escena de la crucifixión de Jesús porque al final de cuentas él era Dios y sabía muy bien que después iba a resucitar, o sea que con un poco más o un poco menos de dolor lo mismo él ya tenía asegurado lo que iba a venir. Lo que me impresionó fue cuando lo iban a acostar al ladrón para crucificarlo porque él sí que se desesperaba y se retorció y trataba de escapar. Ahora estoy vivo y dentro de un rato no existiré más, se acabó todo, eso habrá pensado; se acabó. No le habrá dado tanto miedo el dolor que iba a sentir porque al robar él sabía que siendo judío los romanos si le pescaban le iban a crucificar, sino que lo que le habrá espantado era darse cuenta de cómo de repente alguien, cualquiera, podía atarlo, inmovilizarlo hasta acabar, así, completamente, hasta morir. Por qué pueden hacerlo, se habrá preguntado, y eso se notaba muy bien en el retorcimiento espasmódico de su cuerpo, en los estirones violentos de sus brazos tratando de liberarse, en las patadas que intentaba dar lastimando sus pies descalzos contra las piedras al lado del palo de su cruz.

También me impresionó mucho cuando estaba Jesús ante Pilatos y Pilatos no sabía muy bien qué hacer con él y trataba de darle vueltas y vueltas al asunto hasta que, de repente, por las respuestas de Jesús fue entreviendo que muchas de las cosas que él consideraba como importantes, no lo eran tanto. Tenía delante suyo a Jesús, que con un poco de viveza se hubiera podido librar de una acusación tan tonta, a Jesús que tenía al representante del más grande poder del mundo, él, que le podía brindar lo que quisiera, al alcance de la mano y no le daba importancia, Jesús que había demostrado, le habían contado, que tenía poder de hacer milagros con vino, con ciegos y otras cosas y sin embargo, sabiendo el riesgo que corría no movía un dedo para defenderse, al contrario, ni siquiera parecía interesarse y respondía con vaguedades que él no podía comprender. Entonces reventó, y esto es lo que más me impresionó, reventó y en medio de una gran desesperación le preguntó a Jesús: ¿Qué es la verdad? No sé si la película habrá estado cortada o qué, pero Jesús no le contestó nada y siguió otra escena. Pero la pregunta sin respuesta me quedó grabada: ¿Qué es la verdad? Y después de unos instantes Pilatos se levó las manos, estuvo muy bien esa escena, quiere decir que llegó a la conclusión de que para él esa era su verdad, así como para Jesús su verdad era dejarse matar o para los judíos su verdad era crucificarlo. La película dejaba entrever que lo que uno tiene que hacer en la vida es encontrar su verdad y vivir conforme a eso, a nadie tiene que importarle lo que pasa o no pasa, sino que tiene que vivir su verdad: el mundo no se va a parar porque uno le dice que pare, es lógico.

-Ay, doña Candelaria, pobrecita, cómo te siento, doña Candelaria, qué dolor me da no haber podido decirte adiós, no haber estado contigo para decirte adiós... yo te soñé luego una vez mientras estaba en el Ingenio con Emiliano, y veía las flores y el cajón y a vos no te veía, pero sabía que eras vos la que estaba adentro y es así cuando se cumplen los sueños de muertos, lo mismo que cuando soñás que se te cae un diente, enseguida nomás se te muere un ser querido, eso significa muerte, porque cuando ves al muerto es porque es suerte para él, largos años de vida, pero yo no te vi en mi sueño, doña Candelaria, y sabía que estabas en el cajón, y le prendí muchas velas a Santa Elena que es la Patrona de los Sueños para que apartara el mal sueño, Santa Elena, Santa Elena, Santa Depositaria de los Clavos del Señor, uno diste a tu hijo Constantino para aquella batalla que ganó, otro diste a la mar brava y los vientos se calmaron, ya ni siquiera me acuerdo bien de la Oración que era tan linda y tan milagrosa pero no hubo caso, lo mismo te moriste, por qué te fuiste, doña Candelaria, por qué no dejaste que yo te diga adiós, desde esa vez que tuve el sueño malo siempre tuve miedo, porque sabía bien que te tenías que morir...

Mientras tanto el calor se hacía más fuerte y el silencio del campo solitario más pesado, y recién mucho después se levantó y limpió sus rodillas de tierra y como no tenía flores ni cómo conseguirlas, cortó unos cuantos yuyos altos y bien verdes y los distribuyó sobre la abultada tierra reseca y caliente bajo el sol vertical del mediodía, sólo se escuchaba el zumbido apagado de las moscas verdes y el calor era cada vez más intenso, mucho más que una hora antes cuando salió corriendo del Almacén de don Mareco hacia el cementerio, cuando sus ojos se borrarían de lágrimas al enterarse de todo.

Él ya no está, le había dicho, y ella tampoco.

Y Marina no hubiera vuelto por el Almacén de no haber sido que dejó sus bolsos en el suelo, al lado de la puerta, al entrar. Cuando al llegar recién al pueblo en el Almacén lo vio a don Mareco parado detrás del mostrador, detenido en el tiempo, indiferente, ni odio ni burla, la mente se le inundó de recuerdos, de todas las cosas que tuvo que pasar y sintió odio por él pero más tarde, de vuelta del cementerio y al ver por sus ojos enrojecidos que había llorado, vio en él solamente un viejo solitario, cargado de dolor y soledad.

-¿Qué es lo que querías de él, Marina?

Cerró los ojos y no dijo nada, sentía en todo su cuerpo cómo por los poros se iba humedeciendo su piel y el calor la envolvía como un vaho y había una mosquita chiquitita dando vueltas frente a su nariz, ¿acaso querría don Mareco comprender todo lo que él significaba para ella?, cómo a través de todo ese tiempo de sombras y miserias y alegrías y aventuras en el fondo de sus ojos guardó siempre el temblor de su mirada, el pujarse instantáneo y casi imperceptible del brillo de sus ojos cuando ella lo sorprendía mirándola y tantas otras cosas? Pero ni su odio ni su resentimiento fueron tan fuertes como para poderle mentir. Y por otro lado ¿qué más daba?

-Estar cerca. - le dijo, sólo eso, ¿para qué más?, ¿había acaso algo más importante que compartir la vida, aunque más no fuera el aire, el paisaje, el mismo viento, la misma sombra?

Don Mareco una vez más volvió a sentir aquella incertidumbre que antes había conocido, algo así como quedarse en el aire ante la propia indiferencia, casi voluntaria, casi involuntaria, pero que de repente le causaba extrañeza, cuando creía entender que lo que se trataba era importante y él no lo tomaba así, porque no se permitía esa aceptación. Casi sintió miedo, el mismo miedo que sentía siempre, después, cuando recordaba, y el desconcierto lo intimidaba: nunca supo ni quiso adivinar qué es lo que había pensado Candé la primera noche que la llamó a su catre y no es que no le haya importado sino que nunca quiso reconocerlo. Porque haya sido como haya sido fue distinto después, claro que sí, cuando al levantar el mosquitero y tenderse a su lado bajo la bóveda inmensa del ciclo sin luna traía con ella como una ofrenda el leve olor a tierra mojada, pasto y humo, o en las sombras frías del invierno su respiración pausada y su silencio, o en los amaneceres de febrero... era diferente, claro que era diferente, claro que sí, ya no era la perra que lamía la mano del amo que la castigaba. Era la entrega, eso, y recién ahora aceptaba darse cuenta de cuánto él también había entregado de sí disfrazado de odio, de amargura, cuánto.

-No puedo comprender lo que me pasa, nunca me había pasado esto, parece que las cosas me estiran de aquí para allá... yo mismo no me entiendo.

Es muy largo ya, don Mareco. No sé cómo hace usted para mantener tanto tiempo ese fuego encendido... Esas cosas que usted dice ya pasaron, ya son otras las cosas que ahora se creen y se defienden, ya son otros los tiempos.

-¿No es acaso eso una traición? Una más, y siga. ¿Usted sabe que nunca me preocupé por sus ideas?, pero qué me voy a preocupar yo jamás por sus ideas... Él fue mi amigo, siempre, eso fue siempre lo único importante.

O sea que ni siquiera usted, que lo siguió hasta después de muerto, ni siquiera usted, que lástima, y no me diga que no me entiende, ya sé que no me entiende y no me importa, tampoco lo entendió a él como nadie lo entendió, qué desgraciada estupidez... para esa higuera no hubo milagros, ni espera posible, ni mucho menos frutos, qué desgraciada estupidez... Pero, de qué sirve ese empeñamiento... No hay reparación en el remordimiento estéril. Perdóneme, don Mareco, no quiero contradecirlo, y mucho menos ahora, pero cuénteselo a Marina, es bueno que sea usted quien se lo cuenta, de todos modos nadie va a ganar nada manteniéndolo en secreto, pronto se va a enterar y además que es tonto hacerlo.

-Cuando se entere que sea por boca de otros y no por mi boca. Sea como sea él era su hijo y no voy a darle ese gusto a ella, el gusto de saber lo mal que terminó... no sé si está bien, carajo, no sé si está bien...

Dudas, don Mareco.

-Es que ella me parece sincera, me parece tan sincera cuando la veo así apenada y dolorida... pero yo sé muy bien lo que es: ella es de esa misma raza maldita.

Usted todavía piensa que esa realidad es nuestra realidad, don Mareco, pero ahora todas las cosas son diferentes.

-Y usted me dice eso, justamente usted... jamás hubiera pensado que usted iba a decirme eso. Pero sí, a lo mejor nomás es como usted dice, ya no hace falta nada más ni a nadie le importa nada, ya a nadie le importa eso, a usted no le importa, ¿verdad?, entonces, ¿a quién le va a importar? A lo mejor soy yo el que está equivocado, vamos a decir, ¿qué otra cosa? Así muchos quedarían más tranquilos, por fin todo estaría acabado, todos los muertos estarían enterrados.

-Ay, doña Candelaria, doña Candelaria, cuánto habrás sufrido, doña Candelaria, cómo quiero poder entrar y acostarme al lado tuyo y no salir nunca más, cómo nos pudo pasar esto, mamá.

Era ya casi de noche cuando salió por segunda vez del cementerio sin animarse a visitar la otra tumba, la de él, no podía sacarse de la cabeza la idea de que estaría vacía, no podía ser, no podía ser, y hacia el oeste se inflaban unas montañas inmensas de nubes ribeteadas de sol y el calor era agobiante, iba a llover, poniente no miente, y lo vio sentado en la cabina de la camioneta destartalada, abierto el pecho de la camisa, la frente sudorosa y un cigarrillo entre sus dedos finos y encallecidos. Al verla salir puso el motor en marcha y ella caminando despacio se acercó.

-Es una locura lo que va a hacer... ¿ir a buscarla?, yo a usted no puedo entenderlo... pero qué es lo que le pasa.

Después que él se mató a ella se la acabó toda posibilidad de estar con alguien, está demasiado sola, don Mareco, y por otro lado necesito una mujer que me haga compañía, la casa es demasiado grande y hasta Agustín se va, vuelve a la Capital, quedó muy triste después de la muerte de mi hermano.

Pero por qué justamente tiene que ser ella, por que tener que hacer todas las cosas así... Cada vez que más pienso me doy cuenta de que más se va pareciendo a su papá, usted. Él también hubiera podido vivir tranquilo de haberlo querido, yo amo la paz don Mareco, solía decirme, pero no, yo creo que no era así, me parece, yo creo que lo que quería era la pelea que tenía que hacer para conseguir la paz, no sé qué hubiera hecho si todo estaba arreglado y no hacía falta luchar, y lo mismo usted, ¿qué necesidad tiene de complicar su vida con esa mujer precisamente?

¿Y por qué no?

-Me parece que usted quiere volver a empezar... ¿No recuerda acaso quién es ella?

No sé cómo decirle, don Mareco, para que me comprenda... ¿es que acaso podrá comprenderme? Pero yo entiendo las cosas de otra manera. Yo voy a tener siempre conmigo el facón con mango de plata que usted guardó y me entregó con tanto respeto, yo también lo voy a cuidar con cariño, no sabe usted lo importante que siempre va a ser para mí, por todo lo que significa... Va a estar siempre cerca de mí como testimonio de algo muy querido, así como siempre va a estar presente el recuerdo de papá ese árbol solitario y estéril, pobre hombre enfermo de libertad a quien conocí tan tarde (qué solo se habrá sentido, viejo tronco fuerte, incomprendido, rabiosamente feliz y atormentado, solo), y ni siquiera voy a necesitar proclamar su recuerdo ni embanderar su memoria alardeando de su recuerdo porque va a estar en mí y es suficiente, así como va a estar en usted y seguramente en tantos otros, aunque realmente no esté en ninguno tal como nunca estuvo, tal como nunca nadie comprendió su feroz independencia. Pero no se empecine en su equivocación, don Mareco, no es justo para ninguno de nosotros: el tiempo pasó y la vida cambió. Todos cambiamos. Yo no quiero volver a comenzar nada de nada, no quiero sombras que se remuevan y agiganten, ni fantasmas... Tenemos que darnos cuenta de la realidad y aceptarla: usted lo dijo muy bien, don Mareco: todos los muertos por fin estarán enterrados. Y nosotros descansaremos en paz.

Fermín no pudo resistir la rutina de los hechos cotidianos y necesitó hacer algo diferente, alejarse de todo, sentirse solo, y pensar.

Don Mareco, hacía ya tiempo, una noche cerró su almacén y no lo volvió a abrir; desde entonces quedó como enclaustrado, le pareció que incluso como temeroso de todo, quizá avergonzado o indiferente y él nunca tuvo noticias de que alguien lo hubiera visto alguna vez fuera de los límites del alambrado que bordeaba su casa.

Una vez al pasar por en frente yendo a la farmacia lo vio: estático y silencioso, aburrido, en paz o resignado, sentado en su patio bajo la enredadera, Rey acostado a sus pies, su mirada perdida navegando en un mar de imágenes desdibujadas (¿recuerdos?). Con gusto se hubiera detenido un momento a conversar con él, a hablar y escuchar las palabras que sabía muy le traerían desazón y tristeza pero que lo acercaría aunque más no fuera por un instante a esa realidad presentida que era su vida, pero no se animó.

Y ahora quería sentirse solo. Y pensar.

La noche anterior, casi sin darse cuenta, sin que ocurriera nada especial, de repente había sentido que le entregaba a Marina su amor, (¡qué vacío y sin sentido parecía ese sentimiento al recordarlo, pero cuánta verdad encerró en su momento!), que le entregaba su amor en una entrega total que nunca había esperado. Fue un momento mágico, sólo un instante, no sabía exactamente cuándo, en que sintió que toda su vida era para compartirla con ella, nunca lo habría imaginado. No sabía cómo definirlo para que no pareciera zozco, pero se dio cuenta, en un momento atemporal de su mente que todos sus planes, todos sus propósitos, todos sus deseos la incluían, y esto debía ser amor.

Llegado que hubo al tamarindo desmontó y dejó al caballo pastar libremente después de despojarlo de la silla y los arreos, se tendió sobre el pasto y disfrutó con el sol que jugueteaba con sus medallones de luz filtrados a través de las hojas sobre su camisa marrón. Aquí habían nadado juntos sus hermanos, ¡Dios mío!, sus hermanos. Cuántas vueltas puede dar la vida, se dijo, cuántas mentiras y maldades puede juntar encimándolas en montón desordenado, cuántas falsedades, cuánto sufrimiento innecesario.

Sí. Marina también lo había amado, lo sintió... Mentira, se dijo, no lo había sentido. Realmente no esperaba darse cuenta de eso jamás, no guardaba la más mínima esperanza.

Marina no podía olvidar. Muchas veces al despertarse de repente en la noche la sorprendía llorando y, aunque ella fingía dormir, la luna ponía en su mejilla reflejos de las lágrimas aplastadas con prisa y susto.

Y entonces él también había comenzado a darse cuenta de lo difícil que era olvidar, sobre todo sabiendo que esas hilachas de recuerdos eran los únicos sostenes que tenía de su realidad, y en eso radicaba su encrucijada, porque una cosa era olvidar, con lo cual quedaba desligado de toda sujeción con las bases que hacían posible su realidad y la explicaban y otra, tan difícil, era convivir con los recuerdos y perdonar.

Pensó que sería tan hermoso poder volver a simplificarlo todo con su ingenuidad de niño encasillándolo bajo etiquetas precisas: esto es negro, esto es blanco, esto es gris... Pero el tiempo pasa y son demasiadas las cosas que quedan por el camino, se dijo, y aún más las que nos acompañan, nos desforman, nos modifican...

Quiso volver atrás por un instante, volver a ser nuevamente despreocupado y feliz, limpiarse, ansió encontrar el valor de un símbolo, ansió despojarse de sus taras para vivir, en paz, su verdad.

Y se levantó y lentamente se desnudó.

Caminó hasta el agua, el sol bañaba toda su piel y sintió el viento pasar entre sus piernas, rozar sus nalgas, rodearlo, y como en un rito, suavemente, se sumergió en el agua. El golpe fresco aceleró en un impulso el movimiento de su sangre y permaneció un momento sumergido tratando de separar sus pies del fondo lodoso, sostenido en el suave medio acuoso, indefinido, libre de todo límite y atadura, gozando al sentir el contacto del agua con cada parte de su cuerpo, madre agua, agua origen, y por un segundo sintió que el mundo exterior al salir no existiría.

El mundo no tiene por qué girar sobre uno mismo, recordó una vez más, pero no puede dejar de tener alguna importancia la propia experiencia, lo bueno o malo que a uno le hubiera sucedido, lo positivo o negativo que uno hubiera obrado. No estamos solos, ¿verdad? Entonces, veámoslo. En algún lugar en algún tiempo debe haber una resonancia, un latido, un impulso originado, se dijo, una respuesta, eso, un hacernos recordar que no estamos solos.

Por un momento llegó a esperar que al sacar la cabeza vería el sol estallar y las sombras levantarse como inmensas cortinas esféricas desde el horizonte hasta cerrarse en una apoteosis triunfal y silenciosa allá arriba, en el medio mismo del firmamento. O que el sol, hecho una bola roja, se precipitaría hacia la tierra regando su recorrido de partículas brillantes que en medio de un bailoteo enloquecido irían desapareciendo y que pensaría: ¿cuánto tardará en alcanzarnos?, o: cuando nos alcance, ¿vivirán todavía las plantas y los animales? O, quizás, que el pasto y los árboles y las enredaderas habían sido consumidos por langostas hasta sus raíces... o algo, cualquier cosa, diferente y nueva.

Cuando sus pulmones no resistieron más sacó la cabeza y vio cómo, hacia la costa, los camalotes se mecían en las ondas que él había producido al sumergirse, cómo su caballo pastaba tranquilo la hierba fresca de canutos gordos y jugosos, cómo el sol hacía brillar las crestas que dejaron sus pisadas en el barro de la orilla, cómo la vida no se había detenido, y es claro que tiene que ser así, se dijo.

Aunque trato de hacer como los otros, o sea, dejarme llevar para ver si las vueltas y vueltas de las cosas responden mis interrogantes, cada vez ese «mundo» complejo me resulta más inentendible. Tiene que haber una explicación, me digo.

Pero con papá no puedo sacar nada en claro: tocamos ese tema y se queda taciturno y huraño, alejado. Con Fermín... ¿qué puedo conseguir con Fermín?

Hasta ahora, lo que tengo en claro es lo siguiente:

1. Agustín se fue a la ciudad; no pudo resistir, dijo, tanta presencia de su amigo, el suicida, en todas las cosas que le rodeaban.

2. Marina nunca parió.

1.1. Agustín al irse no quiso su parte de la estancia. Tenía algo de dinero y no necesitaba su parte. Lo poco o mucho que le enviara su hermano iba a ser como una renta.

3. Fermín se hizo un viejo solitario y argel.

1.2. A Agustín le convenía este arreglo porque sabía que bajo ninguna circunstancia su hermano lo iba a joder. Y era una platita que le venía de arriba.

2.1. Su vientre se secó, todos lo dijeron. No. Mareco lo dijo. Mareco dijo: con ella terminó esa mala sangre (Esto me llama la atención)

4. Mareco siguió sin salir de su casa (consumiéndose, dijo una vez Fermín).

3.1. Chupaba mucho, sin llegar a ser borracho. O sea, como tenía mucha plata, muchos bienes, nadie le decía borracho. Pero claro que se emborrachaba.

3.2. Hubiera podido tener compañía porque hacía algunas cosas buenas. Pero hería siempre a los que le rodeaban.

2.2. En realidad, siempre pareció una sombra: callada, taciturna, obediente.

4.1. Más de una vez trató de hablar con Fermín. Necesitaba hacerlo. Necesitaba contarle que, dijo, con el tiempo, llegó a darse cuenta de muchas cosas.

1.1.1. Ese dinero le permitió ubicarse en la ciudad, conseguir un empleo (bastante discreto, es cierto, pero con un sueldo básico que sumado a la renta de la estancia alcanzaba) casarse, tenerme, etcétera.

3.3. Con pocos gastos y buena administración la estancia creció y Fermín necesitó comprar el campo de los Gaona. No necesitó, claro: lo quiso.

5. Adelita (¿quién se acuerda de Adelita?) aún después de muerta siguió peleando con Quiñónez: en el libro del Licenciado Talavera.

3.4. Los Martínez lo odiaron. Sobre todo Pantaleón.

5.1. «15 años de sangre y fuego», se llamó. Mal título, pero se vendieron muchos ejemplares (eran chismes relativamente nuevos).

1.1.2. Agustín se enorgulleció de su hijo ingeniero (Yo)

5.2. Mareco quedó muy mal parado. Talavera lo describió como un personaje oscuro, interesado, fanático, tonto.

5.2.1. Fue el único, de los vivos, que no fue consultado para nada por Talavera.

5.3. Pereira, sin embargo, fue un mártir de la época odiosa del caudillismo descontrolado (¿se dirá así?)

4.2. Mareco intentó hacerle saber a Marina que quería dejarle la casa (el Almacén) fingiendo una venta.

4.2.1. Ella nunca aceptó.

4.2.2. La casa, por fin, les quedó a unos sobrinos de Mareco que vivían al sur de Capellanía.

5.4. La figura de Pereira no fue, realmente, analizada. Quizás por Fermín, por su influencia, etcétera. De Agustín no se acordaron. O sí, cierto, lo nombraron, pobre papá.

5.5. Adelita, en «15 años...» fue la mártir de Quiñónez. El Licenciado Talavera es sobrino segundo de doña Simeona. Este país de muy chico: todos tenemos algo que ver con todos.

3.5. El hijo de Agustín (yo, ojo. Tengo que encontrar la forma adecuada para referirme a mí, a papá, etc.) viajó a la estancia para hacer una mensura.

3.5.1. Los trabajos le resultaron económicamente satisfactorios, y pudo desarrollar con Fermín una relación amistosa... No sé si borrar o no. No sé cómo definir mejor este asunto. Hombre complejo, Fermín.

Era exactamente lo mismo hacerlo hoy, lo sabía, que dejarlo para mañana, para el día siguiente o incluso después, pero la gente no debía ni siquiera imaginarlo, la gente debía pensar que la estirada del alambre era imprescindible, que miles de problemas podían venir por no haberse estirado los alambres a tiempo, la gente debía sentirse siempre emplazada, controlada, seguida muy de cerca, pensaba, y no sabía muy bien por qué.

Por eso cuando desmontó junto al galpón donde los peones estaban reunidos, algunos de ellos cortando la carne en tiritas finas que iban colgando del tiento que atravesaba el lugar cubierto, y los otros mirando y comentando sin hacer nada en ese momento, aunque notó por sus brazos y ropas manchados de sangre y basura que habían estado hasta hacía un momento despellejando y carneando el animal dijo: la gran puta, parece que hoy es fiesta aquí.

-Estamos haciendo la sesina, don Fermín - el capataz se sintió algo corrido, Marciano no podía acostumbrarse al tono autoritario y burlón y, pensaba, siempre algo así como enojado de su patrón, y eso que llevaba en la estancia bastante tiempo, desde poco después de la muerte de Dionisia, cuando su hija se fue a la Capital para volver el año siguiente en Semana Santa pero nunca volvió, alguien le contó después que había cruzado el río siguiendo a un fulano, pero eso no lo sabía con certeza.

Eso ya lo puedo ver, carajo, quiso decir Fermín pero no lo dijo, la gente era conveniente que quedara siempre como en el aire, no sabiendo muy bien lo que pensaba él, si había entendido lo que le dijeron o si lo creía o no.

-Meza, a esa amachorrada que está en el Potrero Uno tenés que mantenerla siempre apartada, lo único que falta es que siga sacándole al pedo la leche al toro... y ni siquiera es la muy puta la que se rompe la pata sino ésta, que hubiera podido parir este año.

Marciano se quedó callado y ceñudo pero en realidad no le molestó mucho que no le hiciera caso, ni siquiera que no se dirigiera a él para disponer algo haciéndolo directamente al personal pero no tenía importancia, al final siempre hacía después lo que creía más conveniente, pero eso don Fermín no tenía que saberlo.

No tenía que saberlo... Y no lo sabía. O sí. Nadie podía decirlo con certeza. Don Fermín vivía de acuerdo a la idea que tenía de su vida.

-Yo a mi gente la tengo muy corta, ingeniero, no me gusta la joda. Yo no los jodo, pero ellos a mí tampoco van a poder joderme, jamás.

-Usted por lo menos tiene que luchar con personales estables, los puede formar a su gusto y se quedan mucho tiempo... Yo tengo que luchar con gente que va y viene, no puede imaginarse los problemas que se me presentan.

-Son sus problemas, ¿sí?

A Marcos no le gustó el tono cargado de ironía y: es un pesado de mierda este viejo, pensó, y si no fuera porque siempre tiene un buen trago y una mesa de primera preparada estaría aún más solo.

Y no es que a Fermín le haya divertido darse cuenta por su silencio reprimido que lo había vencido una vez más y que prefería un educado callarse a enfrentarse y hacer imposible la continuación de esa casi amistad, no, sobre todo porque tampoco sabía muy bien por qué tenía que estar siempre ganando a la gente y en realidad ahuyentándola de su lado, casi ya ni Marina quería estar cerca suyo, claro que por eso y por muchas otras cosas, seguramente, con Marina nunca se sabía.

-Cada cual corcovea en su potrero, no hay vuelta que darle, ingeniero; esa es mi manera de pensar y la vida siempre estuvo de acuerdo conmigo... ¿Quiere un poco más de vino?

-Sí, pero sin soda; dicen que el buen vino se debe tomar sin soda.

-Claro. Pero yo llegué a una edad en que no me importa lo que me dicen; lo único que me preocupa ahora es hacer lo que me da la gana.

La noche era silenciosa y afuera no se percibía nada más allá del cono de luz que escapaba por la puerta entreabierta, cómo querría irme, pensó Marcos, cómo querría estar a

cientos de kilómetros de aquí, cómo querría no tener que soportar más a este viejo solitario mientras allá lejos, después de un mar indeterminadamente ancho de oscuridad inundando el patio, en la pieza que le habían asignado en la estancia, comenzó a brillar la luz del farol que Marina encendió. No quiero llegar jamás a ser como él, pensó, aunque también le envidiaba un poco, teniendo toda esa inmensa libertad y los medios para disfrutarla y entonces por qué, recapacitó después acostado en su cama, las sábanas recién puestas, todas las noches se las cambiaban, por qué ese resentimiento, ese deseo constante de picanear, ese gusto por ir hiriendo y molestando a los que están cerca suyo, menos mal que la mensura terminaría pronto y el trabajo de las máquinas, después, no exigiría su presencia durante tantos días como ahora.

-Ya casi terminamos hoy, don Fermín, pero tuve que dejar para mañana porque se me hacía tarde; tuve que bordear con la limpieza toda la isleta que hay hacia paso Chingó, al oeste - era tarde, casi de noche, don Fermín estaba sentado en la galería y Marcos se acercaba después de haber desmontado mientras más atrás los cuatro hombres que venían con él desmontaban y trajinaban con los implementos de topografía hubiera sido mucho más sencillo si me dejaban pasar por el otro lado para cerrar mi triangulación.

Don Fermín lo invitó a sentarse y comentó: parece que está queriendo llover, ¿no le parece?, y conversaron un rato.

Delmira trajo un vaso de limonada fresca que había servido de la jarra de vidrio grueso en la salita que separaba en dos las dependencias de la casa y Marcos no pudo dejar de turbarse, no sabía qué le atraía más: si sus ojos negros, que no es que fueran hermosos, pero sí intensos y llenos de vida o sus pechos, desbordantes, pensaba, sí, esa es la palabra que los define, no son ni siquiera demasiado grandes, o la carne fuerte de sus caderas o sus pantorrillas tersas, redondeadas, que hacían adivinar unos muslos firmes, suaves y aterciopelados. Gracias, dijo con voz contra su gusto insegura sin saber dónde mirar y turbándose aún más al ver los ojos divertidos del viejo.

-¿Qué es eso de que no lo dejaron pasar, ingeniero?

-Estaban dos de los hijos de don Leoncio Martínez y les pedí permiso para jalonar desde su lado la divisoria, porque ellos tienen limpio allí, tienen plantación, iba a ser nada más...

-¿Quiénes?

-¿Perdón?

-Quiénes de sus hijos.

-No sé, yo nos ubico muy bien por sus nombres... Uno era Pantaleón, creo, el mayor; el otro era ese más bajito, ese que encontramos aquella vez en el pueblo, cuando fuimos a buscar la encomienda que me enviaron de la oficina del centro, ¿lo recuerda?

-¿Y qué le dijeron de por qué no lo dejaban pasar?

-No sé... tonterías. En realidad dijeron que era porque no querían que les destruyéramos la plantación de sorgo... Imagínese: tienen más de veinticinco hectáreas de sorgo ahí y dicen que temían que nosotros les hiciéramos destrozos con cuatro o cinco jalones locos que íbamos a clavar.

Fermín se levantó y fue hasta la salita del fondo, Marcos lo escuchó abrir la fiambarrera y el ruido de vidrios y entonces se levantó y arrimó la mesita a sus dos sillas, comenzaba nuevamente lo acostumbrado: ¿quiere vino, ingeniero?, quiero, y después hablar hasta la hora de la cena, después hablar nuevamente un rato en el corredor y después retirarse cada cual a su pieza a dormir, él se bañaría antes, ya ayer no se había bañado.

-Entonces por la plantación de sorgo... - Fermín se sentó, descorchó la botella y sirvió dos vasos - Eso no se hace entre vecinos. Salud, ingeniero.

-Salud. Ya hice comenzar la limpieza de nuestro lado...

-No se preocupe. Yo voy a visitar mañana a mi vecino y voy a saber qué es lo del sorgo que no quiere que le destruyamos.

Estuve releendo los apuntes que comencé el otro día.

Observación: Alguna vez tendré que pasar en limpio todo ordenándolo para que la lectura resulte más cómoda.

1.3. Papá (Agustín) nunca le perdonó a Fermín que quisiera entregarle su parte de la estancia.

Putá, ¡qué malos tragos se soportan con los recuerdos...!

Después de la muerte de Quiñónez, el hijo, Agustín decidió bajar a la capital por tantos detalles que no había tomado en cuenta en su momento pero que la decisión de su amigo de matarse hizo que resaltaran y un olvido ayer, un desplante, una burla más antes o después, esa suma de pequeñas cosas, se agrandó en su espíritu cargándolo con un peso de remordimiento y tristeza, él era, por lo visto, se dijo uno de los que no había sabido dar al amigo el sostén que necesitó en su desolación.

Fermín lo dejó alejarse no sin antes decirle: de haberlo podido, yo también lo hubiera hecho, pero Agustín creyó que su hermano bromeaba, esto es lo que él quiere, trató de convencerse, que no me venga a mí con jodas.

-No tenemos que partir nada, Fermín, no toques el campo; yo no tengo apuro. Dame después mi parte, a medida que vayas vendiendo.

-Claro.

No le dijo gracias porque, pensó Fermín muchas veces después, en ningún momento creyó que lo hiciera por su bien sino por el suyo, por la comodidad de dejarle el fardo y la seguridad de contar con eso que él estaría cuidando, muy cómodo, sí señor, muy cómodo.

Por eso cuando años después pudo hacer el recuento general y tuvo ánimos para programar el reparto, aún cargando en la parte de su hermano el porcentaje que creyó justo para cubrir posibles errores en su apreciación, le planteó su retiro y a Agustín no le gustó, no hay ninguna necesidad de hacerlo, le dijo.

-Necesito saber dónde estoy sentado, qué es lo mío; sólo es eso.

-Pero si yo no interfiero en la estancia, yo ni siquiera te controlo jamás.

-Esa es la otra razón. Vos no me controlás porque sabés que no tenés necesidad de hacerlo; pero eso me cuesta trabajo.

Agustín jamás llegó a perdonarlo, él siempre le dio toda la libertad necesaria, nunca cuestionó nada ni nunca pensaba hacerlo, que le diera lo que quisiera y en el momento que creyera conveniente, él sólo quería que su hermano hiciera el trabajo por él... ¿era mucho pedir acaso?, tenía toda la posibilidad de cobrarse lo que le pareciera, ¿acaso no fue muy clara su posición al participarle que nunca fiscalizaría nada?, pero Fermín no pensaba así.

-Jamás voy a tocar lo que no es mío.

Claro, razonó Agustín, y supo que tenía razón, pero después, rumiando una y mil veces su desazón al sentirse solo se dijo: ¿y no tocó acaso algo ajeno al desordenarme innecesariamente la vida que me había planteado?, ¿cuánto más trabajo podía ocasionarle dejar que mis animales pastaran en su campo, y al vender tirarme los pesos que necesitaba pero que nunca se los pedí ni se los pediría nunca?

Pero en realidad, la venta de su parte no le vino mal: le permitió consolidar su posición en una vida tranquila y de cortas aspiraciones sin sobresaltos, sin preocupaciones, sin emoción. ¿Qué más podemos pedir?, preguntaba a Rosario, tenemos una linda casa, dimos carrera a nuestro hijo y no nos falta nada. Rosario pensaba que sí, que hubiera querido muchas otras cosas además de lo que podía darles la renta de las tres o cuatro casitas y la presencia de su marido todo el día en la casa, pero los largos años de matrimonio le habían enseñado que no valía la pena luchar porque para qué, todo seguiría desenvolviéndose con la misma, igual monotonía.

Pero es increíble cómo el tiempo es como un rasero y va limando asperezas. No siempre, claro. Y Agustín casi había olvidado su resentimiento y se sintió en paz con su hermano hasta que Marcos, con su recientemente obtenido Título de Ingeniero, fue a trabajar para él.

Al principio se sintió orgulloso de que su hijo, su Marcos, su ingeniero, fuera a trabajar con Fermín. Fermín el viejo, el solitario, el sin hijos. Fermín, el único dueño de todo lo que alguna vez fuera de los dos y que ya no era más de él. Ni de Marcos.

Agustín sintió avivarse nuevamente su resentimiento. Había sido feliz mientras se sentía rico, o sea, no ansiando más de lo que tenía. Pero todo fue diferente cuando su hijo tuvo que ir a ganarse la vida en lo que podía haber sido suyo.

Y además, lo supo por Marcos, Fermín le decía: ingeniero, ingeniero, con ese tonito en apariencia respetuoso hacia el título, pero burlón, habrase visto, a su sobrino llamarle ingeniero. Claro que Marcos no era ningún tonto; por ejemplo, le llamaba: don Fermín y no: tío, desde luego, ¿cómo podía ser de otra forma? Y además... sí, no era ningún tonto. Por suerte.

3.2.1. Su trabajo en el Sport Avance, por ejemplo, le valió para verse rodeado: que de la Comisión Directiva, que de la Comisión de Fútbol, etc. Su palabra era ley (pagaba). Y se aprovechaba, desde luego.

2.4. Siempre me interesó la personalidad de Marina. Tenía algo, sí, tenía algo. Me pregunto cómo a cierta gente le es posible hacer saber (entrever) cosas sin decir nada, sin comentar nada, etc.

2.5. El hecho de no haberle permitido a don Mareco, por ejemplo, el gesto de expiación es sintomático.

Observación: A lo que me refiero en 2.5. es al deseo de Mareco de legarle el Almacén: no es fácil en la vida enderezar un camino torcido, ingeniero, me dijo una vez don Fermín sin que yo entendiera a qué se refería, por ejemplo, ahora ella no le permite a Mareco su gesto de expiación. Atando cabos llego a la conclusión de que se refería al legado.

2.5.1. Me pregunté, en esa época, cuál podría ser la fuerza que la impulsaba a actuar como lo hacía. No podía comprenderlo. Ahora estoy entrevistando que hay algo más grande, más terrible (es conveniente que no me adelante)

Nota: (Escribo mucho después, al releerlo). Lo que llegó a hacer no tiene nombre.

3.2.2. Por ejemplo, se notó su absoluto desinterés por el bienestar de la gente en el caso de Praga.

3.2.3. Esto fue lo que después... ¡Cómo me cuesta entrar a tocar este tema! Pero es importante. Sí. Tiene mucha relación con todo lo demás (quién lo hubiera dicho, en un principio).

Se llamaba Praga Martínez porque nació el día en que el Calendario Bristol que Leoncio retiró de la Farmacia Caledonia, aquella vez que vino a cobrar sus animales en la Corporación de Carnes, marcaba Santo Niño de Praga y le pareció innecesario bautizarlo como Santo Niño, pero imposible dejar de llamarlo Praga.

La primera vez que tuvo que utilizar un inodoro estuvo bastante tiempo indeciso hasta que a duras penas, temiendo resbalar y tenso, pudo acuclillarse sobre la losa para risa y divertimento de los demás que vieron sobresalir parte de su cabeza sobre los separadores de los baños en los vestuarios del Sport Primavera, pero de eso había pasado ya mucho tiempo, Praga era ahora una estrella y muy atrás quedaba eso en su memoria, así como las tardes de calor y alegría bañándose desnudo en el Cañadón bajo el puente que habían construido los de la Compañía alemana con Fernando, Estanislao y Nazario en las vacaciones y en algunas tardes de abril cuando preferían bañarse en vez de ir a dar clase, en ese clima de amistad y camaradería sin límites que da a los niños el hacer lo que no tienen que hacer.

-Vos te resbalás todo cuando caminás por ese piso que parece espejo en donde vive Praga - dijo Leoncio cuando una vez volvió después de visitarlo mientras se sentaba en su silla recostada contra el parante de la enredadera - hasta las paredes que brillan.

Praga se hubiera reído sin duda alguna de saber lo que su papá decía, así como no podía ocultar la desbordante satisfacción que sentía al notar el arrobamiento con que lo miraban cuando su gente de vez en cuando podían bajar a la capital a visitarlo. Los recibía y trataba con una condescendencia superior mirando casi despectivo sus gruesas ropas de algodón, mangas largas, la piel engrasada de sudor y olor a sol, él con pantaloncitos cortos y remera con propaganda, fresco, se diría recién salido del baño siempre, sus piernas largas y musculosas, fuente de su fortuna y su gloria, a la vista y sus pies, cubiertos a medias por vistosas zapatillas de cuero, de donde poco a poco iban desapareciendo los callos y las grosuras que se le habían formado en su niñez descalza.

-No podés quedarte ahora porque tiene que venir mi pendeja a visitarme - le dijo a Nazario cuando vino para la prueba en el club - hoy no tengo práctica y va a venir a hacerme masaje - se ríe y Nazario también aunque no entendió muy bien por qué.

Y después es muy probable que ni siquiera se haya enterado que Nazario, con su bolso de plástico recostado contra la pared a sus pies, permaneció en la vereda hasta bastante después de caída la noche al lado de la entrada del edificio de departamentos mirando el movimiento de la calle y sintiéndose cada vez más desprotegido, cada vez más embotado, cada vez más alejado de la realidad que lo rodeaba.

Y hubiera permanecido así quién sabe hasta qué hora de no haberle llamado la atención al Portero el verlo allí parado tantas horas sin ninguna razón aparente.

-Estoy esperándole nomás a Praga - le dijo Nazario.

-Pero si Praga está en su departamento.

-Ya sé, yo estuve con él, pero tuve que salir porque venía una chica dice que a hacerle su masaje.

El Portero se ríó y dijo: ese es mi gallo, carajo, y entonces Nazario también se rió, no sabía muy bien por qué, realmente no sabía qué hacer.

Después de hablar con Praga por el comunicador, el Portero lo acompañó hasta el ascensor y lo llevó hasta arriba y con la cabeza agachada sonreía mirando de reojo la cara entre asustada y nerviosa de Nazario que se sentía totalmente desubicado, no sabía si sujetarse o no, si recostarse, mirar el techo o algo, y todo lo iba probando con movimientos cada vez más indecisos, más nerviosos, más cómicos, pensaba el Portero, estos campesinos no saben cómo comportarse.

Praga los recibió en la puerta y él y el Portero rieron, todo el mundo ríe, pensó Nazario, y a él le dolían ya las mejillas de mantener fija la sonrisa que no tenía ninguna gana de mostrar.

Por eso cuando se encerró en el baño (tenés que asearte para cenar, le había dicho Praga, la limpieza es lo primero para la buena salud, bañate y cambiate de ropa), pudo ponerse tranquilamente serio pero comenzó a temer, por primera vez, por los resultados de su aventura.

Después las cosas se le complicaron porque no sabiendo dónde dejar sus zapatos los arrinconó cerca de la puerta y el agua de la ducha los mojó con las salpicaduras. El agua, por otro lado, salía demasiado caliente porque la mujer de la limpieza había dejado, por descuido, conectado el calefón de ducha (tenés que usar el baño de servicio, Nazario, le había dicho, disculpame pero a mí me gusta el orden y la higiene y no me gusta que extraños usen mi baño. ¡Extraño!, se dijo Nazario, mirá un poco cómo andamos), y no sabía cómo desconectarlo. El baño comenzó a llenarse de vapor y Nazario mojaba sus manos en el agua casi hirviendo para con ellas mojarse el cuerpo, Praga le dijo que se bañara y se estaba bañando.

Se enjabonaba concienzudamente tratando de tardar y alejar el momento de enjuagarse, si por lo menos encontrara la llave de la luz, pensaba, porque con el humo de la ducha la poca luz que se filtraba por la ventanita desde el pasillo perdía totalmente su efecto. Deseó estar en otra parte, no haber venido, en realidad, deseó desaparecer.

A tientas buscó la llave de la luz y la encontró al lado de la puerta. Sus zapatos estaban ya totalmente mojados y la piel le comenzaba a picar por el jabón de coco. Trató de sacarse

el jabón mojando sus manos en el agua caliente... no, no terminaría nunca. Para más, se había enjabonando también la cabeza.

Sintió sed, no había tomado agua desde su llegada a la Terminal esa siesta, y trató de juntarla en el cuenco de sus manos pero le quemó y la dejó escapar. Entonces se fijó en el lavatorio pero no valdría de nada, se dijo, saldría también caliente. Con temor abrió la canilla y notó que el agua salía fría, ¡salía fría...! Se agachó para beber y en el culo le cayó la lluvia de fuego, se incorporó violentamente y de su garganta escapó un gemido ahogado. Qué desgraciado soy, se dijo, qué inútil, pero se reconfortó pensando que le faltaba poco para terminar su tormento.

-No creas que allá las cosas son como vos creés que son, viejo - le había dicho Praga - yo te voy a llevar para que te prueben, si querés, pero si no estás acostumbrado a esa vida te va a ser muy difícil.

-Claro, ha de ser así; pero vos te acostumbraste bien, ¿no es cierto...? Yo he de poder también.

-Vamos a ver.

Le pareció, ahora lo recordaba bien, que Praga no había hablado en la forma que él esperaba que hablara su amigo pero no le dio importancia. Sin darse cuenta le había restado méritos y eso era algo que Praga no iba a permitir, por lo visto, bastante le había costado llegar a donde llegó para que otro quisiera acercársele.

-Te vamos a agradecer tanto si podés ubicarlo a Nazarito, Praga... Ay, a vos te van tan bien las cosas... eso es lo que queremos para nuestro hijo, pero vas a tener que guiarlo, él no entiende tanto de esas cosas. Pero juega bien, ¿no es cierto?, viste cómo don Fermín estaba tan contento cuando metió ese gol en la final...

-Allá las cosas son muy distintas, doña Lucinda, no es así nomás como se mete gol.

-Ya sé, luego; pero digo, nomás.

Y mientras, Nazario lo había mirado comer el pollo al horno que le habían servido, porque para los invitados importantes en esa fiesta del Sport Avance había pollo al horno, y Praga lo era, para los otros había una bandejita de cartón con dos cuadros de sopa, un pastel y un pedazo de carne asada bastante seca, porque se había asado el día anterior para que fuera posible el día de la fiesta asar los pollos de los invitados importantes.

Acercando su brazo por el costado evitando los chorritos hirvientes cerró la ducha y con un suspiro de alivio se enjuagó con el agua fría del lavatorio (ojalá no se le hubiera irritado entre las nalgas porque al otro día tendría que correr mucho en la cancha).

Después de un rato salió del baño acalorado y con la piel enrojecida, con la camisa a medio abotonar y los pantalones recogidos sobre los tobillos y pensaba cerrar rápidamente la puerta para que no se viera el humo de adentro (por la ventanita escapaba hacía rato pero

no lo había pensado), y por eso se sorprendió cuando lo vio a Praga sentado en una silla recostada contra la pared de enfrente mirándolo y sonriendo burlonamente.

-Parece que te herviste, Nazario...

-Un poco - intentó seguir la broma pero se calló. Se sentó para calzarse y Praga vio sus zapatos chorreando.

-No, dejá esos zapatos... ¿cómo te los vas a poner así mojados?; hubieras tenido que dejarlos afuera... Te voy a dar unos míos que ya no uso; vas a estar embarrando todo por ahí con esos zapatos mojados.

Y fue después de cenar, cuando Praga estaba estirado en un sofá viendo televisión y Nazario volvía de la piecita del fondo donde había tratado de estirar sus ropas arrugadas por haber estado apretadas en el bolso todo el día (mañana tendría que lucir presentable cuando Praga lo llevara al Club), que Praga como al descuido le pidió que fuera a comprarle cigarrillos en el puesto de la esquina.

-Es porque se me acabaron, viejo, y está por comenzar mi película.

Nazario sintió un cosquilleo detrás de la nuca (¡es miedo, carajo!) al imaginarse a sí mismo bajando solo en el ascensor, ¿cómo haría para volver a entrar si no estaba el Porterero?, ¿en cuál de las esquinas estaría el puesto de venta?

Lógicamente no se animó a usar el ascensor, ni siquiera se animó a apretar el botón de llamada (cuál debía ser, ¿el de la flecha para arriba o el de la flecha para abajo?), pero fue recién después, cuando había subido jadeando cuatro pisos, después de haber dejado trabado uno de sus zapatos, o sea de Praga, para evitar que se cerrara la puerta encristalada (la Portería, al bajar, estaba a oscuras), y recorrido la cuadra descalzo tratando de disimular el otro zapato detrás del antebrazo, intentando pasar desapercibido y restándole importancia a la mirada inquisitiva y burlona del puestero cuando el zapato se le cayó al querer recibir los cigarrillos, y todavía le faltaban tres pisos más para llegar al departamento de Praga, que en medio de un resuello dijo entre dientes:

-Pero parece que está medio boludo, éste.

3.2.2. Nazario después triunfó, pero terminó sin pena ni gloria. Praga también terminó sin gloria, pero con muchas penas (tengo que acostumbrarme a no usar frases hechas).

Observación: Debo tratar de no desviarme porque mis apuntes serían interminables. Pero, ¿cómo no recordar a Nazario, por ejemplo, para tratar de fijar más acercadamente la personalidad de Praga? Eso es harina de otro costal. Vuelta a las andadas.

3.5.2. Fermín y el ingeniero (yo) nunca llegaron a ser amigos.

3.5.3. ¿Por qué, entonces, ese constante mirar de Fermín desde arriba como cuidando sus pasos y orientando (sin demostrarlo claramente, desde luego)? ¿Afecto?

3.5.4. ¿Por qué esa importancia superlativa que el ingeniero daba a sus palabras, por qué su paciencia, por qué aguantar una y otra vez y vuelta a comenzar? (No quiero decirlo. Creo adivinar el motivo y me importa un carajo).

Observación o Nota Bene: (Nota Bene suena arcaico. No lo usaré más). Se está poniendo un poco largo este asunto de los numeritos. Voy a seguir sin ellos haciendo la aclaración correspondiente para saber a qué me estoy refiriendo.

(*) Aquel día del asunto del sorgo y los jalones en la estancia, sucedió lo que yo recordé siempre (más de una vez con rabia y desazón) como la Anécdota de La Liebre.

Anécdota De La Liebre

Es claro que no podía entender muy bien el porqué de lo que estaba haciendo, él, acostumbrado a los más exquisitos ambientes de una sociedad refinada, de nivel cultural promedio elevado, de gustos parejamente finos, de elegancia, en fin, de distinción.

Su regreso del campo al atardecer de los sábados era por eso como el inicio de un rito, un despojarse de esa realidad que había tenido prestada hasta entonces y que se manifestaba en su cuerpo en unas mejillas manchadas de barba de varios días, en los cabellos ensortijados y revueltos, sin peine en casi una semana, en el sudor gomoso de su ingle y en el olor latente y agrio de sus camisas de lanilla de mangas largas. El bañarse bajo la lluvia humeante, la visión de los azulejos empañados y el olor penetrante del jabón eran como un bautismo que lo limpiaba de toda una semana con los pies enfriados en el piso resbaloso de ladrillos enmohecidos, con el aire frío filtrándose por el agujero de la pared del costado sur, la palangana grande con agua de aljibe a la que le había restado el frío con una pava hirviente traída recién de la cocina. Siempre había pensado que todo eso era sucio y poco cómodo y siempre había tratado de mantener una distancia prudente, un estarse lejos sin llegar a ofender y eso es lo que no podía entender mientras besaba la carne tibia y suave del pecho de Delmira y sentía el olor de su brazo levantado acostados los dos desnudos en su cama, de noche, mientras afuera era la oscuridad total y sólo en su pieza brillaba el farol que Marina había encendido antes de que él viniera, mientras hablaba con Fermín en la galería.

De ida a su pieza había pasado por la cocina a buscar agua caliente para bañarse y la encontró sola a Delmira y entonces pensó: todos están acostados y no va a venir nadie, y no recordó los ladrillos enmohecidos ni el olor a humedad, mucho menos las reuniones elegantes o las conversaciones cultas y entonces desde la puerta, recostado contra el marco, el corazón cabalgándole en el pecho con furia animal desenfrenada, un peso de sangre

agolpado en su voz enronquecida por su garganta reseca le dijo: vení, pues, conmigo a mi pieza.

No pudo saber si lo seguiría o no porque Delmira se volvió para mirarlo y le dijo: y para qué. La gran puta, pensó después, era la pregunta más estúpida que le habían hecho nunca y mientras iba caminando hacia su pieza, ya se había olvidado del baño, se sintió ridículo, y para qué ha de ser, zorra de mierda, no sé para qué lo hice, pensó.

Se desvistió rápidamente y se acostó, huelo como un chivo, pensó cuando la manta al bajar envió el aire a su cara, acercó el farol a su cabecera e intentó leer algo, el corazón todavía le enviaba temblores a sus brazos y no quiso pensar.

Fue entonces cuando sintió que empujaban un poquito el postigo de su ventana y escuchó su voz asordinada:

-Apaga tu luz.

El corazón le dio un vuelco y le fascinó el notar lo inmensamente feliz que se sintió. Saltó de la cama y apagó el farol, la puerta se abrió y Delmira topetó con él en medio de la oscuridad, un poco tembloroso y con movimientos torpes la llevó hasta la cama y volvió para cerrar muy bien la puerta y apretar el postigo de la ventana para poder encender nuevamente el farol.

No es lo mismo que hacerlo con una puta o con una enamorada, pensó después teniéndola abrazada y descubriendo parte a parte su cuerpo tratando de definir sus sensaciones, buscando disfrutar al máximo la experiencia, esto es la pura atracción animal del macho y la hembra, somos dos perros, pensó, o caballo y yegua. Caballo, repitió, caballo, chancho, mientras miraba su cuerpo desnudo y el de ella. Delmira abre sus piernas para mí, pensó, se sacó la bombacha delante mío y me abre las piernas. Casi no la conozco y la estoy viendo desnuda, ella misma se bajó la bombacha para mí, la penetro, la penetro, entro en ella, estoy en ella, estoy en ella.

Después se sintió desconcertado cuando analizó su gozo (¿no fue acaso casi como masturbarse?) y se dijo si habría sido lo mismo con la luz apagada, por ejemplo, o si habría gozado tanto si no se hubiera sentido tan orgulloso, qué estupidez, qué tenía, que ver que una sirvienta viniera a acostarse con él, pero cuando empujó el postigo no era una sirvienta (de esas del tipo Decamerón de la película), era una yegua que buscaba al caballo, una perra al perro, una chancha al chancho, y no pudo dejar de sentirse orgulloso.

Al otro día todos se dieron cuenta de lo que había pasado, por lo visto, porque no eran todavía las seis y él se estaba bañando, el cuerpo inundado de puntitos erizados, temblando de frío y escuchó las bromas que hacían en la cocina a media voz y las risotadas y a Felipe, su ayudante, que decía: el que tiene calor por la noche tiene frío por la mañana.

Fue algunas semanas después, cuando ya habían acabado la mensura, incluso cuando ya las máquinas estaban terminando el perfilado, dos de los tajamares estaban habilitados (cuando eso él volvía al campo muy de cuando en cuando), que Delmira, mientras le servía

el desayuno (a él sólo, porque los demás comían algo en vez de tomar café con leche como él y lo hacían más tarde), le dijo con algo casi como una sonrisa; estoy embarazada de vos, ingeniero. Le pareció tan inesperado, mas que inesperado, ridículo, quién lo iba a decir, que no supo qué decir.

-No me jodas...

-Vos sí que no me jodas.

Y en eso entró don Fermín y no pudieron hablar más. Don Fermín sabía algo, se dijo, no era el mismo, había algo que no le gustaba y él no podía determinar qué era. Siempre había usado para expresarse giros de palabras muchas veces inentendibles, o sea, que encontraban sentido después, por eso no le había dado mucha importancia cuando en su anterior viaje, sentados en la galería sintiendo zumbiar los mosquitos alrededor, la quietud húmeda sofocante de la noche del veranillo de San Juan y el calor, mientras promediaban la segunda botella de vino le dijo:

-El trabajo de los hombres es ingrato, ingeniero, donde menos se espera, salta la liebre - se había detenido para beber un trago de vino y sonreír - y lo peor es que a veces alguno pone la liebre para que salte delante de uno.

Entonces, después de mucho pensarlo, se empezó a dar cuenta de que no había forma de que los hombres de la cocina se enteraran de que Delmira había estado con él, a no ser que Delmira se los contara y eso no lo creía demasiado lógico, por qué habría de hacerlo, a no ser que por algo quisiera hacerlo.

Y cómo entonces, se preguntó, Felipe ya a la madrugada siguiente pudo comandar las bromas, y entonces tuvo la impresión de que las mismas no habían sido en realidad un divertimento sino una forma de hacer conocer a todos que el ingeniero había estado con Delmira.

Pero no fue solamente eso lo que lo inquietó; fueron algunas miradas, algunos gestos que descubrió, los que lo llevaron a decirse: este sinvergüenza es el que me puso la liebre y este viejo de mierda ya lo desconfiaba.

Le dio algo de dinero a Delmira, que se sintió satisfecha, evidentemente esperaba menos, y la situación se tranquilizó, aparentemente los comentarios se acallaron y Delmira más tarde fue a parir al pueblo donde vivía su gente y no volvió.

Los trabajos terminaron y Marcos se despidió de Fermín y de la estancia y volvió a la capital, el trabajo le había resultado rendidor y estaba contento. Claro que siempre le quedó en el fondo de la conciencia el oscuro y latente temor, porque nunca pudo convencerse de lo contrario, de haber engendrado un hijo que quizás ahora andaría por ahí y quién sabe cómo.

(*) Sí, es cierto. (Probablemente sea un estúpido)

(*) A Praga le costó mucho subir, pero llegó alto. Nunca llegué a explicarme claramente el por qué de su deseo de dejar relegado a Nazario. Eso, indirectamente, llegó a beneficiar a Nazario, qué notable, qué increíble es el comportamiento de la gente.

(*) Don Fermín (este viejo no daba puntada sin hilo) era dueño del Pase de Praga, era dueño del Pase de Nazario, era dueño de muchas cosas, maldito sea.

Cuando Praga se sacó el pantaloncito empapado de sudor al final de la práctica, José sintió envidia de su cuerpo atlético, de sus muslos musculosos y fuertes, sus nalgas redondas, tersas, y su vientre fibroso con una fina hilera de vellos pegoteados de humedad que iniciándose debajo del ombligo bajaba agrandándose hasta fundirse en una negra maraña en su entrepierna. Tiene un cuerpo hermoso, se dijo.

-No tenés por qué enojarte, muchacho, vos dijiste todo lo que yo publiqué; no agregué nada.

Praga se estaba enjabonando e hizo ver que no lo escuchaba, no era cuestión de joder con los periodistas, pensó, demasiado mal podían causarle con algo de mala voluntad, así como mucho bien le hicieron promocionándolo, publicando sus fotos, sus opiniones y todo eso, manteniéndolo en los periódicos, las radios y la televisión, hasta que hicieron de él una figura conocida por la gente. Por eso cuando salían del club hizo que se arrimaran a la cantina que estaba al borde de la gran pista embaldosada para tomar una gaseosa.

-Es cierto lo que vos decís, señor Castro... todo eso yo lo dije. Digo, nomás, que lo que vos publicaste no es todo, eso nomás digo, no es todo lo que dije y eso puede cambiar el sentido.

-Mirá, la verdad es una sola; yo publiqué lo que vos dijiste, esa es la labor del periodismo, reflejar la verdad. Si vos no te querés responsabilizar de tus opiniones es otra cosa.

Se está poniendo feo esto, pensó Praga, no sé qué le pasa y José pensaba: no es justo lo que le estoy haciendo, me burlo de él y disfruto con su ignorancia y me place saber más que él y poder manejarlo, asustarlo, tenerlo dominado, y todo eso daba vueltas arremolinadas en su cabeza todavía esa noche cuando, acostado al lado de su mujer, apagaba la luz para iniciar una vez más los ritos maritales, porque con el correr del tiempo su relación matrimonial se había convertido en eso, en un rito.

Con el tiempo la infidelidad conyugal es necesaria para la vida del matrimonio, viejo, había dicho el gordo Fernández estando los dos un atardecer casi borrachos despidiendo el año, es una fuente de inspiración y a la vieja la mantenés contenta. Le había parecido que

eso era traición, doblemente traición, pero lo probó, le dio resultado y más de una vez, después, estando con su mujer había poseído a muchas otras y de las formas más inverosímiles.

-Eso es porque el hombre es intrínsecamente un pajero - opinó el petiso Galeano entre las risotadas de los otros. ¿Por qué será, más de una vez se preguntó José, que los hombres al reunirse tenemos la necesidad de escarbar todo este tipo de experiencias?, seguramente para encubrir nuestra inseguridad - Es cierto, hermano, la mujer se excita con cosas más concretas, el hombre no. ¿No recordás, acaso, el chiste aquel de que el pájaro es lo más liviano que hay en la naturaleza porque lo levantas con sólo el pensamiento? Y bueno, eso es una cátedra; escuchá los chistes con atención, hermano, porque parecen hechos solamente para la joda pero son escuela: antes se usaban los refranes para enseñar, cuando decir culo en público era una ofensa, como si no hubieran estado todos dotados de su sendo culo, pero ahora las cosas son diferentes: la chispa, la luz de la inteligencia, se manifiesta en los chistes.

Y esa noche, después de pensar desordenadamente, José tuvo relaciones con su mujer, pero compartiendo una pieza con otras parejas y un poco contra su voluntad y tratando de evitarlo pero disfrutándolo intensamente entre los otros estuvo Praga, no pudo evitarlo, no pudo evitarlo. Después, tendido boca arriba y con los ojos muy abiertos en la pieza oscura esperando dormirse sintió un lejano temor, un miedo no definido, había algo que no encajaba, pensaba, y a la mañana siguiente se despertó de mal humor. La gran puta, sé que es una tontería, pero no está bien, cómo quisiera que se esfumara, carajo.

-Es que no podemos transferirlo, Castro, claro que querríamos hacerlo, el Club ahora más que nunca necesita dinero, y la venta de Praga nos traería mucha plata... Pero, por una parte, el Pase no es nuestro, y por si eso fuera poco, hay aquí adentro una presión muy fuerte para que se quede, la gente viene y te paga alguna vez la factura de la luz y después piensa que ya puede manejar el club...

-Sí, pero mientras a nivel de dirigentes mantienen sus rencillas de entrecasa están desperdiciando a este muchacho, le están haciendo perder su oportunidad.

-Y mirá... eso es relativo - Maciel se sentía cansado; ni en mi empresa, carajo, se decía, hubiera tenido que aguantar tantas boludeces: periodistas molestos, jugadores ambiciosos y desconsiderados... esto es lo que nos pasa a los que sucumbimos a la segunda tentación, me hubiera valido más a mí manejar mis dineros antes de que por ansia de poder tuviera que comandar esta hueste informe de imbéciles - Yo creo que esto que le estamos haciendo hacer es ya su oportunidad, ¿qué más quiere?, nosotros también arriesgamos en él, invertimos en él al comprarlo, lo trajimos de un club de mierda, lo curamos, porque venía podrido, ¿sabés?, lo adiestramos, lo pusimos a punto y encima le estamos pagando más dinero del que en su puta vida hubiera podido imaginar... y ¿qué es lo que dice? Dice que está disgustado con los dirigentes, en otras palabras, que somos un hato de imbéciles egoístas.

-No es así.

-Claro, no dijo lo de hato ni lo de imbéciles, pero sí egoístas, vos lo publicaste, ¿verdad?, a vos te lo dijo.

Y mañana voy a publicar muchas otras cosas más, pensó José resentido, pero supo que no se animaría: uno nunca sabe cuándo va a volver a necesitar de la gente, como aquella vez que Maciel le prestó, o le dio, porque nunca se lo había devuelto y nadie, aparentemente, lo recordaba, el monto de los cuatro meses de alquiler que frenaron su desalojo.

Pero lógicamente mientras se encaminaba hacia la cancha donde hacían la práctica matinal su mal humor fue en aumento y una vez más se planteó la pregunta de qué estaba haciendo, de cómo podía por una u otra cosa sentirse tan atado teniendo en sus manos la posibilidad de manejar la opinión: la gente, en su escala, sabía lo que él quería que supiera, y de esa libertad inmensa no podía disponer libremente por unos meses de alquiler, por una ayuda o una botella de whisky de cuando en cuando o porque temía que la gente pensara que Praga... no, mejor no pensar en tonterías, ¿qué tenía que ver, al final de cuentas, la mierda pajera de anoche?

Cuando lo vio en la cancha, sin embargo, tuvo como un sobresalto de vergüenza y temió que los otros, o él mismo, pudieran enterarse de lo que se había imaginado la noche pasada.

Sentado en las gradas esperó a que terminaran la práctica para hablar con el Técnico. Siempre se había resistido a publicar los nombres de los ausentes, de los enfermos, de los lastimados.

-¿Acaso no sería mejor alentar a los que cumplen en lugar de promocionar a los que fallan?

-Eso es porque afortunadamente las cosas buenas todavía no son noticia - se había burlado Galeano - ese sería un mundo maldito si tuviéramos que publicar como noticia de primera página, por ejemplo: Hoy Agapito Flores no robó nada a nadie - todos rieron y José se había sentido descolocado - Eso sería una mierda, hermano.

-Tu idea no es nueva - había tratado de vengarse - Yo también leí a Quino.

-Es la chispa, hermano, - el petiso había caminado entre las mesas saliendo de la Redacción - todos leemos las mismas cosas, seguramente; el secreto está en recordarlas, y en el momento preciso.

Con su malhumor lo último que hubiera querido era recordar las pullas del petiso. Vio que la práctica había terminado pero no quiso entrar a los vestuarios con los jugadores como era su costumbre.

-Este muchachito que me trajeron la semana pasada para la prueba se está desenvolviendo bastante bien - el Director Técnico se sentó a su lado y encendió un cigarrillo.

-¿Van a comprarlo?

-Depende de cuánto pidan por él.

-Nazario Ojeda se llama, ¿verdad? No creo que pidan mucho, nadie lo conoce.

-El problema es que su Pase no es de su club, el dueño es un hacendado fuerte de su zona, un tal Fermín Pereira, que no necesita dinero... Este muchacho está en la misma situación que Praga, pero con él hasta ahora las cosas son llevaderas. Ahora bien, si don Fermín se encapricha, puede pedir cualquier cosa.

-Esa es una de las cosas absurdas que no entiendo... Quiere decir que si ese señor se pone intransigente este pobre desgraciado se queda sin chance y se acabó, no pasó nada...

-Siempre queda la posibilidad de que el jugador espere a quedar libre...

-Usted sabe que eso es muy relativo: si espera los dos años... ¿qué va a ser de él después? Este es su momento.

-Así son las cosas... A sabiendas de todo eso, Praga me lo presentó, él sabía muy bien todos los problemas que podíamos encontrar, hablé muy bien con él.

-¿Praga lo trajo?

-Sí. Son compueblanos, ¿sabe? Es difícil de entender esta gente. Me dio la impresión de que lo trajo solamente porque no pudo dejar de traerlo, pero que no le gustaba mucho que viniera... En realidad fue él, mismo el que me hizo ver por anticipado todos estos problemas posibles.

José no dijo nada, pero: orgulloso el muchacho, pensó, no quiere que otros tan allegados a él lo alcancen y recién después, cuando ya estaba escribiendo su artículo se dio cuenta de que se había puesto a ensalzar a Nazario, no sabía muy bien por qué, quizá para que nadie, en ningún momento, llegara ni siquiera a imaginarse de que él le hacía el lado a Praga.

(* Este José Castro fue muy importante en la vida de los dos. (¿Qué tan importante puede ser en la vida de alguien, o de él mismo, lo que haga o deje de hacer alguno?) Esta es una disquisición innecesaria. Y para más, mal expresada.

(* Praga llegó a estar muy bien cotizado. Su fotografía aparecía en todos los diarios de los lunes. Aparecía en la televisión, hablaba por radio. Eso fue antes del asunto del sorgo.

(* Leoncio llegó a sentirse muy importante con el éxito de su hijo. En la Fiesta de Demostración de Lazo y Doma, de tarde, le dijo a don Fermín: Fermín, ¿no querés tomar una cerveza conmigo?

(*) A la noche siguiente, (era cuando comenzaba el trabajo de mensura y estábamos sentados en la galería tomando vino antes de la cena), don Fermín me dijo: La vida es muy divertida, ingeniero; a mí me divierte cuando me llaman: don Fermín, es simpático. A veces alguno me llama: Fermín, cuando hay humos muy alzados... y eso también me divierte. Yo, lógicamente, en ese momento no entendí nada.

(*) Después vino la posibilidad del traspaso de Praga a un club más grande de la capital, la posibilidad de ir al extranjero, etc. y la negativa sistemática, una y otra vez de don Fermín de autorizarlo, hasta que Praga se sintió desalentado, jugó cada vez peor o, quizás fue solamente que la gente se cansó de él.

(*) Vino después la negativa por el asunto del sorgo, la visita de don Fermín al vecino, la gran puteada entre ambos y, por último, la exagerada exigencia de don Fermín para la renovación del contrato de Praga. A partir de eso, su figura comenzó a opacarse.

Observación: No estoy siendo suficientemente justo con don Fermín: parecería que él es el único culpable, por su empecinamiento engraido, de toda la desgracia de Praga.

Me pregunto: ¿Es o no posible que la puteada entre vecinos (hecho comprobado) no haya pasado de eso, y que don Fermín haya tenido previstos planes de desarrollo para Praga en el país, preservándolo de posibles peligros en el extranjero, y haya ido subiendo las exigencias porque ese era el camino insinuado por el buen andar de Praga, y que se vio truncado por un decaimiento inexplicable del mismo...?

(*) La opinión de Castro, por ejemplo, era muy otra, pero... ¿qué tan de fiar puede ser la opinión de Castro?

(*) No creo que sea muy importante definir perfectamente esto. Lo cierto y lo concreto es que la carrera de Praga se fue a la mierda (al pasar en limpio tengo que buscar la expresión correcta, ojo)

(*) La pasó bastante mal, después. En la obra que tuvimos sobre la Avenida Cabrera estuvo trabajando con nosotros como ayudante de albañil. A los que no lo conocían muy bien les era imposible imaginarse que fuera el mismo Praga Martínez, el mismo famoso Praga Martínez. Hasta estuvo complicado en un oscuro caso de robo. Cayó muy bajo.

-Te juro Leandro, que si alguna otra vez llegan a desconfiar de mí, no van a conseguir apresarme.

Leandro sonrió burlón mientras le pasaba el cigarrillo que compartían recostados durante la siesta sobre los tabloncillos del encofrado que a la tarde ayudarían a colocar.

-Seguro que vas a poder evitar que te apresen si te quieren apresar...

Praga pensó: por qué será que es de siesta cuando más me acuerdo, por qué no será de noche, como le pasa a todo el mundo, cuando quieren dormir y no pueden.

-Es un infierno, Leandro...

-Ya sé que debe ser un infierno, pero qué vas a conseguir diciendo: no me apresen... si te quieren apresar te van a apresar y se acabó...

Praga pensó: quién me iba a decir a mí que iba a terminar como ayudante de albañil, quién me iba a decir que la gente iba a pasar a mi lado sin reconocermelo, sin acordarse de mí, quién me iba a decir, cuando cobraba millones de premios y regalos, que me iban a torturar porque desconfiaron que había robado el televisor en colores del abogado de frente a la despensa.

Si se hubiera fijado, Leandro se habría dado cuenta de que la cara de Praga se oscurecía, todos saben que eso no es posible, pero lo parece, porque algo cambia y aún poniéndose más pálido, la cara parece oscurecerse.

-Me he de matar, aunque sea, para no volver allí adentro.

Leandro se dio cuenta de que lo decía en serio pero quiso restarle importancia.

-La puta que sos exagerado, Praga.

Praga miró su reloj dorado, uno de los últimos recuerdos de su pasado de opulencia, se incorporó desganado y caminó hacia el tambor del que tomaban agua.

-Lo único que te digo es que si te buscan, tratá de que no te encuentren. A mí nunca más me van a agarrar... vivo, por lo menos.

-¿Qué fue lo que tanto te hicieron? - le preguntó Leandro, pero no esa vez, sino durante otra siesta - ¿Qué es lo que tanto miedo te da?

Praga hubiera querido saber hablar bien como José, por ejemplo, o como don Fermín, hubiera querido encontrar las palabras para describir el infierno, o sea, su infierno, pero se dio cuenta de que no eran palabras las que le faltaban: no podía ni siquiera pensar claramente y algo como un temblor o un remalazo de sangre le recorrió las tripas. Miró a lo lejos a través de la humareda que se levantaba del apagadero de cal.

-¿Te acordás que cuando dábamos catecismo la señorita nos decía: el hombre es un animal racional? Yo nunca entendí eso hasta que ellos me hicieron dar cuenta de que sí, de que soy un animal, de que ellos son animales.

Leandro jugueteaba con un cascote redondeándolo al rasparlo contra una piedra plana.

-Lo que pasa es que vos siempre pensás cosas raras... Que te ligen un poco no es para tanto.

-El dolor, al final de cuentas, es lo que menos importa... A mí me ligaron mucho, viejo, me hacían sentar desnudo en una banqueta y decían que querían alcanzar con mi bola hasta el tobillo, me metían el dedo atrás y todo eso...

-¿El dedo...? - quiso bromear Leandro pero Praga no le hizo caso.

-Todo eso se aguanta, pero llega un momento en que te das cuenta de que ya no podés pensar bien... Al principio les odiás cuando te hace doler pero después vas cambiando, vas cambiando, hasta comenzás a quererles cuando no te hacen doler tanto. Este es mejor que el otro, pensás, sin darte cuenta de que todos son diablos si juegan así con las personas.

-Tenés que tratar de olvidar todo eso.

Praga se colgó del hombro el bolso donde llevaba las ropas de trabajo, era sábado de tarde y no volverían hasta el lunes.

-Una de las cosas en que pensaba con más insistencia, una y otra vez, de día y de noche, era: no me voy a olvidar de nada de lo que me está pasando, voy a recordar, todas las caras, todos los dolores, todo lo que me dicen, pero hasta eso me quitaron. No puedo recordarlos a todos, Leandro, sólo a algunos, a los que me hicieron más cosas en algún momento, y hasta no estoy muy seguro de poder reconocerlos si los veo como a las otras personas caminando por la calle, o en un negocio, o en un cine... Pero de los otros no me acuerdo nada, sus caras se me borran; por ejemplo, sólo me acuerdo de una cadenita de oro con una cruz que salía y entraba de la camisilla blanca cuando el Contratado me pegaba en el muslo con una cachiporra de goma siempre en el mismo lugar, siempre en el mismo lugar, hasta que no podía aguantar más el dolor y aullaba como un perro o, como una vez, me orinaba todo encima. El resultado era el mismo. Si gritaba, la cadenita de oro colgaba sobre mi cara y me decía: ¿por qué ladrás?, ¿sos un perro, acaso?, perro, carajo, perro, carajo, tres o cuatro veces, pero pegándome en la tetilla. O sinó, la vez que me oriné, tomó mi pito con la punta de sus dedos y lo levantó: qué puerco que sos, carajo, te orinaste en la cama, y le dio un cachiporrazo de costado. Vos sabés, qué notable, más que en el pito, el dolor pareció rebotar y me dolió debajo del omóplato, adentro. Este es el omóplato - dijo señalando.

Leandro vio que Praga tenía los ojos enrojecidos y pensó que era por la cerveza mal enfriada que tomaban en el puestito de la avenida, pero notó que su vaso estaba casi lleno, sin tocar. Se removió molesto en su taburete.

-Vos lo único que sabés hacer es hablar de eso, viejo; te vas a volver loco así.

-No puedo evitarlo - sorbió el primer trago. Leandro estaba hartado pero también sentía pena por su amigo.

-Tenés que hacer pasar eso, amigo... hace más de un mes que te largaron pero nunca te va a pasar si todo el día estás pensando en eso - pareció dudar - Mirá, vamos a encontrarnos

esta noche a las once y vamos a ir a chupar algo a algún lado... a lo mejor después nos vamos a lo de doña Keka y todo... - se rió.

Praga se puso colorado y negó con la cabeza. Tomó el bolso que había dejado resbalar hasta sus pies y se levantó.

-Vamos a pagar y vamos - dijo - esta cerveza es una mierda.

Cuando estaban parados en la esquina esperando el colectivo, Leandro lo encaró.

-La gran puta, Praga, que estás raro, viejo... ¿por qué no te querés ir?

Praga no encontró la forma de eludirlo, aunque le daba vergüenza.

-Lo que pasa es que yo me fui el sábado pasado - dijo con voz ronca - y fue una cagada... no sé para qué me metí en eso... Cuando nos estábamos desnudando en la pieza de repente pensé: va a comenzar la sesión, va a comenzar la sesión, nos estamos desnudando para comenzar la sesión. Me recosté y tuve vergüenza de que me viera temblando y le pedí que apagara la luz. Pasó desnuda delante de mí y me dio pena, la van a castigar conmigo, pensé, me van a hacer mirar cuando la torturan. Ella, en la oscuridad, por hacerme una broma se sentó en mi pecho. No sé lo que me pasó, pero de repente pensé que estaba de nuevo ese gordo asqueroso sentándose en mi pecho y diciéndome: te voy a romper las costillas y si una me entra en el culo te voy a castigar, entre las carcajadas de los otros, y grité... Grité como un loco. Ella saltó y encendió la luz, estaba aterrorizada, se armó un quilombo, viejo... Doña Keka empujó la puerta y entró, de reojo pude ver en el agujero de la puerta tres o cuatro cabezas vicheando. Yo estaba temblando, casi casi llorando. Doña Keka vio las cicatrices de los cigarrillos en mi espalda y mi nalga. Qué lo que te pasó, Praga, mi hijo, me dijo, y yo me quería morir. Después me devolvió mi dinero y salí, nunca más voy a volver por allí...

Leandro sentía como una pelota en la boca del estómago y se alegró cuando vio que el colectivo se acercaba.

Cuando esa noche se reunieron y tomaban cerveza en el patio de tierra de la Parrillada, lejos de la orquesta y en la semioscuridad de los crotos, estando casi borrachos, Leandro cobró valor.

-Tenés que pedirle a Dios que te haga olvidar todo eso, Praga...

Praga agachó un poco la cabeza y con la punta de los dedos se apretó los ojos. Su mano, pudo verlo Leandro, temblaba un poco.

-Me acordé mucho de Dios en todos esos días... creo que hasta llegué a conversar con Él en algún momento, un ratito antes de sentir el agua helada que me tiraban al pecho o a la espalda cuando me dormía, o sea, no es que me dormía sino que no sentía más lo que me hacían, ¿entendés? Después, en el calabozo, también me acordaba; me acordé mucho también del Padre Julián, el de Cordillerita, cuando para que no nos hiciéramos la paja nos

decía: ustedes no tienen que tocar su cuerpo porque como dice San Pablo, el cuerpo es el templo del Espíritu Santo... - se rió con amargura - qué puta va a ser el templo de nadie esta puerqueza, Leandro... no podés imaginarte las cosas asquerosas que tiene nuestro cuerpo, Leandro, gomas, hediondas... nauseabundas, puercos de mierda, decía el Contratado que tenía el anillo con rubí cuando alguno se le ensuciaba en la mesa de sesiones.

-Yo creo que quedó medio tarado, ingeniero - le dijo después Leandro a Marcos mientras se encaminaban hacia el depósito de herramientas a la hora de la salida, el sol alargando desmesuradamente las sombras - no habla de otra cosa más que de eso, siempre igual, siempre igual... Al principio me daba lástima y le escuchaba, porque me daba cuenta de que necesitaba descargarse, pero tanto ya me da por las bolas, disculpe ingeniero, y hago lo posible por no encontrarme con él...

El sol en la espalda era como si le estuvieran derramando una olla de agua caliente y, sentado en cuclillas atando con alambre las varillas de la losa que tenían que hormigonar, Praga percibía una reverberación rojiza al costado de sus ojos. Las veces que trataba de seguirlas con su mirada simultáneamente subían y sus ojos recorrían el oscilante pastizal reseco allá, casi doce metros más abajo. Me falta solamente una hora para salir, pensó Praga, o sea, cuatrocientos diez nudos más.

Al ir retrocediendo se topó con el parante de la viga y aprovechó para apoyarse y aliviar por un momento la tensión en sus piernas acucillado, como estuvo, por horas.

-Está muy fuerte el sol, Praga - le sorprendió a sus espaldas la voz del ingeniero. La gran puta, pensó, es la primera vez que descanso en varias horas y este hijo de puta me pesca justo en el momento en que no hago nada.

-Estoy esperando, nomás, que me traigan un poco de alambre que me falta - mintió levantándose avergonzado.

Al principio, Marcos no entendió el por qué de esa respuesta. Creo que jamás llegaré a comprender a esta gente, pensó, le hablé más que nada por amabilidad y él creyó que lo hostigaba.

En realidad le habló por amabilidad pero también porque deseaba un acercamiento, necesitaba hablar con él y preguntarle algunas cosas, pero no sabía como hacerlo. ¿Cómo puede el ingeniero acercarse al personal y preguntarle cosas de su mujer?, se dijo.

Pero desde que la vio, no tuvo paz.

¡La Liebre!, se había dicho asombrado quince o veinte días atrás al verla entrar a Delmira al asado del primero de mayo acompañando a Praga. La Liebre, la Liebre pensó durante todo ese día, cómo la cambiaron estos pocos años... Delmira no lo había visto, y si lo vio, hizo como que no lo veía. Su carne sana y fuerte se desdibujó en la gordura y el

desgaste, pensó Marcos, no es lo que era. Y el verla revivió un montón de temores que tenía olvidados. Tengo que saber si arrastra un hijo mío detrás suyo.

Y a eso me dediqué.

Nunca pude sacar nada en claro con Praga. Desde luego, mis preguntas no podían ser suficientemente concretas, pero aún así, si sus respuestas hubieran sido coherentes hubiera podido entrever la verdad que buscaba. Pero nunca me contestó directamente. Eludía las respuestas, hablaba vagamente y, lo que es peor, al notar algún tipo de interés mío por acercarme intentó aprovecharse, y lo primero fue el pedido de una orden mía para un Vale de Caja, después de un préstamo, etc., que consiguieron alejarme.

Nervioso y cargado de ansiedad planifiqué un encuentro con Delmira y pude, después de mucho esforzarme, encararla una mañana de sábado, hacia el mediodía, cuando estaba de visita en la obra para consultas del personal y sus familiares, el médico de la Empresa.

-Hola Delmira - le dije con casi el mismo nerviosismo de un adolescente en su primera cita.

-Eh, hola, ingeniero... - me dijo con una entonación exagerada que me alertó. Se burla de mí, pensé.

-Hace rato que quiero hablar contigo.

-Sabés que no podemos hablar, ingeniero, porque mi marido es demasiado celoso...

No supe qué decirle. Sí, es cierto, no supe qué decirle. Y menos cuando se rió, no demasiado fuerte, es cierto, pero a mí me pareció que con una estridencia insoportable. Y me pareció que todos nos miraban, lo cual es una tontería, y que todos sabían lo nuestro, lo cual es más tonto todavía, y me fui.

Entonces fue cuando decidí volver y tratar de averiguar algo con don Fermín.

¡Ah!, a veces es mejor pasar por la vida como hacen los otros: sin profundizar demasiado, sin enterarse de tantas cosas... Pero, ¿qué son, al final de cuentas, esas cosas sino pequeños y grandes sucesos que hacen, sumados, una existencia?

Aún no me había ido cuando nos llegó la noticia de la muerte de Marina, y eso precipitó las cosas hacia cauces inesperados.

-Esto no es lo que era... no, señor, ya casi no lo recuerdo, no logro ver en esta casita con marquesina de hormigón el Almacén de don Mareco... ¿Y este asfalto y esta veredita de piedra losa?, quién lo hubiera dicho antes, con esa tierra roja que teñía las botas, los pies, la ropa, más colorado que la pintura... Conste que me gustaban más aquellas ventanas verdes que se abrían a la galería con piso de ladrillos, ¿por qué tendrá la gente esa manía de cambiarlo todo...? Hubiera preferido no venir.

Marcos detuvo el coche frente al Almacén, hacía mucho calor y les quedaba una buena media hora para llegar a la estancia; una gaseosa les vendría muy bien.

-No podés dejar de cumplir con tu hermano, papá.

-A él nunca le importó mucho cumplir o no cumplir conmigo - lo dijo tan bajo, casi como para él mismo, que a Marcos le dio pena. Ocuparon la primera mesa al lado de la puerta, desde donde se veía la enramada del patio y los manchones desiguales de sombra y luz. La mirada de Agustín se desdibujó recordando, recordando...

-Te trae muchos recuerdos, viejo.

-Muchos. - Bebió un largo y tragó y apoyó el vaso en la mesa reteniéndolo entre sus dedos - Probablemente el remordimiento sea mucho más fuerte que el cariño... Dura más. Yo lo traicioné a mi amigo, ¿verdad que parece rimbombante el decirlo? Lo traicioné y él se mató. Él vivió en esta casa mucho tiempo, cuando también vivía esa zorra.

-Papá...

-Sí, ya sé, que en paz descanse. Pero no fue cosa buena. Decime un poco: ¿qué tenemos que ver nosotros con Marina?

-Fue la mujer de tu hermano; a él tenés que presentarle tus condolencias.

-¿Qué condolencias voy a presentar si no me conduelo? - bebió otro trago antes de reír. Marcos también rió pensando que disminuía la tensión, pero Agustín volvió a la carga - Y no es sólo Marina... me pregunto: ¿qué carajo tiene que ver Fermín con nosotros?

-Soy muy radical, papá. Sucedieron muchas cosas entre ustedes, es cierto, pero es tu hermano... Le va a hacer mucho bien tenerte cerca en un momento como éste. Él la quería mucho a Marina, la va a extrañar muchísimo.

-Marina también vivió aquí... - sus ojos recorrieron las paredes, el techo, y luego su mirada se perdió en el fondo verde de la ventana - yo nunca entendí muy bien su relación con Quiñónez... una vez, de repente, un día él desapareció. Nadie supo adónde había ido, después Marina también se fue, al tiempo volvió él inválido, envejecido, hasta parecía atontado... Dios, Dios... - Agustín cerró los ojos y con el pañuelo humedecido se secó la frente. Sus dedos temblaban un poco - Después lo llevé a casa, como se lleva una plantera, o una mesa, o un perrito que nos gusta... Y él se suicidó.

Marcos apretó suavemente la mano de su padre.

-Te estás lastimando, papá, con algo en lo que no tuviste nada que ver, ¿qué podías haber hecho?

Agustín permaneció callado, no puedo llorar, carajo, no ahora, se dijo.

-No sé por qué pienso que Mareco hubiera podido aclararme algunas cosas... pero conmigo no hablaba el muy hijo de puta, conmigo no hablaba. Con Fermín sí, horas y horas... Es terrible darse cuenta de cómo uno no tuvo nada que ver en la mayoría de las cosas.

-Creo que tenemos que irnos - dijo Marcos incorporándose para ir a pagar la consumisión en el mostrador.

- No - lo detuvo con gesto - quedémonos y hablemos un poco más.

A Marcos le extrañó, nunca su padre le había demostrado semejante deseo, le extrañó también entrever en su verdadera medida lo poco que lo conocía.

-Marina después llegó, llorosa y compungida, ya doña Candelaria había muerto y Quiñónez se había matado... Mareco la recibió, no sé qué pasó entre ellos, yo estaba a punto de irme hacia la capital, en realidad iba y venía arreglando los detalles de mi traslado definitivo, y no tenía ánimo suficiente para ocuparme de problemas ajenos, y después Fermín se la llevó.

-¿Se la llevó?, ¿así nomás?, tiene que haber habido algo entre ellos antes.

-No que yo sepa, nunca él me comentó nada ni yo me percaté de que hubiera algo... - su carraspeo fue burlón, como buscando un acercamiento con humor - creo que fue uno de los pocos que no tuvo nada que ver con ella... por lo que pude saber, en aquella época, la mayoría de los muchachones de la obra entre cerveza y cerveza se la pasaron por las armas.

-¿Y Fermín lo sabía?

-Puede ser, cualquiera podía saberlo... Fermín nunca fue muy convencional en su comportamiento, siempre me recordó en su actitud aquello de «ande yo caliente y ríase la gente», que se reírían, seguramente, sobre todo si lo de caliente se refiriera a andar con la carpa levantada por la calle...

Marcos rió divertido, qué personaje es el viejo, pensó, hace un momento estaba al borde del drama y ahora ronda el chiste.

Más tarde, cuando al salir de la curva iniciaban el ascenso de la Loma del Aserradero (el aserradero ya no estaba pero la loma seguía llamándose así) detrás de la cual comenzaban los campos de la estancia, Agustín, sin ninguna razón aparente, le dijo: algunas cosas

oscuras se rumorearon de la vida que llevó Marina en la capital, pero a Fermín tampoco le importaron, pareciera que no tiene ojos ni oídos sino para él mismo.

Marcos se sintió apenado; qué triste está el viejo, pensó, qué despechado.

-Una vez me enteré que Mareco quiso regalarle a Marina el Almacén, así completo, un verdadero regalo. Y ella no quiso. No y no, sin siquiera hablarle, ¿alcanzás a comprender el cretinismo de la gente? Mareco me envió una carta, ridícula y mal escrita, por cierto, donde me decía que no podía hablar con Marina, que se hacía negar, ni con Fermín, y que me pedía que yo les explicara su deseo, él no tenía familia cercana y todas esas cosas...

Marcos no apartó los ojos del camino porque no quiso mirarlo, casi temía su respuesta y presentía el ruego de comprensión que descubriría en los ojos de su padre.

-¿Y les hablaste?

-No. ¿Por qué iba a hacerlo?, ¿por qué me iba a entrometer en la vida de ellos, viviendo como vivían uno a un paso de los otros y yo teniendo que hacer de mediador a la distancia...? No me pareció apropiado, ¿no te parece?

Marcos refrenó su primer impulso de contestarle agriamente, bastante golpeado está el viejo para que encima trate yo de corregirlo.

- No sé... se me ocurre que si les hubieras hablado por lo menos te habrías enterado del por qué de esa negativa empecinada, por ejemplo, o habrías posibilitado un beneficio importante para Marina, o algo...

-¿Y qué podía importarme a mí el beneficio que Marina pudiera conseguir?

-Nunca la quisiste.

-Y qué le importó nunca a nadie lo que yo sentía?

-Ese licenciadito es un badulaque, mi amigo, solamente eso. Es un pobre infeliz y un ignorante. Este país tiene una cruz en su gente.

-Yo no lo creo así, don Fermín, discúlpeme - Castro estaba algo nervioso, las cosas no le estaban saliendo como lo había previsto, para qué puta me habré puesto a hablar de ese libro puñetero, pensó, pero, ¿quién iba a imaginarse que este viejo reaccionaría así? - yo pienso que el Licenciado Talavera procede de una muy antigua familia de nuestro país, una familia con mucha tradición y un profundo entroque social, y él mismo es un mozo muy preparado que...

-Tonterías.

Castro por un momento dudó si había escuchado bien, le parecía imposible tanta mala educación pero lo observó a Fermín tan tranquilo y seguro que: lo dijo, lo dijo, pensó.

-Discúlpeme - ¿cuántas veces habré dicho esta palabra? - pero creo que el enfoque de su libro es objetivo y no deja arrastrar por pasiones e intereses... La figura de Quiñónez queda bien definida: la de un bandolero incorregible.

-Ese es el modelo acuñado por los culo empolvados de la Capital, señor Castro, muy distante de la opinión de la gente que aquí vivió esa época, de la gente que lo respetaba y lo quería...

-Su padre mismo, don Fermín, fue otra víctima de esa sucia...

-Tonterías.

Esta vez si Castro lo había escuchado bien, lo miró de reojo y lo notó algo alterado, y supo que lo había ganado, pero: no sé de qué me vale, pensó, si lo que quiero es que esté contento porque tengo que pedirle un favor.

Por eso se alegró cuando los llamaron desde adentro para comer, era ya muy pasado el mediodía y el pasto del corral cercano reverberaba bajo el sol ardiente, la galería era una atractiva isla de frescura y el olor de la sopera humeante hizo agitar con regocijados temblores el estómago vacío de Castro.

Temía reiniciar la conversación y compartieron la mesa tocando sólo temas sin compromiso (¿cómo adivinar qué carajo no es comprometido con este viejo?), que si había llovido bien en noviembre, que el precio de la carne seguramente mejoraría, y cosas así.

Promediando el postre (este hombre se las ingenia para sorprenderme, pensó Castro) Fermín, sin ninguna relación con el contexto, le dijo:

-Es un honor para mí que usted comparta mi mesa, señor; la gente de aquí lo admira y está siempre pendiente de sus comentarios.

-Le agradezco sus palabras, señor Pereira; mi orgullo profesional se siente muy halagado con sus conceptos.

-Le aclaro que no dije que yo estuviera pendiente de sus comentarios.

Señor mío, pensó Castro, ¿qué clase de bestia es este hombre?, es un hijo de puta.

Por eso después, cuando estaban acodados en el brete mirando los novillos que los peones habían separado para embarcarlos en la madrugada siguiente con rumbo a la Capital (la vida, señor Castro, es un constante intercambio pero es conveniente, a veces, ponerle coto), le resultó sorpresivo el rasgo de interés humano que descubrió en Fermín cuando éste

le comentó: usted se preocupa mucho por los jugadores, los ayuda, suelo notar eso en sus comentarios.

-Me brinda una gran satisfacción el hecho de serles de alguna utilidad.

-Debe ser así si usted lo dice.

Vuelve a ser el mismo, pensó Castro, pero ahora es el momento.

-Don Fermín, hay unos muchachos de este pueblo que se están desarrollando muy bien en el Club, donde están en préstamo, y usted...

-Yo soy el dueño de sus Pases.

-Sí, así es, y mire... - Castro dudaba pero: ahora o nunca, se dijo - El trabajo que me encomendaron, por amistad, es algo difícil, don Fermín... o sea, no sé por dónde empezar... Yo soy amigo personal del señor Maciel, el Presidente del Club, ¿sabe?

-No, no lo sabía.

Castro sintió que una gota de sudor comenzó a rodar en su frente, se introdujo en la ceja izquierda y se empantanó distribuyéndose sobre el párpado.

-Bueno... creo que usted ya mantuvo conversaciones con el señor Maciel sobre las posibles transferencias...

-Efectivamente, señor Castro, ha conversado con su amigo sobre los negociados posibles de hacer con estos muchachos, a los que aprecio. Supongo que ya sabe cuál fue mi respuesta.

-Lo sé; por eso estoy aquí. El señor Maciel me pidió que viniera a visitarlo, digo... no sé, es su idea, y la mía, que quizás razonando un poco, analizando las posibilidades que se les brindarían a estos jóvenes, a lo mejor podríamos llegar a un acuerdo, digo...

-El hombre al que se le suelda una pantalla en el culo, señor, inmediatamente empieza a girar de un lado para otro como una veleta. Sin embargo, si las cosas están bien afirmadas, y en el lugar que corresponde, todos los vientos se aprovechan para inflar las velas e impulsar la embarcación en el rumbo que corresponde... es sencillo.

-El trato con este hombre fue una de las cosas más difíciles que tuve que hacer en mi vida - dijo después Castro a Maciel - Es una fiera.

-Es un hijo de puta - Maciel aplastó su cigarrillo en el cenicero que estaba sobre el escritorio, el compresor del acondicionador de aire resollaba y tosía enfriando a duras penas la pequeña habitación - No sé qué es lo que busca. Lo peor es que estas transferencias nos vendrían a tapar unos cuantos agujeros en el Club, ¡qué cagada nos hace este hombre...! No

quiero negociar con personas como si fueran vacas, me dijo el muy imbécil... y, ¿qué carajo hace al evitar por capricho que se beneficien y progresen...?

Intento seguir mis anotaciones pero no es fácil. Es tarde y quisiera dormir, no sé hacia dónde encaminarme, se me vuelve todo enrevesado. Y lo que más me llama la atención es la indiferencia con que todos se desenvuelven... presiento que hay una causa que explica todos los comportamientos, pero no la puedo descifrar. Hasta me parece tonto lo que estoy haciendo...

Esta noche preferiría no escribir, preferiría no ser yo, no recordad ni sentir nada. Estoy más tranquilo, es cierto, pero, ¡con cuanta amargura! es mi manera de ser.

Marcos, me dijo, y yo pensé: cómo los golpes de la vida nos desequilibran y nos descubren a los ojos de los otros, ahora ya no es el burlón y superior: ingeniero, Marcos, no deberías preocuparte, esa mujer quería sacarte dinero, es seguro que ya estaba preñada cuando la disfrutaste. Preñada, pensé yo, como si fuera una vaca. Felipe se acostaba con ella y a vos te sacaron el dinero, dijo, es muy claro.

Eso es lo que necesitaba escuchar, que me confirmaran lo que yo estaba convencido de que era cierto, ¿por qué, entonces, esa desazón, esa tristeza, ese notar que las cosas no eran como tenían que ser?

Fue Fermín el que me dejó triste, la idea se formó de repente en mi cerebro y centelleó con clarísima certeza. ¿Será, me pregunto y lucho por no reconocerlo, que lo quiero a este sinvergüenza?

Fue verlo humilde y derrotado, desprovisto de esa mentirosa apariencia de helada ironía y burlona seguridad, lo que me hizo sentir por él una gran pena y pensar: ¡cuánto la quiso!, la sombra de Marina está sobre él.

Papá y él conversaron mucho, todo el día, pero me temo que es poco lo que se dijeron; pude notar algo así como un velo que se interponía entre ellos y debo reconocerlo, aunque no me agrada, que Fermín me pareció obsequioso, deseoso de un acercamiento pero algo torpe, sumergido en esa nebulosa que produce el dolor o la perplejidad de una nueva situación aún no clarificada, y a papá lo noté resentido y distante, ¿por qué, me dije en algún momento de rebelión que pude reprimir a duras penas, por qué ese resentimiento pusilánime y desvaído, por qué ese encono mezquino que trata de encubrir, por qué no lo odiaré, de una vez por todas, si el odio sería un sentimiento más puro y más honesto que ese disfraz de indiferencia?

¡Cuánto lo quiero a mi tío Fermín!, me digo ahora, y cuánto me duele lo que sufre.

En la vida no hay lugar ni tiempo para las lamentaciones, ingeniero, me dijo una tarde en la galería de su casa, (en el mismo lugar donde hoy estuvimos los tres sentados y yo lo

observé conversar con mi padre, mintiéndose los dos una conversación entretenida), pero no es posible dejar de reconocer que un hijo es un premio grande para un hombre. Yo no lo tuve; mi hermano lo tuvo a usted. Y en ese tiempo sus ideas se me perdieron, mareado como estaba en la apreciación de sus desplantes, en el resquemor que me producía su trato, en tantas tonterías con las que nos rodeamos cuando no somos capaces de percibir las verdades que se esconden detrás de las apariencias. Y hoy pude darme cuenta del verdadero valor que tenía para él el hecho de tener un hijo, pobre viejo solo.

-Me llegó a ofender el orgullo que notaba en mi padre cuando hablaba, en apariencia trivialmente, de las anécdotas de nuestra familia, de lo que sintió cuando me recibí de ingeniero, de lo preocupado que estaba siempre con mis exámenes, de lo contento que estuvo cuando ingresé a la Facultad, de lo reminiscente y tontamente romántico que se volvió a sentir cuando comencé a salir de noche, de mi Primera Comunión... ¡carajo!, me dije, ¡si hasta va a recordar cada una de mis diarreas de niño...!

Y me entristeció verlo a Fermín triste... no puede imaginarse cuánto me afectó verlo débil, desvalido... No pensé, cuando tanto me ofendía su orgullosa suficiencia, que alguna vez el verlo debilitado me entristecería.

Pero me sentí realmente confundido al salir del cementerio: hasta ahora no puedo explicar muy claramente lo que Pantaleón quiso decirme, las ideas se me arremolinan, la desconfianza enciende mi sangre y una rabia sorda me impide razonar.

Papá y Fermín se habían retrasado, creo que después de rezar un rato en la tumba de Marina fueron a visitar la de Quiñónez (debe haber sido muy difícil para papá acercarse a la tumba de su amigo, pero no se animó a dejar de hacerlo) y yo salí a esperarlos al lado del coche mientras fumaba un cigarrillo. Pantaleón se acercó y me saludó, parecía muy amable y habló de unas cuantas tonterías. Yo estaba harto pero me sentí obligado a seguirle la conversación. Cuando ya parecía que no había nada más que decirnos y pensaba que se despediría, me dijo: se da cuenta, ingeniero, cómo uno puede ser dueño de muchas cosas, cómo uno puede hacer con la gente lo que se le ocurra, ¿no es cierto?, y sin embargo, donde menos se espera, algo le sale mal.

Yo no supe qué contestarle, me supuse que se refería a la situación de Praga, su hermano; todos ellos consideraron que fue Fermín el culpable de su desgracia. Y puede haber sido ¿quién lo sabe?

-Don Fermín se adueñó de todos nosotros, ingeniero - continuó Pantaleón y cosa rara: me pareció que sonreía - Y después hizo con su propiedad lo que le dio la gana. Pero no pudo hacerse dueño de la barriga de su mujer, ingeniero, eso no le salió bien. Y me alegro, carajo.

Le doy vueltas y vueltas al asunto y cada vez me preocupa más. No fue dueño de la barriga de su mujer, me dijo ¿será posible? ¡Dios mío! ¿será cierto lo que me estoy imaginando?

Marina despertó a medianoche. La luna era una pelota brillante y el cielo brumoso un telón que parecía inflar el cuadrado de la ventana.

Había estado con doña Candelaria, habían llorado juntas bajo la enramada al costado del Almacén de don Mareco, cómo te extrañé, mamá, cómo siempre te busqué, cómo todo hubiera sido diferente si no se hubieran ensañado con nosotras... Pero Candelaria tuvo que irse (sí, de repente no estaba más) y se quedó Roberto, y Martín ¡ah...!, también Emiliano, ¿qué hacés aquí, Emiliano, cómo pudiste encontrarme?, y detrás de ellos, parado cerca del cántaro, indeciso, yo digo temeroso, él, ¡es él! y el sudor frío empezó a correrle por la frente y su piel se erizó, no puedo ver su cara, no distingo sus ojos porque la luna lo alumbra desde atrás y solo veo su perfil oscuro recortado contra el gris, es él y no se me acerca...

El corazón todavía le latía con fuerza tremenda retumbando en sus oídos cuando sus ojos reconocieron el dormitorio y se quedó quieta, muy quieta, para no despertar a Fermín.

Pantaleón le había contado todo (¡qué señor más malo!) la tarde que Fermín tuvo que ir a la telefónica para reclamar el envío de las inyecciones para desparasitar y ella, que no hacía todavía un año que se había ido a vivir con Fermín, mientras lo esperaba, había caminado hacia la tienda de María Felicia, la nieta de doña Rosita Contreras que, como viajaba mucho a la Capital, tenía cosas muy lindas y no tan caras, y Pantaleón, cuando ella pasó frente al Almacén de don Mareco, se acercó a la verja y le habló.

Cuando Fermín salió de la telefónica la vio alejarse de lo de Mareco y a Pantaleón que se introducía en el Almacén cerrado y no le gustó, qué te estuvo diciendo, le preguntó, ¿te molestó? Me habló de zonceras, nomás, me preguntó cómo vivimos y lo que hacemos, le mintió Marina, ¿cómo te voy a decir, se dijo, que ya me contó todo, todo encimado y rápido, ¡qué señor más malo!, como si no tuviera ninguna importancia? ¿cómo te voy a decir que ya sé hermano de quién sos, porque don Mareco le contó a él, y que me siento muy mal al estar contigo?

Pobre Fermín, sos muy bueno, no te mereces todas las cosas que hice, y menos lo que estoy haciendo: ¿cómo voy a permitir que tengas algo que ver conmigo?, no puede ser, claro que no puede ser. Por eso voy a tomar siempre y nunca, aunque me dé mucha pena, voy a dejar de tomar en ayunas mi té de hoja de coco, y cedrón, y coronillo, cuando está por llegar mi fecha y voy a sangrar todos los meses, sangrar y sangrar...

-Las anécdotas y pequeñas historias son algo divertido siempre... Ingeniero, ¿usted leyó alguna vez a Flaubert?.

-¿Flaubert?, no, nunca.

-Un tiempo fue mi escritor de cabecera... ¡cómo me gustaba! Conste que no me animo a decirle que se perdió gran cosa al no leerlo...

El ave fénix, pensó Marcos, hace sólo dos meses era otra persona, ahora es el mismo odioso amado don Fermín, no mi debilitado tío.

-Este señor llegó a conocer tanto a la gente que se apartó de todos en el más pura soledad - dejó el vaso sobre la mesita y se introdujo en la pieza, Marcos pudo escuchar que abría la alacena, rebuscaba entre cubiertos, y al rato lo vio salir nuevamente, con una nueva botella de vino y el descorchador - Yo lo gano a mi gran amigo Flaubert - dijo sentándose - Yo prescindo incluso del sirviente que a él, por única vez en toda la semana, le hablaba el domingo de mañana... Es domingo, señor, le decía. Simpático, ¿no es cierto?

Marcos se recostó sin decir nada, sus ojos vagaron por el patio, los corrales, el galpón del fondo... ¡cuánta falta hacía Marina! Las plantas estaban amarillentas, sin riego ni cuidados, las hojas secas se juntaba, empujadas por el viento, formando manchones bordeando ondonadas de la tierra apisonada... el patio infundía la misma melancólica dejadez que las puertas polvorientas y la galería desprolija, la cocina sucia...

-Los cuervos revolotean alrededor cuando presienten mortandad, ingeniero.

Marcos sintió que la sangre se le encendía de indignación, mucho llegó a conocer a su tío y pudo presentir el motivo de su comentario.

-No tiene derecho a decir eso, don Fermín.

Fermín lo miró sorprendido y desvió la mirada (¿será posible?) como avergonzado.

-Todo esto es para usted, alguna vez.

-No lo quiero, tío.

-No diga tonterías...

-No es por eso que vine.

-Y entonces, ¿por qué?

Marcos se levantó con violencia y se alejó bajando las gradas de la galería hacia su coche, qué notable, pensó, por qué tengo que agitar mi llavero como una campanilla, pero lo apretaba agitándolo y eso le daba alguna sensación de seguridad, se sintió algo ridículo pero la rabia descontrolada le nubló los ojos de lágrimas, qué imbécil soy, carajo, ¡pero qué imbécil!

Esa noche no podía conciliar el sueño, no estoy hecho para estas cosas, pensaba, y las imágenes se sucedían frente a sus ojos en su afiebrada somnolencia. ¡Marcos! le había gritado Fermín desde la galería cuando él maniobraba el auto hacia la salida, no puedo

pedirte perdón, le había dicho después, sentados nuevamente uno frente a otro, ni siquiera pienso que tenga alguna importancia; no tengo a nadie, sobrino, estoy solo porque el hijo que pude tener me lo arrebató Marina. Marina, Marina... quién lo hubiera dicho, la hija de Candé... Una y otra vez abortó, y abortó, y abortó... ¿lo sabía?

Marcos aún ahora sentía la boca reseca y sus ojos repentinamente despabilados recorrían la penumbra de su dormitorio más allá del cono de luz de su lámpara de mesa. No había sabido qué decir, pero de todas formas no fue necesario hablar. Fermín no lo hubiera escuchado.

-¡Y cómo disfrutó Pantaleón cuando me lo dijo! Es un gallito este muchacho y por lo visto - está muy enojado, todos necesitamos tener a alguien a quien odiar, ingeniero, se puede vivir sin amar a nadie, pero es imposible no tener a quien achacarle y echarle la culpa de nuestros fracasos... No, Marcos, eso es mentira, lo supe siempre... Pero lógicamente no lo iba a reconocer, ¿no te parece?, necesitamos querer a alguien. Y siempre queremos, a nuestra manera, desde luego. Pantaleón no tenía por qué contarle todo a Marina, ¿no es cierto?, no necesitaba hacerle ver tantas cosas, ojos que no ven, corazón que no siente... Disfrutó cuando me lo dijo, después, como si yo hubiera estado ajeno a la realidad, como si yo no hubiera sabido nada... Un hombre tiene que saber mirar la realidad que lo rodea... los pañitos de mi mujer eran irregulares, por temporadas más largas o más cortas, variables... ¿cómo no iba a desconfiar que había algo...?, y cuando lo presioné a Mareco, tuvo que confesarme que le había contado todo a Pantaleón, a Pantaleón... precisamente a Pantaleón.

-¿Qué es lo le contó, tío?

-¿Qué importancia tiene? Pero yo no iba a dejar que se saliera con la suya, ¿no te parece?... Ah, no, claro que no... la vida no es una cadena de venganzas, no señor, no debe ser así.

Marcos no lograba entender, al bajar había dejado encendida la radio del coche y desde lejos se escuchaba repetir una y otra vez la misma propaganda, y miraba a su tío con casi desesperación, ¿qué es lo que me está diciendo? ¿qué es toda esa vida que está pasando frente a mí y no conozco?

-A veces es mejor que no entiendas a la gente - había dicho Fermín levantándose.

Después había salido de su cuarto trayendo un pequeño revoltijo de trapos y le había dado el facón con mango de plata que venía envuelto.

-Conmigo se acaba todo, Marcos, esto no va más... Quiero que lo guardes - le dijo entregándole el facón que ahora, recordando, insomne y nervioso, Marcos acariciaba con sus dedos - Que sea un símbolo.

Marcos lo tuvo en sus manos casi temblorosas, erizada la piel de sus brazos, qué es todo esto, carajo, ¿qué significa?, mientras Fermín se volvía a sentar.

-Un símbolo, ingeniero - vuelve a ser el mismo, pensó Marcos - un símbolo de la incomprensión, de la fidelidad, del odio... de tantas cosas estúpidas como esas. Salud, ingeniero.

Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes

Súmese como **voluntario** o **donante** , para promover el crecimiento y la difusión de la **Biblioteca Virtual Universal**.

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente **enlace**.



editorial del cardo